El AMOR es ciego





VEGA MANHATTAN

El amor es ciego

©Vega Manhattan

©Septiembre, 2025

Imágenes: Freepik

Diseño de portada y maquetación: Vega Manhattan

Este libro y su contenido están protegidos por las leyes de derechos de autor. Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en sistemas de recuperación de información, la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos) sin el permiso previo y por escrito del autor o del titular de los derechos.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son fruto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

NOTA DE LA AUTORA

Gracias por acompañarme en el viaje de Jude y Madison.

Antes de que empieces, quiero que sepas que el boxeo es una parte esencial de esta historia. Encontrarás escenas de combates intensos, siempre dentro de sus reglas.

Pero la pelea más dura a menudo ocurre fuera del ring.

La novela explora el impacto de relaciones abusivas pasadas a través de los recuerdos y las huellas que han dejado en los protagonistas.

Mi objetivo ha sido darle voz a ese dolor con el máximo respeto y conciencia.

Espero que disfrutes de la historia.

El AMOR es ciego

VEGA MANHATTAN

Sinopsis

Él, un boxeador lesionado.

Ella, la novia de su hermano y la fisioterapeuta que puede hacerlo volver al ring.

Un contrato que ninguno desea firmar.

Un odio que siempre los mantuvo a distancia.

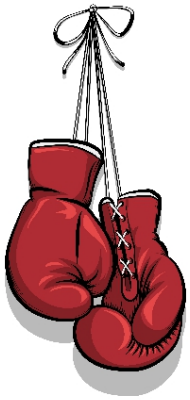
Hasta que la vida los enfrenta en la pelea más inesperada de todas: la del corazón.

ÍNDICE

Sinopsis
Introducción
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo
NOVELAS

«El amor verdadero nunca se rinde.»



Introducción

El amor es ciego, dicen.

Y una mierda.

El amor tiene una vista de lince. Sabe perfectamente a quién joder y cuándo.

¿O te crees tú que ese crío en pañales, con complejo de francotirador, de verdad tiene los ojos vendados?

¡Venga ya!

Es un cabrón con puntería. Y de la buena. No va a ciegas. Espera a que estés tranquilo, a que bajes la guardia y entonces, ¡zas! Te clava una flecha oxidada, llena de un veneno que no mata, pero que te deja el cerebro hecho papilla durante una temporada.

Y si tienes mala suerte, para siempre.

Pero lo más jodido no es él. Lo más jodido somos nosotras.

Él nos dispara, pero nosotras nos apretamos la flecha para que entre más adentro.

No, si no estoy enamorada, es solo que le tengo cariño.

Qué va, solo somos amigos.

Y mi favorita, la mentira de manual: *Si, en realidad, me cae fatal…*

Sí, claro. Y los cerdos vuelan.

Y mientras te repites ese mantra de mierda, tu pulgar tiene vida propia y acaba siempre mirando su última conexión. Miras su foto en la galería del móvil doscientas veces al día, te pasas las noches redactando mensajes larguísimos, confesiones de madrugada que luego borras letra por letra.

Porque tienes miedo. Un miedo atroz.

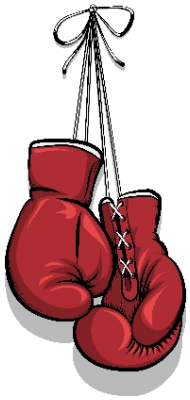
Te aterra que te diga que no, claro. El rechazo es una hostia a mano abierta que a nadie le gusta recibir.

Pero lo que de verdad te provoca un pánico que te paraliza, lo que te hace borrar esos mensajes, es que te diga que sí.

Porque si te dice que sí, se acabaron las excusas. Tienes que admitir en voz alta que te has colado hasta el tuétano. Que estás jodida. Que esto no es un resfriado que se cura con paracetamol.

Que has perdido el control.

Así que sí, el crío del pañal es quien te coloca la venda. Pero no te engañes, cariño. La que aprieta el nudo hasta dejarte a oscuras, eres tú.



Capítulo 1
JUDE

—No. Ni de coña me meto yo en un puto quirófano —gruñí, embarcado en la proeza olímpica de salir de esta cama del demonio en la que parecía llevar una eternidad, mientras rezaba a todos los dioses olvidados para que mi hombro, esa masa de carne traidora, no decidiera declararme la guerra total justo en ese momento.

No funcionó.

Vaya sorpresa.

Un pinchazo agudo me recordó quién mandaba allí. Y, desde luego, no era yo.

—Puedo solo —solté, apartando de un manotazo la mano del médico que, con la mejor de las intenciones, intentaba ayudarme.

¿Orgulloso? Por supuesto. Era mi jodido escudo contra el mundo. ¿Y qué?

¿Quejica? Eso sí que no.

Yo me ganaba la vida coleccionando moratones como si fueran cromos y abriéndome las cejas. Mi oficio era el noble arte de intercambiar dolor.

Así que no, quejica no.

—¿Pero quién coño diseñó estos chismes? Seguro que fue un sádico con un retorcido sentido de la humillación —mascullé cuando, al ponerme por fin de pie, un soplo de aire gélido me acarició el trasero.

No me malinterpretes, no es que me importara demasiado enseñar el género. Después de años de sentadillas y un pacto no escrito con el Dios del glúteo, el resultado era una obra de arte.

Pero el arte, querida amiga, requiere un contexto, una iluminación adecuada.

Y una habitación de hospital con olor a desinfectante y desesperación no era, decididamente, la galería que mi culo merecía.

—Fisioterapia —sentencié, ignorando el frescor en mis posaderas para centrarme en lo que de verdad importaba: evitar que un tipo con ínfulas de carnicero me abriera en canal.

—Jude… —suspiró el médico.

Ese suspiro cargaba el peso de años tratándome, una sinfonía de mis huesos rotos, mis tendones hechos jirones y mi inquebrantable cabezonería.

—Unas cuantas sesiones con el brujo ese de los masajes y como nuevo —insistí, aferrándome a la idea.

El doctor Matthews me atravesó con la mirada. El pobre hombre tenía pinta de haber perdido una pelea a quince asaltos, no en un ring, sino contra la vida. El pelo escaso, la piel con ese brillo enfermizo de quien pasa más tiempo bajo luz artificial que bajo el sol, y unas ojeras que parecían dos moratones.

Dos de los míos.

—Esta vez no habrá parche que valga, Jude —explicó—. Tienes el hombro completamente destrozado.

—Vaya forma de animar al personal. ¿No te enseñaron a ser más sutil en la facultad de medicina? —la ironía en mi voz.

—Contigo, la sutileza no funciona. Llevo años diciéndote lo mismo.

Asentí despacio.

Era verdad.

—La misma cantaleta de hace cinco años. No te hice caso entonces y no me ha ido tan mal, ¿no?

No era la primera vez que pasaba por aquello. El hombro ya venía tocado de antes y, con fisioterapia, había conseguido estirar su vida útil cinco años más.

Un milagro lo llamó él entonces.

Pura y jodida cabezonería lo llamé yo.

—Ya entonces te advertí que la próxima vez podría ser la definitiva y, quizás, irreparable. Y, créeme, lo ha sido.

—No es para tanto —o eso era lo que yo quería creer.

—El cartílago no está dañado, está pulverizado. O entras en ese quirófano y me dejas intentar hacer un puzle con los trozos, o te olvidas de volver a levantar ese brazo.

—Con fisioterapia…

—No hay fisioterapia que arregle esto. O te operas, o ese brazo se convierte en un peso muerto. Un adorno inútil para el resto de tu vida. ¿Es eso lo que quieres?

Desde luego, sutileza cero.

—Tampoco puedes asegurarme que quede bien tras la cirugía.

—No —respondió, sin un titubeo. Implacable —. No soy Dios. No puedo prometerte que puedas volver al ring. Pero lo que sí puedo es asegurarte que, si hay una posibilidad de que lo hagas, es operándote. Si no lo haces… Ni siquiera serás capaz de atarte los cordones de los zapatos con esa mano.

—Tendré que usar zapatos con velcro, entonces.

El doctor enarcó las cejas.

Una mueca se dibujó en mis labios.

—Era un chiste —expliqué.

O algo parecido…

Pero viendo la cara del médico, me quedó claro que no le había hecho ni pizca de gracia.

Qué poco sentido del humor, por Dios.

—No tienes alternativa, Jude. Créeme, la cirugía es tu única salida. Avísame cuando tomes una decisión. Podemos operar mañana mismo —añadió.

Me sostuvo la mirada un instante más, esperando la confirmación.

Claro que lo había entendido; ese no era el problema. El problema era que una parte de mí se negaba a aceptarlo.

Al final, asentí. Un gesto seco y resignado.

Solo entonces el doctor se dio la vuelta y se marchó.

Me quedé mirando un momento la puerta que se había cerrado tras él. Suspiré, me dejé caer en el butacón que había junto a la ventana y observé la ciudad envuelta en luces.

—Mi plan para esta noche no era este —mascullé al cristal empañado—. Mi plan era llegar a casa, tirar el trofeo en cualquier rincón —porque sí, joder, gané, incluso con el brazo colgando— y beber champán del caro directamente de las tetas de la rubia de turno que me estuviera esperando. Una celebración como Dios manda.

Pero todos mis planes se habían ido al traste.

Al menos había ganado el combate. No fue un oponente fácil y tampoco las tenía todas conmigo, pero, aun con el dolor atravesándome, lo conseguí.

—Pensé que últimamente practicabas el celibato.

Mi entrenador, que hasta ese momento había guardado silencio en una esquina, se acercó a mí.

Él era el único que sabía de mi "problema". Y lo digo entre comillas porque, para mí, no era un problema.

Era un contratiempo. Un bache. Una fase.

Apatía, baja libido, el puto mercurio retrógrado, qué sé yo. Nada que unos meses de descanso y sequía no pudieran arreglar.

Sí, era verdad que se estaba alargando sospechosamente en el tiempo y podía empezar a preocupar un poco.

Pero solo un poco. Nada grave.

Todavía no había alcanzado la categoría de problema con mayúsculas y en negrita.

—Eso carece de importancia ahora —suspiré.

La verdad era que en ese momento no había nada que pudiera importarme menos que eso.

No cuando lo que de verdad me importaba estaba en juego.

—Desde luego, lo que no estaba en mis planes era estar aquí, oliendo a desinfectante, con el culo frío y una condena rebotando en las paredes —fijé la mirada en mi entrenador, que ahora estaba frente a mí—. Ya casi puedo ver los titulares: *Jude "el Ángel de la Muerte" Evans, KO técnico: su hombro tira la toalla*. Patético —resoplé.

—No eres ni el primer ni el último boxeador que se jode un hombro en su carrera.

Tenía razón, claro. Él mismo era la prueba viviente.

Su propia carrera no terminó en un último asalto glorioso, bajo los focos. Terminó en una camilla, con un diagnóstico de mierda muy parecido a este.

Observé al hombre alto, de hombros anchos y pelo canoso cortado al ras, y asentí.

—Pero también puede ser el fin.

Para él lo había sido. Y podía serlo para mí.

Eso era lo que me helaba la sangre: la posibilidad de no volver a pelear nunca más.

—¿Te estás rindiendo? ¿Vas a colgar los guantes por esto?

—Te encantaría que lo hiciera.

No era una pregunta, era una afirmación.

Yo lo sabía. Sabía que Rick deseaba que dijera que sí. Que dejara ya ese mundo atrás.

Y ese sería el momento indicado para hacerlo.

La realidad estaba ahí, mirándome con una sonrisa de hiena.

Un brazo bueno y otro muerto. Así no podría volver a boxear, me harían papilla en el primer asalto.

Pero dejar de boxear no era una opción. No todavía.

Boxear era lo único que sabía hacer, lo único para lo que servía, lo único en lo que era bueno.

Además, el ring era el único lugar donde el ruido apagaba las voces de dentro. Donde los demonios se sentaban en las gradas y cerraban la puta boca.

Si no peleaba, los demonios saldrían. Y si salían…

No. No podía permitirlo. Tenía que volver al ring. Como fuera.

Y si la única opción era la cirugía…

—Me operaré —sentencié—. Saldré de ese maldito quirófano y me recuperaré.

Tenía que hacerlo.

Tenía que luchar.

—Avisa al doctor. Que traiga los papeles de mierda esos. Firmaré.

—¿Estás seguro?

Era lo que tenía que hacer.

—Que me opere mañana mismo.

—Bien…

—Y búscame al mejor fisioterapeuta del país. Al más caro. Págale lo que pida, me suda la polla el dinero. Pero dile que tiene que reconstruirme.

Rick me sostuvo la mirada un buen rato, escrutándome. No sé qué era lo que buscaba, pero, finalmente, asintió.

—Tengo que volver al ring, Rick, ¿lo entiendes?

Claro que lo entendía. Sabía que lo hacía.

Podía estar más o menos de acuerdo con que siguiera alargando mi carrera o con el momento para jubilarme, pero me entendía.

Él había pasado por lo mismo. También luchó por recuperarse. No lo consiguió. Y lo pagó caro.

Sabía que no quería eso para mí. Pero a mí no iba a pasarme como a él.

Yo iba a recuperarme.

—Cueste lo que cueste —sentencié.

—¿Cueste lo que cueste? —repitió, y por primera vez en toda la noche, había un matiz en su voz.

Algo extraño, afilado. Algo que no supe descifrar.

Le sostuve la mirada.

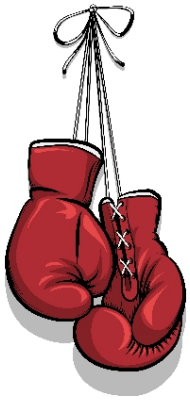
—Haré lo que sea necesario para volver a luchar.

Entonces lo vi. Una mueca casi imperceptible tiró de la comisura de sus labios.

Semanas después lo entendí.

Era una sonrisa.

El muy hijo de puta me la había jugado.



Capítulo 2
JUDE

—¡Ni de coña! —rugí.

El tenedor, con un trozo de bistec sangrante y glorioso pinchado en la punta, se quedó suspendido en el aire.

—Vamos, no se te ocurriría…

Una risa brotó de mi garganta, pero no era una risa normal. Era un sonido histérico, incrédulo, que se convirtió, finalmente, en alivio cuando me di cuenta de que aquello era una broma.

Tenía que serlo.

—Pues claro que no se te ocurriría —sentencié, intentando que mi voz sonara condescendiente y no como la de un hombre a punto de tener un ataque de pánico—. Te estás quedando conmigo.

Negué con la cabeza y fruncí el ceño.

—Pues que sepas que no tiene ni puta gracia, Rick. Mi sentido del humor está de baja por lesión, como mi hombro.

Decidí ignorar su broma de mal gusto y me dispuse a llevarme de nuevo el manjar a la boca cuando…

—No estoy bromeando.

A la mierda el bistec.

Fulminé a mi entrenador con la mirada.

Era mi primera comida en casa desde que volví del hospital tras la cirugía. Todo había salido bien; ahora quedaba la parte más dura.

Y había que empezarla pronto.

Rick no me había dicho nada, hasta el momento, sobre quién se encargaría de mi rehabilitación. Yo pensaba que era porque todavía no tenía a nadie.

Qué ingenuo era…

Conociéndolo, seguramente ya había elegido incluso antes de que yo se lo pidiera. Seguro que, por si acaso, lo había decidido antes de que me lesionara.

Ese hombre no dejaba nada al azar.

Rick, impertérrito, se limpió las comisuras de la boca con la servilleta. Un gesto lento, deliberado. La dobló, creando un cuadrado perfecto, y la dejó sobre la mesa.

Solo entonces, levantó la mirada. Sus ojos grises se clavaron en los míos.

Busqué desesperadamente en ellos un brillo, una chispa, el más mínimo indicio de que me estaba tomando el pelo.

Pero no, el muy cabrón lo decía en serio.

—¡Pues eso tiene menos gracia todavía! —exclamé, sintiendo cómo una vena en mi cuello empezaba a palpitar—. ¿Se te ha ido la cabeza del todo? ¿Qué coño pretendes, Rick? ¿Sabotearme?

—Estoy mirando por tu salud física —respondió con calma.

—Está claro que por mi salud mental no.

Porque nada de eso tenía sentido.

—Es la mejor, Jude —dijo, y su voz no admitía réplica.

Me daba igual, iba a contradecirlo de todas maneras.

—Ni siquiera yo te negaré que es buena. Muy buena, vale —admití a regañadientes cuando vi que enarcaba una ceja—. Pero tanto como la mejor… —negué con la cabeza.

Menuda gilipollez.

Siempre los habría mejores, con el doble de experiencia.

Al fin y al cabo, ¿cuánto tiempo llevaba ella dedicándose a eso? ¡Si solo tenía treinta y tres años!

—Y aunque lo fuera, Rick… —porque estaba clarísimo que ese hombre la tenía en un altar, aunque yo no entendiera por qué—. ¡Es ella! —y eso ya bastaba para rechazarla—. ¡Cualquiera menos ella!

—Es la mejor opción.

Bufé.

—Un curandero con un garrote y aceite de serpiente sería mejor opción.

—No es una decisión tomada a la ligera. Me informé a fondo sobre su experiencia y resultados, y estoy convencido de que es quien más podría ayudarte. Las relaciones personales, en esto, no deberían importar.

Pues importaban.

¡Y mucho!

—Dijiste "cueste lo que cueste" —me recordó.

—Me refería a dinero, Rick. A billetes —resoplé, pasándome una mano por el pelo —la mano buena, por supuesto—. ¡No a que pagaras con mi jodida salud mental!

—Salud mental no has tenido nunca. Seamos serios.

Puse los ojos en blanco, un gesto patético para ocultar que me acababa de meter un gancho al hígado que me dejó sin aire.

Tenía razón.

Otra vez.

Mi cabeza no era, precisamente, un jardín zen, y nada de eso tenía que ver con ella. Esa insoportable mujer no era la culpable de mis demonios, ni mucho menos.

Pero, joder, era como el puto flautista de Hamelín para ellos. Era mirarme y hacerlos salir a todos a bailar en procesión.

Sacaba una versión de mí que odiaba: más arrogante, más imbécil, más… todo.

Era un maldito interruptor. Solo con tenerla cerca ya activaba mi modo "gilipollas integral".

¿Cómo iba a ayudarme a recuperarme alguien así? ¿Qué clase de terapia era esa? ¿Sadomasoquismo médico?

—Busca a otro o a otra —mascullé, mi voz era un hilo de desesperación—. Los hay igual de buenos. Y mejores. Más viejos. Con más experiencia. Un chamán. Un veterinario. ¡Qué sé yo!

—Será ella.

Y dale...

Si es que cuando se le metía algo en la cabeza…

—No puede ser Madison, ¡por el amor de Dios!

¿Qué más explicación necesitaba?

¿Le hacía un croquis?

—Me odia, Rick. Por si se te ha olvidado ese pequeño e insignificante detalle.

Y lo mejor de todo era que no tenía ni una razón para hacerlo.

Bueno, a ver. Soy boxeador, y eso le parecía una aberración.

Y sí, era cierto que yo no había desplegado precisamente una alfombra roja cada vez que me la había cruzado.

Más bien al contrario.

Pero eso fue en defensa propia. Ella empezó.

—Y que no se te olvide lo más importante —continué—. El sentimiento es mutuo.

Pensar en tener a esa mujer cerca, dándome órdenes… ¡Tocándome!

No, eso no sería un plan de recuperación. Sería una receta para el caos.

Un desastre anunciado.

Y él lo sabía. Por eso no entendía cómo se le había ocurrido pensar en semejante locura.

—Yo necesito a alguien que se preocupe por mí, que me ayude a recuperarme. No alguien que probablemente aprovechará su papel para dejarme incapacitado de por vida.

Porque no me extrañaría que lo hiciera. No, en absoluto.

Esa mujer me odiaba a mí casi tanto como odiaba el boxeo.

No, rectifico. Me odiaba a mí mucho más que al boxeo.

Y esas eran ya palabras mayores.

¿Cómo coño iba a ponerme voluntariamente en sus manos?

—Ni siquiera entiendo por qué has pensado en ella.

Quería… No, necesitaba encontrarle la lógica a ese sinsentido.

Él conocía de sobra la mala relación que teníamos.

Que sí, que nos soportamos porque no nos quedaba más remedio. Pero de ahí a forzar esta cercanía… eso era cruzar una línea.

Y no era necesario.

—No me vas a decir que tú no has pensado en ella.

¡¿Perdón?!

¿Pensar en ella cómo? ¿De qué manera?

¿De qué cojones estaba hablando?

—¡¿Por qué demonios tendría que pensar en ella?! —de repente estaba escandalizado—. No. Joder. ¡Claro que no!

Yo, por lo general, no pensaba en esa mujer.

A menos, claro, que se me cruzara por delante.

O que invadiera mi territorio. Y mi territorio no era solo mi casa. Era cualquier lugar donde yo estuviera respirando. Si ella entraba en

mi órbita, lo sabía. No necesitaba verla. Era como un radar que no podía apagar.

No es que la buscara. Joder, no. Es que la sentía. Un cambio en el aire, una vibración. Mi instinto animal, ese cabrón que me mantenía vivo en el ring, la localizaba al instante.

Y si abría la boca ya… Me colmaba la paciencia lo que venía a ser el noventa por ciento del tiempo.

También podía ocurrir que a algún idiota se le ocurriera pronunciar su nombre. O que mi puto cerebro traidor decidiera, por su cuenta y riesgo, reproducir alguna gilipollez que dijo o hizo en algún momento y me dieran ganas de cagarme en todo lo cagable.

Pero aparte de eso, nada. Cero. Yo no pensaba en esa mujer.

Jamás.

¿Por qué iba a malgastar un solo pensamiento en la insoportable novia de mi hermano?

Rick, que tenía las cejas enarcadas, sonrió.

—Me refiero a pensar en ella como fisioterapeuta, Jude. Solo como fisioterapeuta.

Ah…

¡Ah, joder!

Claro, ¿a qué más se iba a referir?

—Pues no —dije, atropelladamente—. Ni de ese modo ni de ningún otro —añadí, con una contundencia que sonó falsa hasta para mí—. Ni siquiera me acuerdo de que es la novia de mi hermano, ¡fíjate tú!

No sé por qué sentí la necesidad de puntualizarlo, pero necesitaba dejárselo claro.

O quizás quería convencerme a mí mismo.

—Ya… —asintió Rick, arrastrando la palabra.

Y ese tonito que usó no me gustó una mierda.

—Pues tendrás que ir acostumbrándote a que ocupe tu mente más a menudo —continuó—. Y a soportar su presencia. Sobre todo, a soportar su presencia y su contacto. Porque va a ser ella quien se va a ocupar de tu brazo.

No era una sugerencia. Era un decreto.

Y el muy cabrón estaba disfrutando con ello.

—No —negué con la cabeza, con una rotundidad que sonaba a desesperación—. Te he dicho que ella no. Busca a otra.

—¿Buscar a quién para qué? —preguntó mi hermano, apareciendo en escena.

El chico rubio, que no se parecía a mí ni en el blanco de los ojos, tomó asiento, cogió la botella de vino, una copa limpia, se la llenó hasta el borde y se la bebió de un trago como si fuera agua. Un suspiro tembloroso escapó de sus labios.

Acto seguido, volvió a rellenar la copa.

Enarqué las cejas. Eso no era sed. Era un intento de ahogar algo.

—¿Todo bien? —pregunté.

—¿Qué tal la vuelta a casa?

Manual de Evasión Adam Evans, Capítulo Uno: si te acorralan con una pregunta sobre tus problemas, contraataca con una pregunta sobre los problemas del otro.

—Bien… —mi vista cayó sobre mi bistec, cortado en perfectos pedacitos.

Al parecer, Rick servía para algo más que para tocarme los cojones.

Pinché un trozo, lo llevé a mi boca y empecé a masticar. Estaba helado.

Tragué. Suspiré.

—Bien, estoy bien.

Bien jodido, sí. Si lo llego a saber, me habría quedado en el hospital.

Porque menuda bienvenida.

—Pronto todo esto quedará atrás y volverás a tu vida de siempre —dijo Adam.

—Ajá… —asentí.

Así tenía que ser.

—Entonces… ¿De quién hablamos? ¿Una chica?

Una sonrisa pícara, de esas que te piden a gritos que la borres de un puñetazo, se dibujó en sus labios.

—No me digas que has encontrado, por casualidad, a alguien que solucione… tu problemilla.

—Lo del hombro es más que un problemilla, Adam —bufé.

—Ah… —Adam negó lentamente con la cabeza, y la sonrisa burlona desapareció—. Que habláis de ese problema. Yo hablaba del "otro" —hizo el gesto de las comillas con los dedos— problema.

Fruncí el ceño.

—¿Qué otro problema?

¿Es que había alguno más y yo no me había enterado?

—Ya sabes. El de ahí abajo —hizo un gesto vago hacia mi entrepierna—. El que hace que las celebraciones post-combate sean tan tranquilas últimamente.

Puse los ojos en blanco.

—Mi polla funciona de puta madre, gracias —gruñí—. No tiene ningún problema. Es solo que… —me callé.

No tenía por qué darle explicaciones a este cotilla.

Además…

—¿Y tú qué demonios sabes de eso?

Adam se encogió de hombros.

—¿No es información de dominio público?

—¡Claro que no! —estaba alucinando.

—Ah… —tomó otro sorbo de vino—. Lo siento, entonces.

—*Gruuuñññ* —fue lo único que mi boca fue capaz de articular.

—Pero que sepas que lo sabe toda la casa —añadió, como si tal cosa.

—¡La madre que os parió! —estallé—. ¿Pero qué coño pasa en esta casa? ¿No tenéis Netflix? ¿Se ha caído HBO? ¿Soy vuestra puta serie de la temporada? ¿Por qué no os compráis vuestra propia casa, y os largáis, y me dejáis solo, ya que estamos? Todo eso de la intimidad, ya sabéis…

—La intimidad está sobrevalorada —dijo Adam.

—Mucho —concordó Rick.

—Y si no se trata de tu nula vida sexual… —continuó mi hermano, empeñado en no soltar el tema.

—Que, por lo que se ve, es de dominio público —terció Rick, con una media sonrisa.

—¿De qué hablabais? ¿De quién? ¿Por qué? —preguntó Adam.

—De nadie —negué rápidamente.

—De Madison —dijo Rick entonces.

—¿Madison? —el asombro en la voz de mi hermano.

Normal…

Me miró. Lógico. El culpable habitual.

—Eh, a mí no me mires que no he hecho nada —dije, levantando la mano en son de paz—. No la he insultado. Ni siquiera he pronunciado su nombre.

Bueno, sí lo había hecho, pero no había sido yo quien sacó el nombre de esa mujer a colación.

Adam volvió a beber.

—¿Qué pasa con Madison? —preguntó tras carraspear varias veces.

Fruncí el ceño. Mi radar, ese que solía pillarlas al vuelo, acababa de ponerse a pitar como un loco.

Buena pregunta, hermanito. ¿Qué te pasa a ti con Madison?

Porque a él le pasaba algo con su novia, de eso no me cabía la menor duda.

¿Qué era? ¿Una pelea? ¿La había cagado?

¿Habían terminado?

Y la pregunta más importante: ¿a mí qué coño me importaba?

Nada. Eso era lo que me importaba.

Me lo repetí una, dos, tres veces. A ver si, de tanto decirlo, me lo acababa creyendo.

—Tu hermano quiere saber por qué la he elegido a ella como su fisioterapeuta.

Adam, que justo en ese momento estaba bebiendo más vino, empezó a toser. No, a ahogarse.

—Normal —resoplé mientras él seguía tosiendo—. Si es que cualquiera con dos dedos de frente y un mínimo instinto de supervivencia —miré de reojo a Rick, dejándole claro que él no entraba en esa categoría— reaccionaría así.

Miré a mi hermano, adoptando una expresión de falsa solemnidad.

—Sin ofender, Adam. Que tú sabes que yo lo intento. Por ti. Porque es quien es y hay un respeto…

Mentira.

La mentira más cochina y descarada que había soltado en toda la semana. Pero sonó casi convincente.

Mi hermano, todavía recuperando el aliento, hizo un gesto con la mano. Un gesto que quería decir: *Ya, ya, sé que la odias, no me vendas la moto.*

—¿Será… qué? —consiguió articular, su voz era un graznido. Se aclaró la garganta y me miró con los ojos como platos—. ¿Quién? ¡¿MADISON?!

—Nadie —aclaré rápidamente, cortando el drama—. Nadie será nada. Son tonterías del viejo, que ya chochea. Solo quería tocarme las narices.

Rick ignoró mi comentario. Como siempre.

—Almorcé con Madison —dijo—. Le propuse que fuera la fisioterapeuta personal de Jude durante su rehabilitación. ¿No te ha dicho nada?

Los dos miramos a Adam, que de repente parecía el único acusado en un juicio.

Mi hermano carraspeó, un sonido nervioso, y se aflojó el nudo de la corbata como si le estuviera cortando la respiración.

Eso era un no como una catedral.

Qué raro. Pensaba que esos dos se lo contaban todo. ¿Y no había tenido tiempo de mencionarle algo tan jugoso?

¿O es que había algo más?

¿Y a ti qué te importa?

Nada.

—Seguramente se lo esté pensando todavía —continuó Rick, sin inmutarse por la evidente incomodidad de Adam—. Tuve que insistir bastante. Ya podéis imaginar que su respuesta inicial fue un no rotundo en cuanto escuchó el nombre de Jude. Ni siquiera quiso escuchar las condiciones.

Pues claro que se negó. ¿Cómo no iba a hacerlo? Era lo lógico y natural.

Pero en ese momento, por alguna razón retorcida, la odié más que nunca.

—Bueno —continuó Rick, con una media sonrisa que me dio ganas de estamparle la botella de vino en la cabeza—, al escuchar las condiciones, también se negó.

No, rectifico, en ese momento fue cuando la odié más que nunca.

¿Por qué? Si era lo que esperaba que hiciera.

Ni idea.

—Pero conseguí que me prometiese que lo iba a pensar. Porque la oferta es irrechazable. Y estoy seguro de que terminará aceptando.

Yo no lo tenía tan claro…

Ni quería que lo hiciera, por supuesto.

—¿Madison? —la voz de mi hermano sonaba extraña. Estaba más blanco que la servilleta—. ¿Le has propuesto a Madison que sea su fisioterapeuta personal?

El pobre no se lo podía creer.

Ni yo, la verdad.

—Sí.

—Pero… pero… —Adam apuró el resto de su copa de un trago y se desabrochó los dos primeros botones de la camisa—. ¡Pero si está embarazada!

Mi cerebro petó.

El universo entero se redujo a esa única jodida palabra.

¿Embarazada?

El odio que sentí en ese instante por esa mujer fue irracional y más grande que nunca.

—¡¿MADISON ESTÁ EMBARAZADA?! —exclamé.

El horror en mi voz era imposible de disimular.

Madison.

Embarazada.

Embarazada de Adam.

¿Pero cómo no iba a odiarla? ¡Si no dejaba de darme motivos para ello!

—¿Qué? —Adam parpadeó, de repente consciente de la bomba que acababa de soltar—. ¡No! ¡No!

¿No?

¿Pero cómo que no?

—¡Si lo acabas de decir! —porque yo no me lo había inventado, lo había dicho.

—¡Susana! ¡Susana está embarazada!

—Claro, Susana… —asintió Rick, como si de pronto todo encajara en su cabeza.

—¿Susana? —pregunté.

—Susana —suspiró Rick.

—¿Pero quién demonios es Susana?

Yo no entendía nada. Y menos entendía aún qué tenía que ver el embarazo de la tal Susana con Madison.

¡Joder! Qué agobio más grande.

—Nadie —dijo Adam, demasiado rápido—. No es nadie.

—¿Y qué tiene que ver esa nadie contigo? —me tenía de los nervios.

—Yo…

—Susana está embarazada de él —explicó Rick, mirando directamente a mi hermano—. ¿Verdad?

En ese momento, Rick no podía negar que estaba disfrutando con aquello. Disfrutaba con todo lo que fastidiara a Adam.

Y es que mi hermano nunca había sido santo de su devoción.

Para Rick, Adam era como un boxeador sin pegada: mucho estilo, mucha pose, pero a la hora de la verdad, no aguantaba un solo golpe.

Y Rick, que era un cabrón con principios, no respetaba a nadie que no supiera sangrar un poco.

Pero Adam no era el culpable. Yo fui quien se lo puso todo en bandeja. Yo fui quien lo protegió todo lo que pude.

Cuando pude, claro.

Si alguien tenía la culpa de algo, era yo.

Del embarazo de la tal Susana no, eso seguro. De ese sí que no era responsable.

Ni del suyo, ni del de nadie.

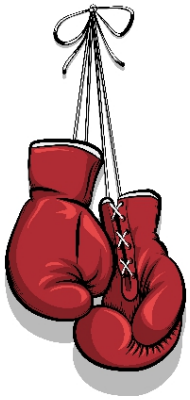
Si no había nadie que consiguiera que se me levantara, por el amor de Dios. Como para llegar a algo más.

—¿Has dejado embarazada a Susana? —pregunté, aunque ni siquiera sabía quién demonios era Susana.

Pero, en realidad, ¿importaba?

—Yo… —balbuceó Adam.

—¡Joder, Adam!



Capítulo 3
JUDE

¿Por qué tardaba tanto?

Joder, ¿qué se tarda en destrozarle la vida a alguien? ¿Cinco minutos? ¿Diez?

Llevaba ahí dentro una eternidad.

Mi cabeza, en contra de mi voluntad, empezó a proyectar escenarios de mierda.

¿Se estaban reconciliando? ¿Era eso? ¿Él le había soltado la bomba y ahora ella estaba llorando y él consolándola?

No. Imposible. Madison jamás perdonaría una infidelidad. Ella era demasiado íntegra. Demasiado orgullosa.

Demasiado ella.

Y yo lo sabía porque era un experto en ella, por supuesto.

Suspiré pesadamente y dejé caer la cabeza contra el reposacabezas de cuero. Cerré los ojos un instante.

¿Qué coño haces aquí, Evans?

No tenía ni idea. Esa era la verdad. No tenía ni la más remota idea de qué estaba haciendo allí actuando como un puto acosador frente a su portal.

Mi cerebro rebobinó la última hora.

Había escuchado el repertorio completo de excusas patéticas de mi hermano.

Siempre supe que era un gilipollas. Un mujeriego de manual, de esos que coleccionan conquistas como si fueran cromos.

Nunca se lo había tenido que currar. Lo tuvo todo demasiado fácil: la cara, el encanto, el dinero. No sabía lo que era el esfuerzo y, al final, la vida siempre pasa factura por eso.

Pero con ella parecía diferente.

Por mucho que me jodiera su elección, por mucho que no entendiera qué veía en ella, tenía que admitir que parecía que, por primera vez en su vida, había sentado la cabeza.

Qué iluso fui.

Y menuda decepción me llevé.

Y más decepción todavía era que Rick supiera de sus "excursiones" y no me hubiera dicho una mierda.

Aunque, pensándolo bien, seguro que lo hizo. Y yo, como siempre que se trataba de Adam…

A veces me preguntaba hasta qué punto era mi culpa. Si en vez de ayudarlo dándoselo todo masticado, lo había convertido en un inútil.

¿Era yo, en parte, responsable del tipo de hombre en el que se había convertido?

¿Era yo responsable, de rebote, del daño que le estaba haciendo a Madison en ese momento?

No.

Mi cerebro cortó ese pensamiento de raíz.

Ser un capullo era su decisión, no la mía. Yo había hecho lo que creía correcto. Lo mejor que pude y supe, porque se lo debía. Porque yo era lo único que le quedaba en este mundo.

Que él hubiera decidido ser un picaflor sin escrúpulos era su problema.

En fin… El caso es que lo había medio obligado a venir. Me importaba una mierda si llevaba varias copas de más. Todavía se mantenía en pie y podía hilar dos frases seguidas. Tenía que dar la cara. Era lo mínimo que podía hacer.

Aquello no podía esperar.

Era una cuestión de principios. De un mínimo de decencia.

No porque la insoportable de Madison y sus sentimientos me importaran un carajo. Que eso quede claro. Era por el honor de la familia, o alguna mierda de esas que te cuentan de pequeño.

Irónico, teniendo en cuenta nuestra historia familiar, pero bueno.

La cuestión era que mi trabajo como hermano mayor responsable tenía que haber terminado ahí.

Pues no.

En lugar de eso, yo había terminado metido en un taxi, soltándole al conductor la frase más jodidamente ridícula de la historia del cine: *Siga a ese taxi de ahí. A una distancia prudencial, que no nos vea.*

Y ahí estaba yo, pegando la cara al cristal como un detective de pacotilla, ¿para qué? Para asegurarme de que el cobarde de mi hermano no se daba la vuelta a mitad de camino.

Sí, claro. Para eso.

Definitivamente, no estaba bien de la cabeza. Mi cerebro debía de tener el mismo diagnóstico que mi hombro: hecho mierda y sin arreglo posible.

Deberían haberme ofrecido un dos por uno en el quirófano: te arreglamos el brazo y te extirpamos la gilipollez.

Resoplé.

Ya estaba bien de hacer el imbécil.

Estaba a punto de abrir la boca y decirle al taxista: *Olvídelo, maestro. Dé media vuelta y lléveme al bar más cercano. La primera ronda la pago yo,* cuando la puerta del portal se abrió.

Y allí estaba él. Adam.

Entonces mi mirada, de forma automática, se levantó hacia las ventanas del edificio. Buscando…

¿Qué coño estaba buscando? ¿Una silueta en una ventana?

¿Una puta escena de película?

¿En qué piso vivía? No tenía ni idea. Ni en qué piso, ni en qué número, ni siquiera sabía en qué barrio vivía hasta que seguí a Adam.

Joder, qué poco sabía de la mujer que, hasta hacía unas horas, formaba parte de mi familia.

Sí, formaba, en pasado. Porque esto, obviamente, se había acabado.

¿Verdad?

Claro que sí, joder. Así era como tenían que ser las cosas. Esa mujer ya no pintaba nada en nuestras vidas.

Fin de la historia.

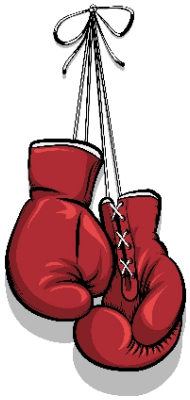
Bueno, en la mía no había pintado una mierda nunca.

Dejé de buscar sombras que no me interesaban en absoluto y volví a fijar la vista en mi hermano, que unos metros más adelante se subía al taxi que seguía esperándolo.

Perfecto.

Misión cumplida.

Era el momento de volver a casa, de pasar página y olvidarnos para siempre de Madison White.



Capítulo 4
JUDE

Mi dedo se quedó flotando a un milímetro del timbre.

Un milímetro entre la cordura y el desastre.

No. No lo hagas, Jude. Date la vuelta. Sé un adulto funcional por una vez en tu patética vida.

—Joder —mascullé, retrocediendo como si la puerta quemara.

Yo no tenía que estar allí. Aquel no era mi problema.

No había ni una sola razón lógica para que mis botas estuvieran pisando este felpudo.

¿Entonces qué coño hacía?

Fácil: el gilipollas. Con mayúsculas y en negrita.

Y tenía que dejar de hacerlo. Tenía que marcharme. Dar media vuelta y a casa.

Era lo sensato, lo correcto, lo que cualquier persona con dos dedos de frente haría.

Bueno, una persona con dos dedos de frente ni siquiera estaría allí, pero dejémoslo estar.

La cuestión era que tenía que irme. Y punto.

Pero mi cuerpo —que debía de tener un cerebro propio y, por lo que se veía, mucho más idiota que el mío— actuó por su cuenta. Mi dedo índice, ese pequeño traidor, presionó el maldito botón.

Ding-dong.

Pegué un respingo.

¡Pero huye, idiota! ¡Corre!, me gritó la parte racional de mi cerebro.

Quería obedecer, de verdad que sí. Pero mis pies se habían declarado en huelga, anclados al felpudo como si fueran de plomo.

Habían decidido que el espectáculo debía continuar y ellos querían verlo en primera fila.

Tenían que haberme operado la cabeza, no el hombro. Eso era lo que necesitaba de verdad. Una lobotomía.

Con un esfuerzo titánico, conseguí girar sobre mis talones, listo para batir el récord mundial de los cien metros lisos, cuando el universo, que por lo visto tiene un sentido del humor negrísimo, decidió que aún no había sufrido suficiente.

Y la puerta se abrió.

¿Es que todo el cosmos se había puesto de acuerdo para reírse de mí? ¿Disfrutaba viéndome hacer el ridículo desde la mirilla?

—¿Jude?

Cerré los ojos con fuerza, tan fuerte que vi las estrellitas. Y maldije a todos los dioses conocidos, a los que estuvieran por inventar y, sobre todo, a mi estúpido dedo traidor.

En ese momento, tenía dos opciones. Bueno, la verdad era que solo tenía una, porque ella ya me había visto y salir huyendo ya no era una opción.

Así que, agotadas las vías de escape, no me quedó más remedio que girarme. Lo hice con la lentitud de un condenado a muerte que intenta saborear sus últimos segundos de patética existencia.

Y ahí estaba ella.

Y, joder, no pude evitarlo. La barrí con la mirada de arriba a abajo.

Era un reflejo. Evaluar al oponente.

Parecía que un tren de mercancías le había pasado por encima, el resultado esperado de la masacre de mi hermano.

Tenía sus enormes ojos azules hinchados, todavía brillantes por las lágrimas. Su larga melena morena, ondulada, estaba recogida en un moño que sujetaba más bien poco, con mechones rebeldes escapando por todas partes. El rímel corrido y la palidez en la cara remataban el cuadro.

Estaba hecha un desastre.

El muy cabrón la había hecho llorar.

Nota mental: partirle la cara a mi hermano en cuanto lo vea.

Pero mi cerebro archivó la venganza para más tarde y decidió que había algo más urgente en lo que enfocarse. En lo que ella llevaba puesto.

O, mejor dicho, en lo que no llevaba puesto.

Y entonces pasó lo impensable: mi polla decidió que ese era el momento perfecto para despertar de su letargo.

Una reacción visceral, inoportuna y jodidamente inexplicable.

¡¿PERO QUÉ MOMENTO ES ESTE PARA HACER ACTO DE PRESENCIA, POR DIOS?!

¡CON ELLA NO! ¡CON ESTA MUJER NO!

—¿Le abres la puerta así a cualquiera? —gruñí entonces.

Sobra decir que esa pregunta sobraba.

Ella podía vestir como le diera la gana. Podía llevar una camiseta ancha, corta y translúcida si quería, y salir al mundo en pelotas también, y nadie tenía derecho a decirle una mierda.

Yo menos que nadie, y menos todavía con ese tono de gilipollas integral.

Pero no pude evitarlo.

Lo que sí pude evitar, por los pelos, fue el movimiento reflejo de colocarme la erección con la mano, porque eso habría sido como poner un foco de neón apuntando al problema.

¡Y a ver cómo explicaba semejante locura!

Aunque eso ya no era solo un tema de locura. A mí me estaba pasando algo malo de verdad.

Y ya empezaba a asustarme el tema.

Ella, afortunadamente ajena al motín que estaba teniendo lugar en mis vaqueros, enarcó una ceja. Esa ceja. La que siempre parecía estar juzgándome, sentenciándome, declarándome culpable.

Pues anda que si supieras lo que está pasando aquí abajo, me condenabas a la silla eléctrica.

Para mejorar las cosas, en un alarde de genialidad diplomática, decidí que la mejor forma de salir del hoyo era seguir cavando.

—Quiero decir… ¿Y si en vez de mí hubiera sido un ladrón? ¿Un acosador?

Bueno… Un acosador, técnicamente, era yo.

El tipo que se había colado en el portal detrás de una vecina, que había rastreado los nombres en los buzones como un detective de pacotilla y que llevaba diez minutos plantado en su puerta.

Pero esa no era la cuestión. Yo era yo. No un desconocido con malas intenciones.

Mis intenciones eran…

¿Cuáles eran mis intenciones?

Y justo en ese momento, mi entrepierna me recordó que ella también tenía unas intenciones muy claras. Y no eran precisamente nobles.

—¡Podrían hacerte algo! —solté, sonando como un padre sobreprotector y gilipollas.

Ella no dijo nada. Solo me miró. Y entonces suspiró.

—¿Qué haces aquí? —preguntó entonces.

Vale, una pregunta simple.

Lo que no era simple era la respuesta.

Mi cerebro se puso a rebuscar frenéticamente en el archivo de *Excusas Creíbles*, pero no encontró nada.

—Pues verás…

—No —me cortó, levantando una mano, interrumpiéndome.

Menos mal, porque no sabía ni qué iba a decirle.

—Déjame adivinar. Ahorrémonos el numerito. Punto uno: ¿vienes a buscar a tu hermano? Tarde. Ya se ha ido.

Oh, créeme, lo sé.

—Punto dos: ¿vienes a asegurarte de que hemos terminado? —su voz era puro veneno en este punto—. Sí, Jude. Lo hemos hecho. Misión cumplida.

—Bueno, yo no…

—Punto tres y final: ¿vienes a comprobar si estoy jodida, rota y humillada después de la traición? Sí. Lo estoy.

Hizo una pausa, y su mirada me taladró.

—Así que ganaste. Ya puedes irte bien feliz. Y tranquilo, porque no volverás a verme más en la vida. Ni en tu casa, ni en tus cenas familiares, ni en ninguna parte. Ya puedes olvidarte de mí, como yo me olvidaré de vosotros.

Y ahí estaba. La victoria. El premio gordo. El árbitro levanta mi mano.

Simple. Fácil. Limpio.

Ya no estaba con mi hermano. Ya no tendría que verla. Ya no tendríamos que soportarnos.

El problema se había solucionado.

Mi cerebro, la parte que aún funcionaba correctamente, me gritaba que diera media vuelta. Que la dejara entrar en la casa, que

la dejara cerrar la puerta y que este capítulo de mierda se terminara de una vez por todas.

Qué fácil, ¿no?

¡Facilísimo!

Hasta que ella empezó a cerrar la puerta. Y mi cuerpo se movió solo. Mi mano se disparó y se plantó en la madera, deteniendo el movimiento. Y empujé.

Me colé en su apartamento. Donde olía a ella.

Mi erección empeoró. ¡Joder!

—¿Pero qué coño haces? —su voz era un susurro ahogado, una mezcla de incredulidad y rabia.

Yo no sabía qué hacía, solo que ahí estaba. Dentro de su casa. Y por primera vez en mi vida veía dónde vivía la mujer más insoportable del planeta.

Barrí el pequeño lugar con la mirada. La manta tirada en el suelo, tazas vacías sobre la mesa. Y sobre el brazo del sofá…

Un trozo de encaje negro.

—Mierda —gruñó ella cerrando la puerta. Cogió el sujetador y lo escondió bajo un cojín.

Y por primera vez desde que la conocí, me hizo sonreír.

—Vaya desastre —bromeé.

En cualquier otro universo, mi TOC por el orden y la limpieza habría empezado a gritar y a tener espasmos.

Pero ya hemos dejado bastante claro que no estaba en mis cabales, así que…

—¿Qué quieres, Jude? —suspiró ella; su voz sonaba cansada, agotada más bien.

—¿Puedo sentarme?

¿Y disimular un poco mis vergüenzas?

—No.

—Qué decepción… —suspiré, irónico.

—¿Qué haces aquí?

No lo sé.

Pero no podía decirle eso. Necesitaba una excusa. Una razón de peso.

—Vine…

Y entonces mi cerebro hizo cortocircuito. Porque mis ojos se desviaron. Y se quedaron ahí. Enganchados. En sus piernas.

Me dolía la entrepierna.

¡A los ojos, Evans! ¡Mírala a los putos ojos, o te juro que te arranco la cabeza!

—Vine… —empecé a balbucear.

¡Dije a los ojos, no a la boca!

—Vine… —repetí, mirando a mi alrededor. A todos lados menos a ella.

Y entonces mis ojos lo vieron. Ahí, sobre la mesita de centro.

Me agaché un poco para comprobar que era lo que yo creía…

¡Sí! Mi salvación.

Mi coartada.

—Por el contrato.

Ella parpadeó, como si no entendiera esa palabra.

—¿Qué?

—Vine por el contrato —repetí. Cogí los papeles—. Rick me ha mandado para convencerte de que firmes —enarqué las cejas—. Pero, al parecer, no hacía falta que viniera —la sorpresa me la llevé yo al ver que había firmado.

Eso sí que no me lo esperaba. Nada de lo que estaba pasando ese día entraba en mis planes, pero esto…

Tomé el sobre de la mesa, guardé los papeles y, con un gesto que intenté hacer pasar por casual, lo coloqué estratégicamente frente a mi entrepierna. Un improvisado escudo de papel contra la humillación absoluta.

Mi ansiado taparrabos.

Ya había jugado demasiado con el destino esta noche, y el cabrón siempre gana la partida. No podía arriesgarme a que ella se diera cuenta de algo que no debería estar pasando.

Si es que no se había dado cuenta ya…

—¿Te envió Rick? —la incredulidad en su voz era palpable.

—Así es —*a los ojos, Jude, siempre a los ojos.*

Ella pestañeó.

—¿A ti?

—Sí…

—¿A convencerme de que firmase? —a cada pregunta sonaba más incrédula.

Normal…

—Ajá…

—¡¿Y tú viniste?! —la incredulidad en su voz, en este momento, ya era máxima.

Vale. La excusa era floja, pero no imposible. La idea de que Rick me hubiera obligado a ir no era tan descabellada como ella pensaba.

El viejo era un buen chantajista y haría lo que fuera para conseguir lo que quería.

Claro que lo loco de verdad era que yo hubiera accedido. Eso sí que no se lo tragaba nadie.

Pero más loca era la verdad. Porque la verdad era que no tenía ninguna explicación para nada.

—Entiendo —dijo ella entonces, y asintió con la cabeza, una, dos, tres veces, como si las piezas del puzle imposible acabaran de

encajar—. Sí, ya lo entiendo.

—Ah… ¿sí?

—Claro. Viniste a recuperar el contrato "no firmado" —puntualizó haciendo el símbolo de las comillas con los dedos—. Y accediste a venir para asegurarte de que no quedaba ningún cabo suelto que nos uniera.

—Esto…

—Y haces bien —continuó, ignorándome—. Lo entiendo, además. En tu lugar, yo habría hecho lo mismo al enterarme de semejante… —hizo un gesto vago con la mano, buscando la palabra exacta.

—¿Locura? —sugerí.

—Locura —concedió ella entonces.

Pero podría jugarme el cuello, y no lo perdería, a que quería usar una palabra algo más contundente.

—Puedes quedarte tranquilo entonces, Jude. Esa firma no es válida. No firmé estando en mis cabales. Fue un impulso. Un momento de rabia, estaba enfadada con Adam y no sé por qué hice eso. Sé que no es excusa y que no tiene sentido, pero es la verdad. Iba a romper esos papeles en mil pedazos justo cuando llamaste al timbre.

Se acercó. Un paso. Dos. Invadiendo mi espacio, mi zona de seguridad. Estiró la mano, dispuesta a coger los papeles que yo sostenía como un escudo.

Y mi polla se tensó todavía más, amenazando con delatarme.

Maldita sea. No. No. No.

¡Aléjate!

Agarré el sobre con fuerza y aterricé en la otra esquina del salón, que, para mi desgracia, tampoco estaba muy lejos.

¿Por qué vivía en un sitio tan pequeño? Era una ratonera.

—¿Qué coño tiene que ver Adam con esto? —pregunté entonces. Mi voz sonando más agresiva de lo que pretendía.

Sí. Esa fue la única frase con la que me quedé de toda la parafernalia que soltó. El resto, puro ruido de fondo.

Ella se quedó quieta. Parpadeó.

—¿Perdón?

—¿Qué tiene que ver Adam y lo que te ocurra con él con este contrato? —insistí, porque su lógica me estaba jodiendo por dentro y no sabía por qué—. Esto no tiene nada que ver con él. Esto se trata de ti y de mí.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, pesadas y estúpidas. Y fue en ese silencio cuando me di cuenta de lo que acababa de decir.

—Quiero decir —me apresuré a corregir, las palabras atropellándose en mi boca—, de una fisioterapeuta y un paciente. Un hombro jodido. Eso es todo. Es un trabajo. Eso es lo que quería decir —estaba a punto de tartamudear ya con los nervios.

Ella me miró. Fijamente. Otra vez.

Era la mirada de una entomóloga estudiando un bicho raro que acaba de encontrar en su cocina.

El cuello de la camiseta de repente me asfixiaba. Me removí, incómodo, pero aguanté el tipo.

Entonces se cruzó de brazos.

—Si no tiene nada que ver con Adam, y no aceptarías este contrato solo para disfrutar viendo cómo sufro mientras trabajo para ti y tengo que cruzarme cada día con tu hermano, el que me traicionó… Porque no lo haces por eso, ¿no?

¡Pues claro que no, joder!

¡Pero qué retorcida era!

—¡No! —exclamé ofendido.

Ella resopló.

—Era una pregunta retórica.

—Ah…

—Si no es por joderme… Si no es para verme hundida, si no viniste para impedir que firmara semejante estupidez. ¡¿Qué quieres?!

Fui a abrir la boca, pero ella siguió hablando.

—¿Sabes qué? ¡La verdad es que ni me importa! —se pasó las manos por la cara, estaba agobiada—. Hace exactamente quince minutos, tu hermano estaba sentado en ese sofá — señaló el mueble con un gesto brusco de la barbilla— confesándome que ha dejado embarazada a otra. Mi pareja, el hombre con quien creí que tendría un futuro, me engañó.

Apreté la mandíbula con fuerza al escuchar el dolor en su voz.

Por un instante deseé que mi hermano se materializara allí mismo, solo para poder estamparle la cara contra la pared.

Porque eso no se hacía, joder. No se traicionaba así.

No importaba quién fuera. No importa si era Madison o el mismísimo diablo.

Había reglas. Había líneas que un hombre no cruzaba. Y él las había pisoteado como si no existieran.

—Mi guion para esta noche era llorar hasta quedarme seca —le tembló la voz.

Y en ese momento, la admiré.

La admiré por no derramar una sola lágrima delante de mí. Por mantenerse entera y firme, aunque estuviera deseando romperse.

Era una luchadora, y yo respetaba a los luchadores.

Pero, por primera vez en mi vida, odié a Adam. Lo odié con cada fibra de mi ser porque él ya la había hecho llorar.

Y sabía, con una certeza que me quemaba por dentro, que en cuanto yo cruzara esa puerta, ella volvería a llorar por su culpa.

—Mi plan era insultarlo hasta quedarme afónica.

Una idea excelente.

En eso podía ayudarla. Yo también tenía una lista de piropos que dedicarle a mi querido hermano.

Podríamos montar un dúo.

Aunque, siendo realistas, la mitad de su munición verbal habría acabado rebotando en mi dirección.

Qué coño la mayoría.

Probablemente toda.

—Quería beberme una botella de vino barato, porque yo no tengo champán francés del caro en la nevera para celebrar mis desgracias —no sé por qué eso sonó a que me estaba echando en cara que yo sí lo tuviera—. Vamos, quería vivir lo que viene siendo un drama de manual —rio con amargura—. ¡Mi propio y merecido drama! Y en lugar de eso, estoy aquí, viviendo esta situación totalmente surrealista contigo.

Y tan surrealista…

—No sé qué demonios hace en mi casa el hombre que me odia cuando ya no hay nada que nos una —su voz empezó a temblar, no de debilidad, sino de pura frustración—. ¿Qué quieres, Jude? No me trates ahora con pies de plomo, no lo soportaría. Así que dime la verdad, podré soportarlo, créeme. ¿Has venido a ver el espectáculo? ¿A comprobar lo hecha mierda que estoy? Y como no estoy llorando, ¿te vas a quedar ahí plantado hasta que lo haga? ¿Es eso? ¿Una sesión de sadismo para terminar bien la noche?

¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Tan cabrón me crees?

Pues viendo cómo te has comportado, campeón, ¿qué quieres que piense?, me susurró la voz en mi cabeza.

—Porque la excusa de que has venido a convencerme de que me quieres como tu fisioterapeuta… —soltó una risa irónica, lastimera— No, Jude. No cuela. Por mucho que Rick te obligara, tú jamás habrías aceptado. Antes te arrancas el brazo bueno que dejar que yo me acerque al malo.

Entonces sus ojos se clavaron en el sobre que yo seguía sosteniendo como un idiota.

—Así que dame ese contrato para que pueda hacerlo trizas de una vez. Lárgate de mi casa. Y olvídate de que existo. ¡Y del maldito contrato también! —estalló.

Sí. Eso era lo que tenía que hacer. Dar media vuelta, largarme y dejarla con su drama.

¡A la mierda todo!

¡A la mierda Madison!

—Todavía no me has preguntado cómo estoy —las palabras salieron solas, sin pensar.

Ella parpadeó. Una, dos veces.

—¿Perdón?

Sabía que no tenía sentido, pero tenía que soltarlo porque aquello, de repente, me estaba quemando por dentro.

—Mi hombro. La operación —expliqué—. Ni una llamada, Madison. Ni un mensaje deseando que me recuperara, aunque fuera mentira. Ni una visita por compromiso al hospital.

Ella parpadeó, varias veces.

—¿Tú habrías querido que yo fuera a verte allí?

Sí, pensé.

¡¿Sí?!

—No —respondí más rápido de lo que debería teniendo en cuenta que yo mismo le estaba echando que no hubiera hecho eso.

Sin sentido…

Como todo lo que estaba ocurriendo en los últimos minutos.

—¡¿Entonces?!

—Pero todavía eras mi cuñada —vaya excusa más mala—. Y hay ciertas reglas no escritas cuando se trata de la familia —pero patética la excusa…— Una de ellas es fingir que te importan los

demás, aunque solo sea para que tu prometido no se sienta como una mierda —esa ya no era tan mala, ¿no?

Su cara pasó de la confusión a la más pura y absoluta incredulidad.

—Creo que Adam sabía, y sabe, demás, que nuestra relación ni siquiera podría, ni podrá jamás, ser cordial. Te has encargado personalmente de dejárselo claro a él, a mí y a todo el mundo.

—Eso no te impedía… —gruñí, pero ella me interrumpió.

—¿De verdad te has presentado en mi casa, después de todo, para echarme en cara que no fui lo bastante falsa y pude hacerle daño a tu hermano? Que te quede claro, Jude, lo que sienta Adam ahora mismo me importa una mierda, como podrás imaginar.

—Me dolió a mí.

La verdad, la única verdad que ni yo mismo sabía que estaba ahí, salió sin pedir permiso.

Ella se quedó quieta. Negó con la cabeza, como si intentara sacudirse mis palabras.

—¿Qué dices? —el asombro en su voz.

Pero yo no podía explicarle más porque ni yo mismo lo entendía.

—¿A ti? ¿Tú estás dolido porque yo no me preocupé por ti? —rio— ¿Estás borracho? ¿Drogado?

Antes de que pudiera negarlo, llegó hasta mí. Se puso de puntillas, su nariz aspirando el aire a mi alrededor, buscado el rastro del alcohol.

Y joder, yo no pude evitar olerla a ella.

Olía a limpio, a lágrimas y a esa colonia suya. La que siempre había odiado porque era suya.

Pero mi cuerpo no la odiaba en absoluto. Al contrario. A mi polla parecía encantarle.

—No. No estás borracho —dijo asombrada, alejándose.

Solté un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. Alivio puro.

—¿Una contusión, tal vez? —su expresión cambió de la incredulidad a una preocupación casi clínica—. ¿Te diste un golpe en la cabeza?

Su mano se alzó, los dedos dirigiéndose a mi sien.

No me toques. No ahora.

Mi mano atrapó la suya. Y entonces, la descarga. No fue un simple chispazo. Fue un latigazo de corriente que me recorrió el brazo, me subió por el hombro y me estalló en el centro del pecho.

Solté su mano por puro puto instinto, como si me hubiera quemado.

¿Pero qué coño había sido eso?

Carraspeé, intentando recomponerme.

—No, no estoy borracho —dije, mi voz sonando más dura de lo que pretendía.

Joder, ojalá lo estuviera. Porque el alcohol sería un diagnóstico simple, una excusa cojonuda para estar allí, para decir las gilipolleces que estaba diciendo, para sentir…

Lo que coño fuera que estaba sintiendo.

Pero no. Estaba sobrio. Y eso lo hacía todo mucho más jodido.

—Me estoy quejando —anuncié, adoptando el tono de un cliente insatisfecho— de mi fisioterapeuta.

Sí, Jude. Ve por la opción segura.

—Yo no soy tu…

Levanté el sobre un instante, solo un instante, lo suficiente para que lo viera.

—Esto dice lo contrario, Madison.

—Jude, deja la gilipollez. Yo no soy la indicada para esto. Y lo sabes.

Eso mismo había dicho yo unos minutos antes. Claro que por entonces no estaba completamente loco.

—Ya lo veremos —dije, y mi voz era pura cabezonería.

—No. No veremos nada —replicó—. Porque no voy a tratarte. No atiendo a…

Su mano se agitó en el aire, como si intentara atrapar la palabra adecuada.

Enarqué una ceja.

—¿A boxeadores? —la ayudé—. ¿Es esa la palabra que buscas?

—Exactamente.

—No hay ningún problema —me encogí de hombros—. Porque ahora mismo no soy uno. Soy un hombre con un hombro jodido. Un paciente. Tu paciente.

Ella echó la cabeza hacia atrás y miró al techo, sus labios moviéndose en una plegaria silenciosa, probablemente pidiendo paciencia o que un rayo me partiera en dos.

Lo segundo era más probable.

Entonces sus ojos volvieron a clavarse en los míos.

—¿Te estás quedando conmigo, verdad? Esto tiene que ser una broma.

—No.

—Pues ninguna otra cosa tiene sentido, Jude. Mi vida se acaba de ir a la mierda por culpa de tu hermano. Lo acabo de echar. Y tú, el hombre que más me odia, el que debería estar ahora mismo celebrando que por fin se ha librado de mí para siempre… En lugar de eso, te cuelas en mi casa, ¿para hablarme de un contrato que nos obliga a pasar tiempo juntos? ¿Justo ahora, que tienes la vía de escape perfecta para no volver a verme en tu vida?

Dicho así sonaba raro de cojones, sí.

—¿Tienes remordimientos? ¿Un ataque de conciencia tardío por tu parte en esta tragicomedia de los Evans? No. Olvídalo. Jude Evans no tiene conciencia. Pregunta estúpida —una mueca en sus labios.

¿En serio?

—Rick dice que eres la mejor. Y a mí no me vale nada que no sea lo mejor.

—Solo se estaba quedando contigo.

Pero ni ella misma sonaba segura.

—Créeme, es lo primero que pensé. Pero no —admití, porque el viejo era un cabrón, pero no un sádico—. Por alguna razón que se me escapa, tiene una opinión de ti jodidamente inflada.

—Pero tú no —no fue una pregunta. Fue una afirmación.

—No.

¿Para qué iba a mentir?

Estaba loco, pero no para tanto.

—¡Pues por eso! —elevó las manos al cielo, como pidiendo paciencia divina—. ¿Por qué me querrías entonces? ¡Joder, es que es de sentido común!

El sentido común era algo que yo había perdido hacía un buen rato.

Aquello ya no se trataba de mi hombro. Ya no se trataba de Rick. Se trataba de ella diciéndome que no.

Y yo no iba a aceptar un no.

Esto se había convertido en otra cosa. En un pulso. En una pelea fuera del ring.

Y yo no pierdo.

Nunca.

Ganar, en ese preciso instante, era que ella se encargara de mi rehabilitación.

—Si Rick dice que…

—Quizás lo único que quiere Rick es joder a Adam. Todo el mundo sabe que no es su favorito y le gusta chincharlo.

Vale. Esa teoría tenía más chicha. Pero la eligió antes de la hecatombe. A no ser que el viejo zorro supiera algo…

¡Qué más daba ya!

—Lo que sea, Madison. Ya firmaste. Y yo no voy a hacer desaparecer el contrato.

—Tú lo que quieres es martirizarme, ¿verdad? —su voz subió una octava—. ¿Una especie de venganza familiar? ¡Pero si me ha engañado él a mí! ¡La víctima soy yo, joder! ¡No tienes que pagarlo conmigo!

Madre mía.

La pobre estaba haciendo horas extras intentando encontrarle la lógica a mi gilipollez.

Estuve a punto de decirle: *No busques. No vas a encontrar nada. Es un desierto de racionalidad*. Pero me mordí la lengua.

A veces, el silencio es lo mejor.

—Véngate de mí de otras formas, ¡pero olvida el maldito contrato!

—Entonces, ¿por qué firmaste? —pregunté.

Ella parpadeó, confundida.

—¿Qué?

—¿Por qué firmaste el contrato si no eres la indicada para este trabajo?

—Ya te lo he dicho. Fue un impulso. Estaba despechada, cabreada…

—No parece que el despecho se te haya quitado en los últimos veinte minutos —la corté—. Así que sigue despechada y ponte a trabajar.

—¡NO QUIERO TRABAJAR CONTIGO! —gritó—. No puedo tratarte a ti. ¿Es que no lo entiendes?

—¿Por qué no? ¿No eres una profesional? —la reté.

—¡Claro que lo soy!

—¡Entonces actúa como tal! —mi propia voz subió de volumen—. Tú no entiendes por qué coño acepté venir aquí, y yo no entiendo tu

negativa. ¿Tanto me odias? ¿Tanto, como para rechazar una oferta que podría solucionarte la vida?

No sabía cuánto le había ofrecido Rick, pero estaba seguro de que era mucho, muchísimo dinero.

—¡Sí, soy el hermano del cabrón que te ha roto el corazón! ¡Sí, soy un puto Evans! ¡Sí, nunca me has caído bien y yo me he encargado de que lo supieras! ¡Sí, me alegro de que ya no formes parte de esta familia de mierda! ¡Sí, siempre te he tratado como si fueras lo peor! Y sí, ¡para colmo, soy boxeador!

Apreté los dientes con fuerza. Estaba enfadado.

Joder, ¡estaba furioso!

—¡Pero me cago en todo, Madison! ¡No estoy aquí como nada de eso! Estoy aquí tragándome mi orgullo. Estoy aquí como un hombre jodido que necesita ayuda, buscando a la única persona que me aseguran que puede recomponerme. ¿Crees que me importa una mierda si me odias o no? ¡Haría un pacto con el puto diablo si me garantizara volver a pelear!

El silencio que siguió fue atronador.

La vi, con los ojos abiertos como platos, las cejas arqueadas hasta el nacimiento del pelo. Y solo entonces fui consciente de todo lo que acababa de vomitar.

Suspiré.

—Sí, Madison, soy un gilipollas de manual. Sobre todo contigo. Pero eso no me va a impedir querer a la mejor a mi lado si de verdad puede ayudarme. Si te niegas por mí… te juro que no te trataré mal. Yo también soy un profesional, aunque no lo creas. Y si es por Adam… —hice una pausa— No tendrás que verlo. Me encargaré personalmente de ello. Podemos hacer la terapia en otro sitio, si te sientes más cómoda. En un gimnasio neutral. Donde sea.

Ella me miró como si me hubiera vuelto completamente loco.

Y, sinceramente, era lo más probable.

—Es por los dos —negó con la cabeza—. Joder, Jude! ¡Tú y yo nos odiamos! No, por mucho que lo digas, esto no es profesional. Esto es una locura.

Su mano se lanzó de nuevo hacia el sobre, pero esta vez estaba preparado. Di un paso atrás, fuera de su alcance, protegiendo mi única y estúpida baza.

—Locura o no, tengo que volver a ese ring —dije, y mi voz, ahora, era seria—. Y haré lo que sea necesario para conseguirlo, Madison. Lo que sea. Pero volveré a luchar. No puedo permitirme no hacerlo. No podría…

Hice una pausa. La emoción cruda, la desesperación, amenazaba con romperme la voz.

Carraspeé, tragando saliva, intentando recomponerme.

—Y si Rick dice que tú eres la única que puede llevarme de vuelta, entonces lo eres. Punto. Así que olvida tus sentimientos. Como yo olvidaré los míos. Esto es un negocio.

—No funciona así. Además, ya tengo un trabajo.

—Rescinde tu contrato actual —me encogí de hombros—. Ganarás más de lo que puedes perder.

—No es tan simple.

—Pues tendremos que hacer que lo sea —mi tono era frío, cortante—. Porque romper este contrato no creo que sea una opción para ti.

Abrí el sobre, leí por encima.

Sí, la cantidad que le habría ofrecido era elevadísima.

—A no ser que estés dispuesta a asumir la penalización por incumplimiento —dije mientras volvía a guardar los papeles en el sobre—. Dudo mucho que puedas permitirte semejante deuda ahora mismo. Sobre todo, con todas las deudas con las que cargas ya.

Adam no era del que se callaba las cosas. Estaba bien informado del pasado de Madison.

Los ojos de ella se encendieron de furia.

—Eres un completo gilipollas.

—Eso ya lo sabemos —concordé.

Sí. Fui un gilipollas hasta el último segundo.

No me sentía orgulloso, pero tampoco arrepentido.

Era una victoria, y yo no cuestiono las victorias.

—Rick te llamará para organizar la terapia. Nos veremos pronto.

No le di opción a replicar y me marché. En cuanto estuve solo en el pasillo, me apoyé contra la pared fría e intenté respirar, pero el aire no entraba.

Joder.

¿Pero qué había hecho?

¡Loco! No. Loco era poco. Estaba como una puta cabra. Se me había soltado un tornillo y ahora rodaba por el suelo del pasillo.

No solo me había puesto la soga al cuello, joder. Me había atado yo mismo la piedra a los pies y me había tirado al río.

Acababa de entregarle el manual de instrucciones de cómo destruirme a la única persona en el mundo que probablemente estaría encantada de usarlo.

Si eso no era estar como un cencerro…

¿Ego?

Llamarlo ego era quedarse corto.

¿Orgullo?

Una excusa barata.

¿Cabezonería?

El diagnóstico de un amateur.

Lo que fuera, la había liado bien.

Llegué a casa un rato después, con la cabeza todavía dándole vueltas al asunto, reproduciendo en bucle cada segundo de mi

propia demencia.

Y para joderlo todo un poco más, mi puto cerebro traidor decidió que era el momento perfecto para proyectar en bucle la imagen de esa mujer con demasiada piel al aire y esa mirada de leona herida.

No. Joder. No pienses en eso.

En el comedor, bajo la luz cruda de la lámpara, estaban los dos. Rick, con una copa de whisky en la mano.

Adam, de pie, paseando como un animal enjaulado.

—¿Dónde demonios estabas? —preguntó Adam, su voz cargada de una ansiedad que me importaba una mierda.

Haciendo el subnormal.

Sin decir una palabra, me acerqué a la mesa y lancé el sobre con el contrato firmado.

—Ahí tienes —dije mirando a Rick.

Rick no se inmutó. No apartó la vista de mí. Simplemente esperó.

—Madison White será mi fisioterapeuta.

—¡¿QUÉ?! —el grito de incredulidad de mi hermano resonó en toda la casa. Se giró hacia mí, con los ojos marrones desorbitados.

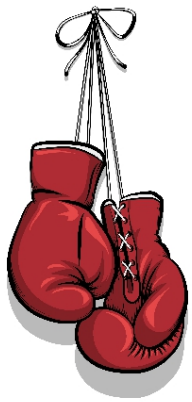
Ni que le hubiera anunciado que me iba a hacer vegano.

Pero yo no lo miraba a él. Miraba a Rick.

Y entonces vi su sonrisa. Era la misma sonrisa que le había visto aquel día en el hospital.

Era la sonrisa de un jugador de ajedrez que acaba de mover su peón y sabía que en tres jugadas haría jaque mate.

¿A qué estaba jugando el muy cabrón?



Capítulo 5
MADISON

Si había algo que no creí ver en mi vida, era a Jude Evans en mi casa.

Y seguía sin tener la más remota idea de a qué había venido.

La puerta se cerró tras él, y me dejé caer en el sofá.

Mi mirada estaba perdida, pero mi cerebro iba a mil por hora, rebobinando la última hora de mi vida una y otra vez, buscando una lógica. Una explicación.

¿Qué demonios acababa de pasar? ¿A qué venía todo aquello?

Desde luego, estaba siendo un día para el recuerdo.

O más bien, para el olvido.

No había empezado mal, y eso era lo más injusto de todo. La vida debería dar señales. Un aviso al despertar. Una nota del universo en la mesita de noche que dijera: *Hoy será un día terrible. Mejor no te levantes.*

Y así nos ahorraríamos la humillación. Y el dolor.

Pero no. Nada me había hecho sospechar que mi día normal se convertiría en aquella demolición.

Y todo provocado por los hermanos Evans.

Todo comenzó con Rick, que no era uno de los hermanos, pero estaba ligado a los Evans de una forma u otra, y con su propuesta tan absurda como inexplicable.

Después de eso, Adam. Sentado justo ahí, donde estaba yo en ese momento. Su cara pálida. Sus manos temblorosas. Y ese olor agrio a alcohol…

Sus palabras: *Susana está embarazada.*

Mi cerebro tardó un segundo en procesarlo. ¿Susana? No tenía ni idea de quién era. Pero lo que sí supe, con una claridad que me cortó la respiración, es que ese hijo era suyo.

No necesitó decírmelo. Estaba escrito en cada línea de su patética cara de culpabilidad.

Y ahí, justo ahí, la burbuja en la que llevaba meses viviendo explotó.

No es que creyera que mi relación fuera perfecta. No era tan ilusa. Pero creía que había cimientos. Respeto. Confianza. Lealtad.

Las buenas bases, ¿no?

La fantasía que vendían en las películas y que una, ingenua, se empeñaba en construir ladrillo a ladrillo.

Pues iba a ser que no. Que mi construcción era un espejismo. Que me había vuelto a equivocar.

La arquitecta de mi propio desastre. Como siempre.

Jamás pensé que Adam fuera ese tipo de hombre. El cliché andante. El que tiene una doble vida.

Cuando me lo contó, quise gritar. Quise estamparle el vaso de agua en la cabeza. Quise insultarlo. Pero no salió nada. Ni una palabra.

Me negué a darle el drama que su confesión merecía.

Escuché todo lo que quiso decir. Finalmente, me levanté, abrí la puerta y le pedí que se marchara. Fría. Como si le estuviera pidiendo que sacara la basura.

Cuando sonó el timbre un momento después, una parte estúpida de mí pensó:

Viene a decir algo. Un "lo siento". A suplicar que no lo deje.

Viene a arrastrarse, que es lo que debería hacer.

Darme, al menos, el pequeño y sádico lujo de darle una patada en el culo y cerrarle la puerta en la cara, esta vez con la fuerza que no tuve antes.

Pero no. La vida no iba a darme ese placer. Pero sí iba a sorprenderme con ese sádico sentido de la ironía que tenía.

Y también iba a reírse en mi cara.

Porque quien había tocado al timbre no era otro que Jude Evans.

El insoportable.

El arrogante.

El hermano mayor del hombre que acababa de apuñalarme por la espalda.

El símbolo andante de la familia que acababa de hacer trizas mi ego, mi orgullo… y con su absurda e inexplicable presencia, había saboteado hasta mis ganas de llorar.

Una risa amarga escapó de mis labios.

Los hermanos Evans… Parecía que su misión compartida en la vida era volverme loca.

Uno, el que creía mi mejor amigo, me había engañado, me había mentido, había construido una doble vida a mis espaldas. Me había hecho sentir como la última ingenua sobre la faz de la tierra.

Y el otro…

¿El otro a qué había venido? ¿A rematar la faena?

Porque la excusa del contrato, vamos, no se la creía ni él. Fue una improvisación barata, y yo no era tan ingenua como para no darme cuenta.

Como tampoco fui ajena a otra cosa. Algo extraño, un detalle sin sentido que mi cerebro se negaba a nombrar. A recordar.

Mejor dejarlo enterrado.

Daba igual. Fuera lo que fuera que hubiera venido a hacer —asegurarse de que estaba hecha trizas, regodearse en la victoria familiar o cerciorarse de que no volvería a estar con su hermano—, ya no importaba.

Lo que importaba era que ese hombre acababa de terminar de arruinarme el día. Y probablemente, los próximos meses.

Por una astronómica cantidad de dinero, sí, pero eso no era relevante.

La cuestión era: ¿yo? ¿Trabajando para Jude Evans?

¿Jude Evans mi paciente?

¿Pero se había vuelto el mundo loco o qué?

Eso fue exactamente lo que pensé cuando Rick, el entrenador, mánager y figura paterna sustituta de los hermanos me hizo la propuesta.

Tiene que recuperarse, Madison. Tienes que ayudarlo.

Yo no tenía que hacer nada. Lo único que haría, si pudiera, sería terminar el trabajo que su último oponente dejó a medias y destrozarle el brazo del todo.

Si no fuera por mi juramento profesional y esas cosas…

No, yo no era la indicada para ese trabajo. Era buena, sí, bastante de hecho, pero ni era la mejor ni jamás, bajo ninguna circunstancia, atendería a Jude Evans.

Era una especie de código personal. Una promesa a mí misma.

Desde el primer día que lo vi, supe que tenía que mantenerme alejada. Él era ese tipo de hombre. La bandera roja andante. La señal de peligro con abdominales.

El tipo de hombre del que una mujer como yo debería huir sin mirar atrás.

Y eso era exactamente lo que había estado haciendo durante meses. Huir. Mantener la distancia.

Hasta esta noche. Cuando él, de repente y sin ningún sentido, me había obligado a dejar de correr y a mirarlo de frente.

A ver, que sí, que el contrato lo firmé yo. Pero fue un arrebato. Un acto de rabia irracional contra Adam, contra su familia, contra todo. Si Jude Evans hubiera llamado a mi timbre dos segundos antes, ese papel seguiría en blanco.

¡Pero es que ese hombre no tenía que llamar a mi timbre para nada!

¡No tenía que estar ahí!

¡Y mucho menos para pedirme explicaciones a mí!

¿Preguntarme, con la cara más dura del mundo, por qué no lo visité en el hospital? ¿Por qué no pregunté por él?

¡¿Por qué no le mandé un mensaje?!

¡Porque no me importaba! ¡Porque nunca me había importado una mierda!

¿Cómo se suponía que me iba a importar el hombre que me analizaba con la mirada cada vez que entraba en una habitación, como si estuviera buscando un defecto?

¿El que siempre estaba preparado para lanzar un dardo envenenado por la boca, solo para ver si sangraba?

¿El que dejaba claro, cada vez que respiraba en mi presencia, que me despreciaba?

Y lo más surrealista de todo es que tenía la audacia de sonar ofendido.

Él.

Como si la víctima de toda esta historia fuera él por mi falta de cortesía.

De verdad, alucinaba.

Y para rematar la locura, insistía, con una cabezonería inexplicable, en que me encargara de su rehabilitación.

No.

Era una especie de sadismo retorcido, un plan con una crueldad exquisita.

Quería tenerme cerca. Quería forzarme a estar cerca de Adam, el hombre que me había engañado, que iba a ser padre con otra.

Quería que viera su felicidad, su nueva vida, de cerca. Quería que me ahogara en mi propia humillación cada puto día.

Sí. Tenía que ser eso. La única explicación lógica para tanta irracionalidad.

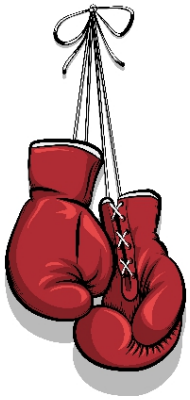
Pues se podía ir al infierno.

Me daban igual sus cláusulas, sus amenazas y sus indemnizaciones de mierda.

Jude Evans jamás sería mi paciente.

¡Ni por todo el dinero del mundo!

Punto final.



Capítulo 6
MADISON

Horas antes…

—Absolutamente no.

Dejé los cubiertos a ambos lados del plato de ensalada que apenas había tocado. El tintineo de la plata contra la porcelana fue el único sonido que rompió el silencio en nuestro reservado.

Rick me había invitado a almorzar.

Teníamos que hablar, dijo.

Y ahí estábamos, en *Le Ciel*, un sitio bastante asequible cerca de la clínica donde trabajaba, pero que contaba con reservados.

Si llego a saber que su idea de "importante" era servirme a su protegido en bandeja de plata, le habría estampado la carta de vinos en la cabeza.

—Ni siquiera has escuchado la oferta completa, Madison.

—No necesito hacerlo, Rick. La respuesta es no —me limpié los labios con la servilleta de lino—. No trato a boxeadores. Es mi política. Y aunque lo hiciera, jamás trataría a Jude Evans.

Él ni siquiera parpadeó. Tomó un sorbo de su vino, tan tranquilo, como si estuviéramos hablando del tiempo.

—Ahora mismo no es un boxeador. Es un paciente, como cualquier otro. El tuyo, si eres lo bastante inteligente para aceptar.

Una sonrisa incrédula asomó a mis labios.

—Rick, por favor. Jude, "el Ángel de la Muerte" Evans, no tiene nada de "como cualquier otro".

—Tiene que recuperarse, Madison. Tienes que ayudarlo.

—Pues busca a alguien que pueda ayudarle de verdad.

—Te estoy buscando a ti.

Resoplé, un sonido cargado de frustración.

—Yo no soy la indicada para él. ¡Es Jude, por el amor de Dios! ¿Cómo se te ocurre imaginar que yo…?

—Eres exactamente lo que necesita ahora mismo.

—Es que aunque profesionalmente fuera así —que lo dudaba—, soy yo, Rick. Jamás me haría caso. Sería una lucha constante de egos. ¿Es que no lo entiendes?

—Es precisamente esa lucha lo que necesita —dijo Rick, y su voz bajó un tono, volviéndose más grave, más intensa—. No estoy buscando a un fisioterapeuta cualquiera. Para eso tengo una lista de cien nombres, Madison. Y créeme, cualquiera de ellos dejaría su trabajo y su vida mañana mismo por la oportunidad de tratar a Jude Evans.

Y supe que no era una fanfarronada.

Podía sonar pretencioso, pero era la verdad.

Jude era el mejor. El campeón. Cualquier fisio deportivo del país mataría por tener un caso así en su historial.

El prestigio. El dinero.

La oportunidad de trabajar con un atleta de élite.

Pero yo no era cualquiera. Y eso Rick también lo sabía.

—He venido a buscarte a ti. Y no es solo por tus manos. Es por lo que tienes aquí —se señaló la sien con un dedo—. El cirujano ha

obrado un milagro, pero el mayor enemigo de Jude, ahora mismo, no es la lesión. Es él mismo.

Me quedé en silencio, mi aversión personal luchando contra una punzada de curiosidad clínica.

—¿A qué te refieres exactamente? —pregunté, a mi pesar.

—Es el peor paciente que te puedas imaginar —afirmó Rick, sin rodeos.

Vaya. Qué sorpresa.

No hacía falta ser un genio para llegar a esa conclusión. No había tenido mucho trato con él, pero lo había calado desde el primer día.

Sabía perfectamente qué tipo de hombre se escondía debajo de los músculos y los tatuajes.

Es atractivo, reconoció una voz traidora en mi cabeza.

¡Madison!, la reprendí al instante.

Pero era la verdad. Podía despreciarlo, pero no era ciega. Era objetiva.

Y objetivamente, Jude Evans era el prototipo de chico malo que volvía locas a las mujeres.

A mí no, claro. Yo los prefería… diferentes. Menos intensos. Menos altos, con los rasgos menos marcados, menos musculosos, menos seguros de sí mismos, menos… Jude.

Más como Adam.

—No escucha —continuó Rick—, cree que su cuerpo es una máquina invencible y se saltará cada una de las indicaciones que le den. En cuanto deje de sentir el dolor agudo, en cuanto crea que puede, intentará hacer una estupidez. Se quitará el cabestrillo, levantará algo pesado, hará un movimiento brusco y reventará la cirugía.

Sí. Jude Evans no era el tipo de hombre que supiera estarse quieto. Era un misil buscando un objetivo, incluso si ese objetivo era él mismo.

—Y si eso pasa, Madison, se acabó. No hay segunda operación que valga. Su carrera terminará en el sofá de su casa porque es demasiado cabezón para cuidarse.

Rick me estaba describiendo a un gilipollas integral.

Y no, nada de eso me extrañaba en absoluto.

—No me estás vendiendo muy bien a tu protegido —dije, una sonrisa irónica tirando de mis labios.

Rick tomó un sorbo de vino, sus ojos fijos en mí por encima del borde de la copa.

—No te estoy vendiendo al boxeador. Te estoy describiendo, con total honestidad, al paciente —dejó la copa en la mesa—. No creo que quieras que te hable de él como persona —me sostuvo la mirada—. Ni creo que mi visión de él fuera a cambiar la tuya.

En eso tenía razón. Estaba claro que conocíamos a dos Jude Evans completamente diferentes.

Él veía a un campeón, a un hijo.

Yo veía a un capullo arrogante.

Pero siempre había querido saber por qué. Por qué Rick parecía tener esa devoción casi ciega por Jude, el problemático, el difícil.

Y por qué, en cambio, trataba a Adam —el agradable, el simpático, el fácil— con una especie de decepción contenida, como si siempre estuviera esperando a que fallara.

Los había criado a los dos, y lo había hecho bien, al menos en apariencia. Pero no los trataba por igual.

Y esa injusticia, esa preferencia no disimulada, era un misterio que siempre me había intrigado.

—Necesito a alguien que no le tenga miedo, Madison —continuó —. Alguien que no se deje intimidar por su dinero o su fama. Alguien que tenga la autoridad para plantarse delante de él y decirle: *No, no vas a hacer esa estupidez.* Alguien que le ponga las reglas y se asegure de que las cumpla hasta la última coma —hizo una pausa, dejando que las palabras calaran.

Fue entonces cuando lo entendí.

—No estás buscando a una fisioterapeuta, Rick.

Una sonrisa casi imperceptible tiró de sus labios.

—No. No solo estoy contratando a una fisioterapeuta. Estoy contratando a su guardiana. Porque si lo dejo solo, se va a autodestruir. Y tú —me señaló con un gesto de la barbilla— eres la única persona que conozco que no se achanta ante él.

La oferta ya no era un trabajo. Era un desafío.

Un caso clínico imposible.

Y una parte de mí, la parte competitiva y profesional que me había llevado donde estaba, se sintió peligrosamente tentada.

Pero el riesgo personal era demasiado alto.

—Y, como puedes ver, el riesgo está bien compensado —dijo, como si me leyera la mente.

Bueno, de eso no cabía duda. Casi me atraganto con el agua, momentos antes, cuando mis ojos se tropezaron con la cantidad de ceros que seguían al uno.

Una cifra que me cambiaría la vida.

Y sí, me hacía mucha falta. Dios sabía que era cierto. Pero yo no era el tipo de persona que se vendía, ni siquiera por esa cantidad.

—No puedo…

—Tiene que curarse, Madison —me interrumpió—. Tiene que volver al ring o… —negó con la cabeza, como si no quisiera terminar la frase—. Al menos dime que vas a pensarlo.

No, no iba a hacerlo.

No había nada que pensar.

—No creo que funcione —dije, ignorando su drama—. No creo ser la indicada. No creo ser la ayuda que necesita. Y, sinceramente, no quiero serlo.

—Lo entiendo —dijo él, aunque su tono decía lo contrario—. Vuestra relación es un poco… complicada.

Una risa seca, sin humor, escapó de mis labios.

—¿Complicada? Rick, complicada es quedarse corto. Por eso no entiendo que se te haya pasado por la mente, ni por un segundo, que yo… —dejé la frase a medias y suspiré, frustrada—. Es una mala idea.

—No estaríamos teniendo esta conversación si no supiera que eres la única que puede ayudarlo.

Y eso tampoco lo dudaba. Ese hombre daría la vida por Jude Evans. Haría lo que fuera por él.

Pero esta vez, en su desesperación, se había equivocado de estrategia.

—Dime, al menos, que lo pensarás.

—Rick… —empecé a decir, lista para darle mi negativa final.

No hacía falta pensarlo. Aquello, simplemente, no podía ser.

Ni por mí, ni por Jude.

Y, desde luego, no por Adam.

La tensión que algo así generaría afectaría a nuestra relación, estaba segura. Y yo no iba a poner en riesgo lo que tenía con él por el gilipollas de su hermano.

Ni iba a sacrificar mi salud mental, por muy impresionante que quedara en mi currículum.

—Por favor —insistió, y su voz era casi un ruego—. Solo piénsalo. Si mañana me vuelves a decir que no, te juro que no volveré a insistir. Pero, por favor, piénsalo.

Iba a decirle que no hacía falta, que mi respuesta sería la misma hoy, mañana y dentro de un año. Pero la súplica en los ojos de aquel hombre tan duro me desarmó.

Terminé asintiendo.

—Lo pensaré.

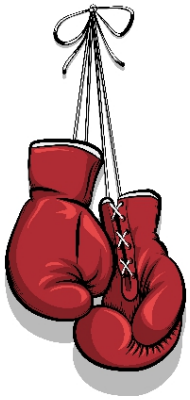
No porque fuera a hacerlo. Sino porque, después de todo, se merecía esa pequeña mentira.

Pero mi decisión ya estaba tomada.

Jamás tendría a ese hombre como paciente. Era una línea que no iba a cruzar.

…

¿Verdad?



Capítulo 7
MADISON

De nuevo en el sofá…

Sacudí la cabeza, apartando el recuerdo de la conversación con Rick como si fuera una mosca molesta, y volví al momento presente.

Locura o no, tengo que volver a ese ring.

La voz de Jude resonó en el silencio de mi salón.

Recordé su mirada en ese instante. Sus ojos verdes, normalmente duros y fríos, brillando con una intensidad extraña.

Y haré lo que sea necesario para conseguirlo, Madison. Lo que sea. Pero volveré a luchar. No puedo permitirme no hacerlo. No podría…

Su voz se había quebrado al final. Un temblor casi imperceptible.

La confesión de un hombre aterrado, no por el dolor, sino por la aniquilación. Por dejar de ser quien era.

—No —susurré, negando con la cabeza, como si pudiera borrar el recuerdo—. No. No. No.

Me levanté del sofá de un salto y empecé a caminar por el pequeño espacio, de un lado a otro, atrapada.

—¡A mí nada de eso me importa! —dije en voz alta— ¡No es mi problema!

Su hermano me había engañado. Él me aborrecía. Por mí, podía quedarse con el brazo inútil para el resto de su vida.

¿Qué más me daba?

—Pues mira por dónde, un golpe de suerte. Así no volverás a golpear a nadie nunca más.

Y yo podría olvidarme de ese par de hermanos para siempre. Borrarlos de mi vida.

Sí. Eso era lo que tenía que hacer.

Olvidarme ya del tema, del contrato, de Rick, de su estúpida propuesta, y sobre todo, de los Evans.

Lo del contrato… Que sí, que era mucho dinero, que me solucionaría la vida, ¡pero que no!

Ese contrato, simplemente, no podía llevarse a cabo.

Ya vería cómo arreglar el malentendido. Seguro que hablando con Rick, explicándole la situación, él lo entendería. Sería razonable.

Lo anularía.

¿Y si no lo hace?, susurró una voz helada en mi nuca. *¿Y si te exige la penalización?*

Mi estómago se encogió. Mierda. No podía permitirme una deuda más. No con el préstamo de los estudios todavía pesando sobre mis hombros, con las facturas del día a día, lo de mi madre…

Podrías pagarlo todo. Con creces. Con lo que te ofrece ese contrato.

Me mordí el labio, la imagen de esa cifra astronómica brillando en mi mente. Sí, la verdad es que la oferta era espectacular.

Me cambiaría la vida.

Y parecía que me necesitaban, ¿no? Si hasta Jude Evans había venido a convencerme, ¡por Dios!

¡Que no, Madison, joder! ¡Antes vendes el culo!

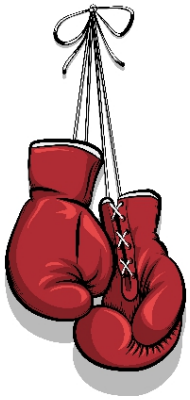
Listo. Decisión tomada. Fin de la historia.

Yo jamás trataría a Jude Evans.

…

¿Verdad?

¡Por supuesto que no!



Capítulo 8
MADISON

Si yo pensaba que las cosas no podían empeorar más, el universo se encargó de demostrarme lo equivocada que estaba.

—¿Me estás despidiendo?

La pregunta salió de mi boca en un susurro incrédulo.

El hombre bajito y rechoncho que ocupaba el puesto de Recursos Humanos, el señor Davies, negó con la cabeza con una lentitud exasperante.

—No, Madison. Por supuesto que no. Solo te estoy informando de que vamos a tener que prescindir de tus servicios durante los próximos meses.

Parpadeé. Una, dos veces.

—¿Y eso, semánticamente, no es lo mismo que despedirme?

Él se encogió de hombros, un gesto evasivo.

—Supongo que puede ser interpretado así.

¡Porque es así!, quise gritar.

¿Pero para qué? ¿Iba a devolverme eso mi trabajo?

—Pero lo vemos más como una oportunidad para que explores nuevos horizontes, Madison.

No, no podía gritar y decirle todo lo que estaba pensando. Si lo hacía, solo empeoraría las cosas.

Ah, ¿pero es que podían empeorar?

Te aseguro que sí, que las cosas todavía podían empeorar. Y mucho más…



—¿Qué quieres decir con que lo dejas, Anne?

—Madison, cariño. Tu madre no está bien.

—Eso ya lo sé —repliqué, la impaciencia afilando mi voz—. Por eso te pago.

—No es suficiente, cielo. Ya no.

Vale, no le pagaba lo que valía, ni de lejos.

Anne llevaba años siendo el ángel de la guarda de mi madre y nunca, jamás, se había quejado.

Si ella decía que no era suficiente, es que estábamos en problemas serios.

—Anne, por favor.

—Lo siento de verdad, Madison —dijo, y el dolor en su voz me confirmó que no era una excusa—. Tu madre necesita más que una cuidadora en casa. Necesita un centro. Ayuda constante y especializada.

Me pellizqué el puente de la nariz, intentando contener el pánico que subía por mi garganta.

Lo sé, joder. ¡Lo sé!

—No puedo permitirme uno. Me la traeré a vivir conmigo.

Ya lo había intentado antes, pero mi madre siempre se negó.

—Sé que no es lo que ella quería, pero ahora que la enfermedad no la deja decidir…

—Eso no va a solucionar el problema de fondo, Madison. Y lo sabes —me interrumpió con una dureza cariñosa—. La demencia ha avanzado a un punto que ya no se puede controlar. Ayer intentó "cocinar" y metió un paño de cocina en el microondas. Si no llego a darme cuenta, podría haber incendiado la casa.

Tragué saliva, el nudo en mi garganta se hizo más grande.

—Y no es solo eso —continuó—. Está la desorientación severa. Se escapa. El otro día la encontré en la calle, a dos manzanas, buscando la casa de su infancia. En pijama y con un frío que pelaba. ¿Y si un día no la encuentro, Madison? ¿Y si se cae o se pierde?

Respiré hondo.

—Y están las conductas repetitivas. Se rasca los brazos, compulsivamente, hasta hacerse sangre. Se olvida de que ya ha comido y se enfada, cree que la matamos de hambre. Una sola persona, por mucho que la quiera, no puede vigilarla veinticuatro horas. Necesita un entorno seguro, con puertas controladas, sin objetos peligrosos a su alcance. Con profesionales que sepan cómo redirigir esas conductas sin que se sienta atacada.

—No puedo internarla —susurré—. No en uno de esos sitios.

—Es donde mejor estará, cariño. Y lo sabes.

Mierda.

Es que aunque quisiera, aunque mi corazón de hija me permitiera dar ese paso…

—No puedo pagarlo, Anne —confesé—. Simplemente, no puedo.

Y menos ahora. En la calle. Sin trabajo.

Pero encontraré otro pronto. *Soy una excelente profesional. ¡Soy de las mejores!*

Nadie lo duda, respondió esa voz cínica en mi cabeza, *pero ya sabes cómo están las cosas… Puede que no encuentres nada tan fácilmente.*

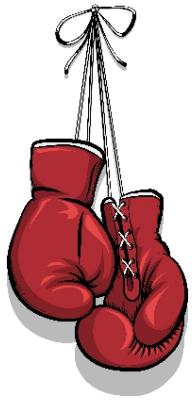
¿Cómo? ¿Cómo era posible que mi vida se hubiera desmoronado de esta manera en menos de veinticuatro horas? ¿Qué se suponía que iba a hacer ahora?

Tienes una oferta sobre la mesa.

La voz fue tan clara y traidora que casi miré a mi alrededor.

La oferta. Los ceros. La solución fácil. La solución imposible.

—¡No! —dije en voz alta—. ¡No, eso jamás!



Capítulo 9
JUDE

Estaba que me subía por las paredes. Si la lesión no me mataba, lo haría el aburrimiento.

Era una tortura.

—Yo no sirvo para esto —refunfuñé, dejando caer la cabeza contra el respaldo del sofá con un golpe sordo.

—¿Para qué? ¿Para comportarte como un convaleciente y no como un animal? —preguntó Rick, sin levantar la vista.

Pasó otra hoja de su periódico.

Sí, Rick era de esa especie en extinción que todavía leía la prensa en papel.

—Me aburro, joder —insistí—. Necesito golpear algo. Un saco. Una pared. Tu cara. Lo que sea.

No es que me pasara el día dando golpes por puro aburrimiento…

¿A quién coño quiero engañar?

Claro que sí. Por aburrimiento, por frustración o porque el ruido dentro de mi cabeza se volvía tan insoportable que la única forma de callarlo era con el sonido de mis nudillos contra el saco. Era mi forma de meditación.

Mi puto yoga.

Rick bajó el periódico. Lentamente. El gesto era tan deliberado que supe que se avecinaba un sermón.

—Esa parte de tu vida está en pausa, Jude. Cuanto antes lo aceptes, mejor para todos. Sobre todo para ti.

—No me jodas, Rick. Es lo único que me calma. Es lo que soy.

—Eras —corrigió, implacable—. Eras un tío que golpeaba un saco.

—Volveré a serlo —le aseguré, mi voz era un gruñido bajo.

Era una promesa.

—No lo dudo —dijo, y supe que lo decía en serio.

Era la única persona en el mundo cuya fe en mí era tan inquebrantable como la mía propia.

—Pero no será mañana.

Dejó el periódico a un lado y me miró, y su expresión ya no era irónica, era la del entrenador.

—Ahora eres un tío con seis anclajes de titanio en el hombro que tiene que aprender a estarse quieto. A recuperarse bien. A hacer las cosas como se deben hacer, no como a ti te salga de los cojones. Si de verdad quieres volver a ser quien eras, claro.

Apreté la mandíbula.

Odiaba cuando tenía razón, y el cabrón casi siempre la tenía.

—¿Y qué se supone que haga? ¿Punto de cruz? ¿Meditación?

—Obedecer —dijo, y sus ojos se clavaron en los míos—. Por primera vez en tu vida, vas a tener que aprender a hacer lo que te dicen, sin rechistar.

Se reclinó en su sillón, con una media sonrisa que me dio ganas de saltar y ahogarlo con su estúpido periódico.

—Estás disfrutando con esto —resoplé, y no fue una pregunta.

Su sonrisa se ensanchó.

—Un poco, no voy a negártelo. Ver a Jude Evans contra las cuerdas por primera vez en su vida tiene su encanto.

—Podrías disimularlo.

—¿Por qué? Nuestra relación se basa en la sinceridad.

*Ah, la sinceridad, p*ensé con amargura.

—Pues para basarse tanto en la sinceridad, bien que todavía no eres capaz de decirme a la cara que serías el hombre más feliz del mundo si no volviera a pisar un puto ring.

La sonrisa de Rick se desvaneció. Se quedó en silencio un momento, sus ojos grises fijos en mí.

—Sí. Quiero que dejes de luchar —dijo, su voz era ahora grave, sin rastro de ironía—. Y seré feliz el día que lo hagas y vivas otro tipo de vida. Una que ya te toca. Pero eso no me convierte en un cabrón, Jude.

—No quise decir eso.

—No. Pero lo piensas —hizo una pausa—. No quiero que te retires así. No por una lesión. Sé lo jodido que es que te arranquen de cuajo lo único que sabes hacer. Sé lo mal que se pasa. Y no quiero eso para ti.

Asentí, mi garganta se cerró un poco. Eso también lo sabía.

—No sé hacer otra cosa, Rick —confesé, y las palabras sonaron a una derrota.

—Nunca has intentado hacer otra cosa —puntualizó él.

Y era verdad.

Desde que tenía quince años, mi mundo se había reducido al olor del cuero, el sudor y la sangre. Mi único idioma eran los puños.

Quizás debería haber aprendido a hablarlo mucho antes, pensé. *Quizás si hubiera tenido los cojones entonces, las cosas habrían sido muy diferentes.*

—No es tu culpa —dijo Rick, su voz suave sacándome de mis pensamientos.

Y supe exactamente a qué se refería.

—Ahora debes enfocarte en recuperarte —continuó, su tono volviendo a ser el del entrenador—. Y eso conlleva ser un buen paciente.

Resoplé. Muy fuerte.

Esa parte del trato iba a ser más difícil que cualquier combate.

—¿Por qué fuiste a buscarla? —preguntó Rick de repente, descolocándome—. ¿De verdad accediste a que Madison sea tu fisioterapeuta? No la soportas.

Ignoré su pregunta y le lancé la mía.

—¿Crees que de verdad podrá ayudarme?

—Sí —respondió, sin un atisbo de duda—. Lo creo.

—Entonces es lo único que me importa —sentencié, zanjando el tema—. ¿Crees que aceptará? —pregunté, incapaz de ocultar mi escepticismo.

Porque yo no lo tenía tan claro.

Ya me había explicado por qué había firmado: un arrebato de rabia.

Y una mujer como ella, tan orgullosa y con ese código moral tan recto, podía mandarme a la mierda perfectamente y asumir las consecuencias.

Si es que había consecuencias reales.

Porque seamos sinceros, Rick nunca la jodería. Por mucho que la presionara, por mucho que la manipulara, nunca la llevaría a un juzgado para arruinarla.

De eso estaba seguro.

El viejo tenía sus propios códigos de honor.

El contrato era papel mojado si ella decidía que lo era.

Ding-dong.

El sonido del timbre nos sorprendió.

Un momento después, el ama de llaves apareció en el umbral del salón, seguida por Madison White.

Llevaba unos pantalones de pinzas de color oscuro y una blusa de seda blanca que no marcaba nada, pero que insinuaba todo. El pelo estaba recogido en una coleta alta y tirante, profesional, severa. Su cara, limpia de maquillaje, mostraba una determinación fría que no tenía la noche anterior.

Verla allí, plantada en mi salón. Sola. Sin Adam…

Mi cuerpo reaccionó al instante. Una tensión familiar, inoportuna y furiosa, se instaló en mi entrepierna.

Mierda.

¿De qué coño había servido la ducha fría de la noche anterior? ¿De qué sirvió repetirme mil veces que solo era una reacción estúpida?

¿Otra vez esta locura? ¿Con ella?

Me había pasado la noche entera buscando excusas. Dándole vueltas a la cabeza hasta casi volverme loco.

No estoy bien, es normal, el estrés de la operación, la rabia por lo de Adam, la sequía sexual…

Un cóctel de mierda que había provocado un cortocircuito. Mi cuerpo había reaccionado mal con la persona equivocada.

No volvería a pasar. Era una anomalía.

¡Pues acaba de volver a pasar!

Vale. Ya sí que tenía que empezar a preocuparme, ¿verdad?

Y a ocultarlo. Sobre todo, a ocultarlo.

Ella era inocente, la noche anterior ni se había enterado de mi motín interno.

Pero Rick… Rick era otro tema. A él no se la iba a colar tan fácilmente. El viejo zorro lo vería. Y haría preguntas.

Preguntas para las que yo no tenía respuestas.

—La señorita White —anunció la señora Kate cuando llegó hasta nosotros, su voz sacándome bruscamente de mi espiral de pánico.

Oh, créeme, Kate. Ya la he visto.

Miré a Rick un instante, completamente descolocado. Él enarcó una ceja, una sonrisa de pura y jodida satisfacción dibujándose en sus labios.

—Supongo que ahora lo sabremos —dijo, sus ojos fijos en mí.

—Madison… —Rick se puso en pie, todo encanto profesional, y le ofreció la mano—. Qué agradable sorpresa. Espero que eso signifique un *sí*.

—Rick —lo saludó ella, su tono era cordial, pero distante. Entonces sus ojos se posaron en mí—. Jude.

—Madison.

Dudé. Pero me levanté también, despacio, rezando para que nadie notase nada, y le ofrecí mi mano buena.

Ella la miró. Un segundo que pareció una hora. Después sus ojos subieron a los míos, la duda bailando en ellos. Finalmente, sus dedos rozaron los míos.

Un apretón breve, formal.

Y ahí estaba otra vez. La puta corriente.

No había sido una ilusión. No fue una exageración. Fue real. Un latigazo eléctrico, seco y violento, que me hizo tensar cada músculo.

La solté como si quemara. Ella hizo lo mismo.

Rick nos miró a ambos con una curiosidad que no se molestó en disimular.

El viejo cabrón lo había notado.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Rick, rompiendo la tensión del momento.

—No, gracias. Estoy bien.

—Bien… Gracias, Kate —Rick despidió al ama de llaves, que se marchó discretamente—. Siéntate, por favor. No esperaba verte aquí, pensé que me llamarías para vernos fuera.

Ella recorrió el salón con la mirada, como si estuviera evaluando un territorio enemigo. Supe lo que estaba buscando.

—Adam no está —dije, antes de que tuviera que preguntar—. Salió esta mañana. Algo de un patrocinio fuera de la ciudad. Estará unos días fuera.

Adam trabajaba para mí. Bueno, "trabajaba" era una forma generosa de decirlo. Yo sudaba sangre en el gimnasio, y él se ponía trajes caros y sonreía en las reuniones.

Era la cara amable de la marca *Jude Evans.*

Se encargaba de las relaciones públicas, de los patrocinios, de todo el circo mediático que yo detestaba. Yo era el producto; él era el vendedor. Un trabajo perfecto para alguien cuyo único talento real era caerle bien a la gente.

Y tenía que admitirlo: se le daba de puta madre. No iba a quitarle ese mérito.

—Ah —el alivio en su rostro fue sutil, pero inconfundible.

Le hice un gesto con la mano, ofreciéndole asiento.

Sin dudarlo, eligió el mismo sofá que Rick, justo enfrente del mío. La distancia máxima posible entre nosotros.

Claro. ¿Qué esperabas? ¿Que se sentara a tu lado a darte palmaditas en la espalda?

No. Por supuesto que no.

—¿Y bien? —empezó Rick—. ¿A qué debemos el honor de tu visita? Espero que sea para aceptar la oferta.

Madison soltó un suspiro pesado.

—Jude estuvo ayer en mi casa.

Su mirada estaba clavada en Rick, ignorándome por completo.

Rick, a su vez, me dedicó una mirada rápida, inquisitiva, antes de volver a centrarse en ella.

—Lo sé.

—Encontró el contrato. Firmado.

—Sí… —Rick arrastró la palabra—. También me dijo que lo firmaste en un arrebato. Que no era tu intención.

Sí, se lo había contado. Más tarde esa noche, cuando nos encontramos en la cocina, mientras el resto de la casa dormía.

Madison me miró. Solo un instante. Pero en sus ojos vi una sorpresa genuina, como si no esperara de mí ni esa pizca de honestidad.

Desde luego, vaya mierda de opinión tenía de mí.

Volvió a mirar a Rick.

—Fue un impulso. Un error.

—¿Y vienes a decirnos que lo rompamos? —preguntó Rick, yendo directo al grano.

Ella ignoró su pregunta y lanzó la suya.

—¿Habéis tenido alguno de los dos algo que ver con que me despidieran de la clínica?

—¿Te han despedido? —pregunté, y la rabia que sentí fue tan repentina y violenta que me sorprendió a mí mismo.

Una rabia protectora y jodidamente inexplicable.

¿Por qué la habían despedido? ¡Era muy buena en lo suyo! Una profesional de su calibre no acaba en la calle sin una buena razón.

¿Y a mí qué más me daba? Eso era bueno para mí, ¿no?

Quería decir para mi hombro, claro.

—Vaya, lo siento —dijo Rick, sonando apenado.

Demasiado apenado.

Puse los ojos en blanco. Viejo zorro. Tenía que haberlo imaginado. Él nunca dejaba nada al azar.

Madison tardó un segundo. Sus ojos, que habían estado fijos en Rick —lo había creído—, se volvieron hacia mí. Me sostuvo la mirada, un escrutinio largo e intenso.

Y entonces, como si hubiera encontrado la respuesta a su pregunta, su expresión cambió. Se volvió fría, decidida.

Profesional.

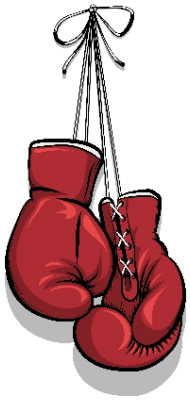
—¿El contrato sigue en pie?

Un monosílabo como respuesta.

—Sí.

Ella asintió.

—Bien… Pero tengo una condición.



Capítulo 10
MADISON

Mi título decía "Fisioterapeuta", pero mi trabajo real durante los últimos días había sido "Vigilante de Boxeador Suicida con un Ego Inflado".

Y no, no estaba pagado. Ninguna cantidad de dinero podía compensar tener que pasar gran parte de cada día en el mismo espacio aéreo que Jude Evans, respirando su pura y jodida suficiencia.

Mi misión, irónicamente, era vigilar que el hombre que más detestaba no se arruinara la vida. Asegurarme de que pudiera volver a hacer lo que yo más odiaba: pelear.

Quién me ha visto y quién me ve.

El problema era que el tipo era un kamikaze. Tenía un talento innato para ponerse en el foco de la lesión. Tardarían aún unos días en quitarle los puntos, solo entonces podríamos empezar con la rehabilitación pasiva de verdad.

Pero para que no perdiera masa muscular del resto de su cuerpo, acordamos comenzar con una terapia alternativa: ejercicios muy ligeros para las piernas y el brazo sano, siempre bajo mi estricta supervisión.

No parecía muy difícil.

O eso pensé yo, en mi infinita ingenuidad.

Solo habían pasado unos días y ya quería romperle el otro brazo para que hiciera juego con el lesionado.

Dios, es que no se quedaba quieto.

Un día fue una demostración de poder silencioso. Se pasó la hora entera fulminándome con la mirada mientras yo le obligaba a hacer contracciones isométricas de cuádriceps. Cada vez que le corregía la postura, soltaba un gruñido. Como si fuera una ofensa personal.

Otro día decidió que era el momento de la guerra psicológica. Intentó sacarme de quicio con preguntas estúpidas.

¿Estás segura de que esto sirve para algo?

¿No podríamos ir un poco más rápido?

Lo ignoré. Le recité los protocolos de recuperación postoperatoria como si le estuviera leyendo la lista de la compra. Victoria por aburrimiento.

Otro día acabé encontrándolo en mitad del gimnasio, quitándose el cabestrillo.

Cuando me vio, tuvo la audacia de sonreír.

—Tranquila. No iba a hacer nada. Solo mover un poco el brazo. Estirarlo.

Le lancé una mirada que podría haber congelado el infierno.

—Es que, precisamente, no tienes que mover el brazo. ¡Ese es el concepto de la inmovilización!

Había que tratarlo como a un niño. Un niño de treinta y cinco años, grande y musculoso, con una capacidad de destrucción masiva.

Dios santo. Nunca esperé esta versión de Jude Evans. La del paciente impaciente y temerario, incapaz de aceptar su propia vulnerabilidad.

Creí que Rick había exagerado cuando me lo describió. Pero no.

Se había quedado corto.

La tela del cabestrillo yacía arrugada en el suelo. Jude estaba de pie en mitad del gimnasio, con el brazo operado colgando inerte a su costado.

—Póntelo —ordené.

Él suspiró.

—Necesito moverme.

—Lo que necesitas es seguir las indicaciones de tu cirujano y las mías. El cabestrillo no es una sugerencia de moda, Jude. Es lo que está impidiendo que tu hombro recién cosido no se haga pedazos. Póntelo. Ahora.

Se quedó quieto, desafiándome con la mirada. Di un paso hacia él, cogí el cabestrillo del suelo y se lo tendí.

—¿No decías que eras un profesional? —le espeté—. Pues este es tu trabajo ahora mismo. Ser el mejor paciente del mundo.

Con un gruñido de frustración, cogió el cabestrillo y empezó a luchar torpemente para colocárselo con una sola mano.

Era un espectáculo de fuerza bruta contra torpeza, y estaba perdiendo.

—Déjame a mí —dije, y el tono fue más de orden que de ofrecimiento.

Le quité el cabestrillo de las manos.

Tuve que ponerme de puntillas. El hombre me sacaba casi dos cabezas.

Mientras pasaba la correa por detrás de su cuello, él se agachó un poco, facilitándome la tarea.

Afortunadamente, ya no sentía esa electricidad extraña al contacto.

Era un alivio.

Podía concentrarme en mi trabajo. Solo en mi trabajo.

—Estoy harto de esta mierda —masculló; su voz, un murmullo grave junto a mi oído, mientras yo ajustaba las hebillas.

—¿Necesitas golpear algo, tal vez? —no pude evitar la ironía.

—Sí —respondió al instante, sin dudar.

Lo miré. Sus ojos, sorprendentemente verdes a esa distancia, estaban fijos en los míos.

—¿A ti mismo?

Una media sonrisa torcida apareció en sus labios.

Vaya. ¿Le había hecho gracia?

A mí, ninguna.

Pero yo no estaba ahí para juzgarlo. Era mi paciente. Nada más. Lo que pensara de él como persona o como profesional… tenía que quedar a un lado.

Sobre todo después de que no solo aceptara mi condición, sino que la cumpliera ese mismo día.

Terminé de ajustar la última correa.

—Es más fácil subirse al ring y recibir golpes que esto —dijo, su voz era ahora un susurro.

La imagen me golpeó con una violencia inesperada: él, en el ring, la cara ensangrentada, el cuerpo recibiendo un castigo brutal.

Me tensé, un escalofrío recorriéndome la espalda.

Debió de notarlo. Su expresión se suavizó.

—No hablaré de ello si te incomoda —dijo, y la inesperada consideración en su voz me sorprendió todavía más.

—Vaya. Esto sí que no me lo esperaba —me alejé, dándole la espalda para coger el material que necesitaba, usando la acción como una excusa para recuperar la compostura—. ¿Jude Evans teniendo consideración por mí? Marcaré este día en el calendario.

Fui irónica. Demasiado irónica. Y lo supe en el silencio denso que siguió a mi comentario.

Suspiré.

—Lo siento —dije, todavía sin mirarlo—. Ese comentario sobraba.

Me giré para enfrentarlo, obligándome a ser la profesional que se suponía que era.

—No ha sido nada profesional por mi parte. Perdóname.

Él me sostuvo la mirada, un escrutinio largo e intenso que me hizo removerme, incómoda.

No dijo "no pasa nada". No dijo "te perdono". Simplemente me observó. Y entonces, preguntó:

—¿Algún día me contarás por qué odias tanto el boxeo?

La pregunta me descolocó por completo.

—¿Por qué habría de contarte algo así? —respondí, la sorpresa tiñendo mi voz.

Se encogió de hombros. O, mejor dicho, del hombro que podía encoger.

—Porque me gustaría saberlo.

Negué con la cabeza, aferrándome a las reglas como si fueran un salvavidas.

—Creo que eso se sale bastante de los límites de la relación fisioterapeuta-paciente.

Él asintió lentamente, aceptando mi barrera.

—Supongo que sí. Discúlpame tú a mí ahora. No debí cruzar los límites.

No fue la disculpa en sí. Fue el tono. No había ironía. No había sarcasmo. Fue… extrañamente sincero.

Y sentí un nudo repentino y absurdo formándose en mi pecho.

Como si sintiera mi incomodidad, la máscara volvió a su sitio al instante.

—Entonces, ¿qué toca hoy? —preguntó, y el sarcasmo que yo conocía había vuelto—. ¿Apretar pelotitas? ¿Levantar las cejas?

Sí. Este era el Jude Evans que debía tratar. El predecible.

El gilipollas.

El que, para mi propio y jodido asombro, estaba empezando a creer que podía manejar.

—Hoy toca trabajo de pierna. Sentadillas isométricas contra la pared. Y algo de core. Empezaremos con tres series de treinta segundos.

La forma en que resopló fue casi teatral.

—¿Sentadillas? ¿Contra la pared? Madison, eso es lo que hacen las embarazadas en yoga prenatal. Necesito algo real.

—Lo "real" —dije, mi paciencia pendiendo de un hilo— es lo que está manteniendo la integridad de tu hombro. Lo "real" es que si intentas hacer peso muerto, como probablemente te mueres de ganas, la tensión arrancará los anclajes y tu carrera se habrá terminado. Esto no es una negociación. Es el protocolo.

—¡Pero es una mierda! —espetó—. Siento que me estoy consumiendo.

—Pues consúmete —repliqué—. O ponte contra esa pared y haz las sentadillas. Esas son tus dos únicas opciones. ¡Elige una!

Se quedó mirándome, la mandíbula apretada, una batalla librándose en sus ojos. Podía ver su orgullo luchando contra la lógica aplastante de mis palabras.

Por un momento, pensé que me iba a mandar a la mierda.

Pero entonces, con un gruñido que sonó a rendición, se dio la vuelta y se dirigió a la pared. Se apoyó y, lentamente, deslizó la espalda hacia abajo hasta que sus rodillas formaron un ángulo de noventa grados.

Me acerqué y puse en marcha el cronómetro de mi reloj.

—Treinta segundos. Empieza ahora.

Lo observé en silencio. La concentración en su rostro. La forma en que sus cuádriceps empezaron a temblar a los veinte segundos. La gota de sudor que resbaló por su sien.

Estaba siguiendo mis órdenes.

A regañadientes, con todo el odio del mundo, pero lo estaba haciendo.

Y mientras lo miraba —concentrado, obediente, sudando por un ejercicio que probablemente consideraba una humillación—, un pensamiento inesperado y profundamente molesto se abrió paso en mi cabeza.

Quizás, solo quizás, Rick tenía razón.

Quizás yo era la única que podía manejar a esta bestia.

Y quizás, a pesar de lo mucho que me sacaba de mis casillas, podía conseguir que este hombre imposible volviera a ser lo que era.

Y entonces, un pensamiento aún más peligroso se coló por la grieta.

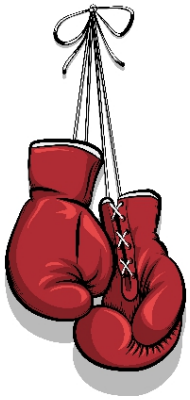
Quizás, solo quizás, Jude Evans no era el monstruo que yo había pintado en mi cabeza durante meses.

Quizás, solo quizás, me había equivocado.

La idea no me hizo ninguna gracia. Al contrario, me provocó un escalofrío.

Pero, por primera vez, no me pareció completamente imposible.

Y eso, sinceramente, me asustaba.



Capítulo 11
JUDE

—Ella no puede estar aquí.

Estuve a punto de preguntar*: ¿Quién no puede estar dónde?* De hacerme el tonto. Pero no tenía sentido. Sabía perfectamente de quién hablaba.

Y él sabía que yo lo sabía.

—¿Cuándo has vuelto? —pregunté, mi voz deliberadamente casual.

Dejé caer la toalla que llevaba alrededor de la cintura y abrí un cajón, buscando un bóxer.

—Hace un rato. Me pasé antes a ver a Susana.

—Ah, Susana —dije, mientras me ponía la ropa interior.

Me giré para mirarlo. Sin chaqueta, sin corbata, con los dos primeros botones de la camisa desabrochados.

Estaba nervioso. Siempre que se ponía nervioso, necesitaba sentir el cuello libre.

—Espero conocerla pronto.

Él suspiró, frustrado.

—Jude, por favor, no desvíes el tema.

—No lo hago —cogí un pantalón de pijama del cajón—. ¿Te vas a casar con ella?

Él parpadeó, descolocado.

—¿Qué?

—¿O vais a vivir juntos, al menos? —pregunté mientras me lo ponía.

—Yo… —se apretó el puente de la nariz, un gesto que delataba lo sobrepasado que estaba—. No lo sé, joder. Todavía no.

—Sea como sea, espero conocerla pronto.

—Jude… —suplicó.

—¿Qué? Es la verdad. Vas a ser padre. No conozco a la madre de mi futuro sobrino. Ya es parte de la familia.

—¿Y Madison? —espetó, volviendo a la carga.

Enarqué una ceja mientras me ponía una camiseta limpia.

—¿Qué pasa con ella?

—¡Eso quiero saber yo! ¿Qué pasa con ella?

—Pues no lo sé, Adam. Pregúntaselo a ella —mi tono era pura indiferencia—. No creo que sea yo, precisamente, la persona más indicada para hablar de su vida.

Mi hermano resopló, una exhalación de pura frustración. Lo estaba sacando de sus casillas. Lo sabía.

Y, sinceramente, lo estaba disfrutando.

Por capullo.

—Está trabajando aquí, Jude. Joder, y nadie me ha avisado. ¿A ti te parece normal que me tenga que enterar encontrándomela?

—Te lo dije la misma noche que terminaste con ella.

—¡Pensé que era una broma! ¡O un farol! ¡Yo qué sé! ¡Jamás pensé que de verdad…!

—Pues no lo era. Madison se encarga de mi rehabilitación. Punto.

—Mierda.

No pude evitar preguntar:

—¿La has visto, entonces?

—¡Sí, claro que la he visto! —se pasó las manos por el pelo, desesperado.

—¿Y qué…?

—Me he tropezado con ella al entrar en la casa —su voz era un murmullo incrédulo—. Vamos, lo último que me esperaba en esta vida era ver a mi… a mi ex —rectificó rápidamente— saliendo de nuestra casa.

Mi casa, estuvo a punto de corregirle una voz cabrona en mi cabeza.

Pero no lo hice. Porque eso habría sido de gilipollas.

Y porque, siendo sincero, jamás había pensado en este lugar como solo mío.

¿Por qué coño se me había ocurrido justo ahora?

Últimamente, no entendía una mierda de mí mismo. Otra cosa para la lista de "Misterios de Jude Evans que ni el propio Jude Evans entiende".

—¡Joder, Jude, haberme avisado al menos!

—Te lo dije esa noche…

—Sí, sí, ya sé que me lo dijiste, no hace falta que me lo repitas —me cortó, impaciente—. Y no me refiero a eso, lo sabes perfectamente.

No preguntes, Jude. No es tu asunto. Deja el tema ya…

—Ha sido muy incómodo, supongo.

Gilipollas. ¿No puedes hacerte caso ni a ti mismo?

Ya, bueno, pero es que a lo mejor ella se ha sentido…

¡Y a mí qué me importa cómo se sienta ella!

—¿Ha pasado algo? —pregunté, finalmente.

No. No debería importarme. Para nada.

Me muero por saberlo, para qué voy a mentir.

—Nada, Jude. No ha pasado absolutamente nada —su voz era un murmullo incrédulo—. Y eso es lo peor de todo.

Enarqué una ceja.

—¿Por qué sería malo que no pasara nada?

—¡Porque lo normal sería que me hubiera insultado! ¡Que me hubiera gritado! ¡Algo! —explotó—. No lo hizo ni cuando le conté lo de Susana. Me echó de su vida como si nada. Y ahora… ahora me acaba de mirar como si fuera un puto vecino con el que se cruza en el ascensor.

Sí. Esa fachada de hielo. También la vi yo aquella noche, cuando se negó a derramar una sola lágrima delante de mí, aunque sabía que por dentro se estaba haciendo pedazos.

—¿Te duele el ego, Adam? —pregunté, mi voz era pura seda envenenada.

—Joder, Jude. Sé serio por una vez.

—Lo soy. La engañaste. La destrozaste. Y ahora, ¿encima te molesta que no te monte el numerito que tú esperabas? ¿Que te trate con la indiferencia que te has ganado a pulso? Sinceramente, no lo entiendo.

—Yo tampoco entiendo qué coño hace ella aquí. Así que mira, estamos empatados.

—Fue cosa de Rick.

—Sí, ya lo sé. Lo que sigo sin entender es cómo aceptaste tú.

Me encogí de hombros, el bueno, con cuidado de no tensar el malo.

La verdad era que yo tampoco lo entendía del todo.

—Confío en el criterio de Rick. Siempre lo he hecho.

—¡Rick, Rick, siempre Rick! —bufó—. ¡Rick me ha metido en un problema!

—Sigo sin entender qué tiene que ver esto contigo —dije, mi voz era deliberadamente lenta, exasperante.

—¡Es mi exnovia! ¡En mi casa!

—Es mi fisioterapeuta. En mi casa —puntualicé—. Y que yo sepa, ha venido por voluntad propia. Creo que Madison es bastante mayorcita como para decidir qué quiere y qué no. Nadie la ha obligado a punta de pistola a venir aquí. Y nadie la ha atosigado para que firme ese contrato.

Mentira cochina en parte.

—Ella sabía perfectamente a lo que se enfrentaba si aceptaba la oferta, Adam. Lo ha hecho. Es su decisión. Su problema. Nada que ver contigo.

—¡Sigue siendo problema mío! —exclamó.

—Bueno, ahí déjame discrepar —dije, mi voz era puro hielo—. Creo que ella dejó de ser tu problema en el momento en que decidiste meter tu polla donde no debías.

—Soy un capullo, lo sé. ¡Ya lo sé! Pero ya está hecho. Voy a ser padre con Susana. No puedo estar llegando a casa y encontrarme con Madison en el salón.

No sé cómo lo miré, pero…

—¿Me estás echando? —susurró, y su voz era la de un niño asustado.

Resoplé y salí de la habitación, incapaz de soportar esa mirada.

—No digas gilipolleces.

—Tu cara no decía lo mismo —me siguió por el pasillo.

—¿Desde cuándo eres experto en leer caras? —bufé, y empecé a bajar las escaleras.

—Lo pensaste, Jude —su voz a mi espalda era insistente—. Por eso las preguntas. "¿Te vas a casar? ¿Vais a vivir juntos? ¿Has metido a Madison aquí para echarme?"

Me agarró del brazo y me obligó a pararme en mitad de la escalera. Me giré y lo miré a los ojos. Y en ellos no vi al hombre que había destrozado a Madison.

Vi a mi hermano pequeño.

Asustado. Perdido.

Ese al que una vez tuve que abandonar y que juré no volver a dejar atrás nunca más.

Negué con la cabeza, el enfado disipándose.

—No he hecho nada de eso —dije, mi voz más suave—. Jamás te echaría de mi lado, Adam. Y lo sabes. No imagines cosas que no son.

—¿Entonces qué coño es todo esto?

—No es nada que tenga que ver contigo.

—¡Es mi exnovia, Jude! —gritó.

—Sí. Es tu exnovia —lo miré—. La mujer a la que engañaste y que, con toda la razón del mundo, debe de odiarte con toda su alma. Como me odia a mí desde siempre. ¿Y quieres saber la verdad, Adam? Me importa una puta mierda esa parte. Porque también es la profesional que, según Rick, puede volver a llevarme al ring. Y ahora mismo, eso es lo único que me importa.

—¿Estás seguro de que es solo eso?

Fruncí el ceño. ¿De qué coño estaba hablando ahora?

—¿Qué quieres decir? —mi tono se volvió defensivo al instante—. ¿Qué más podría ser?

Él me sostuvo la mirada, analizándome, como si buscara una grieta en mi armadura.

Al final, suspiró, derrotado.

—No lo sé, Jude. Joder, no lo sé. Por eso te lo pregunto. Porque nada de esto tiene sentido. ¡Es Madison, por el amor de Dios! Jamás imaginé que tú la contratarías. ¡Y menos aún que ella aceptaría!

—Tendrá sus motivos —dije, cortante, sin la más mínima intención de compartirlos con él.

Por lo que ella había contado al poner su condición, mi hermano no sabía nada de la enfermedad de su madre. Y ahí me di cuenta de que su relación "perfecta" era una fachada.

Secretos. Siempre secretos.

Me lo contó a mí, no a ti.

Y no pude evitar una punzada de retorcida satisfacción.

Sí, fue por obligación, porque yo estaba allí. Pero lo hizo.

—Pues como no sea joderme la vida, no se me ocurre qué otro motivo puede tener —masculló Adam.

¡Ella no es así!

Y yo lo sabía porque…

¿Por qué coño lo sabía?

Porque… ¡Porque lo sabía y punto!

Suspiré y le di unas palmaditas condescendientes en el hombro mientras pensaba: *No todo gira a tu alrededor, campeón. A ver si te enteras de una vez.*

Y entonces, el eco de mis propias palabras me golpeó. Porque, ¿quién lo había puesto en ese pedestal? ¿Quién le había barrido cada obstáculo del camino para que nunca tuviera que mirar a los lados?

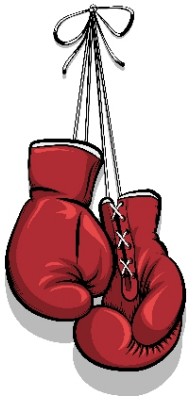
Yo.

Pues a ver si así me enteraba yo también. A ver si dejaba de actuar como el padre sobreprotector que nunca tuvimos y empezaba a ser solo un hermano.

Iba a ser padre, joder. Le tocaba madurar a hostias, como a todo el mundo.

Y a mí me tocaba aprender a mantenerme al margen. ¿No?

Era así de simple.



Capítulo 12
MADISON

—Buenos días, Kate.

—Madison, cielo —saludó la mujer de mediana edad, su pelo canoso recogido en un moño impecable y una sonrisa genuina iluminándole la cara al abrirme la puerta—. ¿Cómo estás hoy?

—Con energía renovada —dije, devolviéndole la sonrisa—. Lo que probablemente sean malas noticias para tu jefe.

Kate cerró la puerta a mi espalda, y una pequeña risa cómplice se le escapó.

—Bueno, digamos que contigo tiene el umbral de la paciencia un poco bajo.

Puse una mueca de falsa ofensa.

—¿Y eso es culpa mía? —pregunté, fingiendo estar dolida, pero terminé riendo con ella.

Entrelacé mi brazo con el suyo mientras caminábamos hacia el interior, un gesto que en pocos días se había vuelto natural.

Era curioso, había congeniado más con el personal de esa casa en unos días que en todos los meses que había estado con Adam.

Claro que, ¿cuántas veces había pisado ese lugar entonces? ¿Tres? ¿Cuatro como máximo?

—¿Te preparo tu café con leche? —preguntó Kate.

Negué con la cabeza.

—Dentro de un ratito, gracias. ¿Jude está ya en el gimnasio?

Hasta ahora, cada día que llegaba, él ya estaba allí, esperándome con su habitual cara de funeral.

Vi cómo la mujer ponía los ojos en blanco, un gesto que venía acompañado de un suspiro.

—Lo quiero mucho. Es el niño de mis ojos, ya lo sabes.

Sí. El de ella, el de Rick y el de todo el servicio. De eso ya me había dado cuenta.

Debía de ser yo la única persona en el planeta inmune a los encantos del campeón.

—Lo sé, Kate —respondí, porque su mirada expectante me exigía una respuesta.

Se acercó un poco más, bajando la voz como si me fuera a contar un secreto de Estado.

—Prométeme que no le reñirás mucho hoy. Ya sabes que el saco…

Puse los ojos en blanco. No hacía falta que dijera más.

La había cagado.

—¿Desde cuándo está dándole al saco, Kate? —pregunté, mi voz era un siseo bajo y peligroso mientras me dirigía ya hacia el gimnasio a toda prisa.

—Bueno, ahora mismo…

—¡Kate! —la advertí, sin dejar de caminar.

—¡Desde hace dos horas! —soltó al final, la confesión saliendo a toda prisa.

Lo mato.

Juro por Dios que lo mato. Me lo voy a cargar. Que me paguen lo que me deben y luego me encargo personalmente de que necesite un fisioterapeuta para el resto de su vida.

Llegué a la puerta del gimnasio, mi mano temblando de rabia sobre el pomo. La abrí de par en par, lista para desatar el infierno.

Y me quedé completamente quieta. Congelada en el umbral.

Porque la visión que tenía ante mí no era la de un idiota autodestructivo. Era… otra cosa.

Vestido solo con un pantalón corto de boxeo, descalzo sobre la lona, se movía a su alrededor con una agilidad felina, casi hipnótica. No era una agresión descerebrada. Era una danza. Un juego de pies preciso, un balanceo de caderas, y entonces, el golpe rápido.

Otro. Y otro. Y otro.

Dios mío…

Si alguien me hubiera dicho que el boxeo —ese deporte que yo repudiaba, que consideraba una carnicería glorificada— podía llegar a resultarme hechizante, me habría reído en su cara.

Pero este hombre…

Los músculos de su espalda y de su brazo sano, tensándose con cada movimiento. Las gotas de sudor resbalando por su columna vertebral, dibujando un camino sobre la piel bronceada.

Los gruñidos bajos, guturales, que escapaban de sus labios con cada impacto, una mezcla de esfuerzo y… ¿liberación?

Y de repente, el gimnasio pareció encogerse. El aire se volvió denso, pesado. El ritmo de los golpes contra el saco se acompasó con el de mi propio pulso acelerado.

Cerré las piernas con fuerza, un gesto instintivo y violento.

Mierda.

Un gemido de dolor, agudo y real, me sacó de mi estupor. Jude estaba doblado sobre sí mismo, su mano buena agarrando con fuerza el hombro lesionado.

—¡¿PERO SE PUEDE SABER QUÉ DEMONIOS HACES?! —estallé.

Levantó la cabeza, sus ojos encontrando los míos. Su mirada se desvió un segundo hacia el reloj de la pared.

—¿Has perdido la noción del tiempo? —pregunté, mi voz destilaba sarcasmo.

Y entonces, sonrió. El muy descarado, el muy sinvergüenza, tuvo la osadía de sonreír.

Ni una pizca de vergüenza en su rostro.

—Maldito imbécil —gruñí, avanzando hacia él.

—Estoy bien —dijo, intentando enderezarse.

—¡No lo vas a estar cuando te ponga las manos encima!

Llegué a su lado, lo agarré del brazo bueno, la piel resbaladiza por el sudor, y tiré de él. Lo obligué a sentarse en un banco.

Le palpé el hombro operado con cuidado.

—No es nada —hizo una mueca de dolor—. Auch —soltó cuando mis dedos presionaron un poco más fuerte de la cuenta.

—Si es que… —las aletas de mi nariz se hincharon de rabia—. Como te hayas vuelto a lastimar, te juro que…

Fui a tocarle de nuevo, pero su mano se cerró sobre mi muñeca, deteniéndome. El gesto no fue agresivo, fue firme.

—Estoy bien —repitió, su voz era ahora un susurro grave.

Lo miré a los ojos, buscando la verdad en esas profundidades verdes.

—Y si no lo estuvieras, tampoco me lo dirías, ¿verdad?

Me observó un instante, su pulgar rozando casi inconscientemente la piel de mi muñeca.

—No soy bueno mostrándome vulnerable —admitió, y la confesión me descolocó por completo—. Supongo que en eso nos parecemos.

Enarqué las cejas.

—Aquella noche, en tu casa —continuó, su mirada intensa—. No derramaste ni una sola lágrima. Y tenías el corazón hecho pedazos.

—El corazón no duele tanto como un brazo roto —repliqué, retirando mi mano de la suya.

Era una amenaza velada. Esperaba que surtiera efecto.

Pero no.

Jude echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír. Una risa genuina, profunda, que le arrugó las comisuras de los ojos. No sabía qué le hacía tanta gracia, pero, por un momento, me quedé mirándolo, desarmada.

Lucía diferente cuando reía.

La verdad era que lucía diferente a cada momento desde que había empezado a conocerlo de verdad.

—Joder, Madison. Eres graciosa, ¿quién lo iba a decir?

No. Olvídalo. Era el gilipollas de siempre.

Cogí una toalla limpia de una mesa cercana y se la lancé a la cara. Él la atrapó al vuelo, todavía con una sonrisa en los labios. Yo cogí otra y, parándome de nuevo frente a él, empecé a secarle con cuidado el sudor del hombro y el brazo lesionado.

—No deberías hacer estas cosas —dije, mi voz ya sin rastro de enfado, solo un cansancio infinito.

—Lo sé —susurró, y su sonrisa se desvaneció. Suspiró—. Pero no puedo evitarlo.

—¿Tienes que golpear algo sí o sí? —pregunté, la ironía ahora más suave.

—Supongo que sí.

Mierda.

Había vuelto a meter la pata.

—Jude, yo…

Pero él negó con la cabeza. Se levantó y se alejó de mí, poniendo distancia entre nosotros.

—¿Qué nos toca hoy? —preguntó, su voz de nuevo plana, desprovista de toda la emoción de hacía un segundo.

Se estaba poniendo la máscara.

El profesional. El paciente.

El gilipollas.

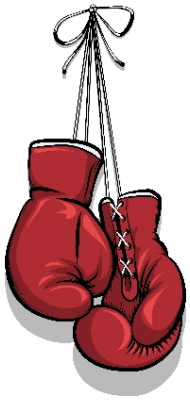
Estaba volviendo al papel que ambos habíamos acordado.

Y hasta ese momento, eso había estado bien. Era lo que yo quería. Lo que necesitaba para poder hacer mi trabajo.

Pero ahora…

Verlo retirarse de nuevo a su trinchera, después de esa pequeña y extraña tregua, me provocó una punzada de… ¿qué? ¿Decepción?

¿Qué era lo que quería de él?



Capítulo 13
JUDE

Me dejé caer en el suelo, y apoyé la espalda contra la pared fría del gimnasio.

—Gracias —dije, mi voz era un graznido cuando Madison me ofreció una botella de agua.

La abrí y me bebí la mitad de un solo trago.

—Cualquiera diría que estás cansado —dijo ella, y había un tono burlón en su voz.

Sonreí, una media sonrisa, y bebí un poco más.

—Un poco —mentí.

—Ya…

Para mi total sorpresa, ella se sentó en el suelo, a mi lado. No cerca, pero tampoco lejos.

Antes de cerrar la botella, se la ofrecí. Sus ojos se encontraron con los míos por un segundo.

Luego la cogió. Y vi cómo sus labios, húmedos y suaves, se posaban exactamente en el mismo sitio donde habían estado los míos.

Y se me puso dura. Al instante. Con una violencia que casi me dejó sin aire.

Joder. Fue lo más jodidamente erótico que había visto en mi vida.

Cogí la botella cuando me la devolvió, le puse el tapón y la dejé en el suelo. Porque si bebía de ella, capaz y me corría allí mismo.

Denigrante.

—No odio el boxeo —dijo de repente, su voz era un murmullo.

Enarqué una ceja. Ella puso los ojos en blanco al verme.

—Vale, sí que lo odio —admitió—. Entiendo que es un deporte. Pero siguen siendo golpes, y yo… —su voz se quebró, apenas un matiz, y negó con la cabeza, como si apartara un mal recuerdo.

—No tienes por qué contármelo —dije.

—Quiero hacerlo.

Y esa simple frase fue como una victoria.

Una sensación cálida se instaló en mi pecho. Quería que lo hiciera. Quería que me contara sus cosas.

Quería entenderla.

Madison me había sorprendido cada uno de esos días. Rick no había fallado: era una profesional impecable. Pero estaba empezando a ver otras facetas de ella. No tenía nada que ver con la imagen fría y estirada que yo mismo me había creado en mi cabeza.

Estaba seguro de que aún me sorprendería en muchísimas cosas, y esa idea, peligrosamente, se estaba convirtiendo en un aliciente.

Un aliciente para mí… y para mi entrepierna, que seguía empeñada con ella, amargándome la existencia.

No, el problema no había mejorado. Había ido a peor.

Era un castigo divino.

—La primera vez que luché de verdad en un ring tenía quince años —dije, mirando al frente, a la nada, mientras sentía su mirada fija en mí—. Perdí, como era de esperar. Me dieron una paliza que no olvidaré en la vida.

Una sonrisa torcida se dibujó en mis labios al recordarlo.

—Pero golpear allí, o que me golpearan… no tenía nada que ver con lo que yo conocía. Aquello no eran los golpes borrachos de mi padre en mitad de la noche. Y no se parecía en nada al deseo irrefrenable que yo sentía de reventarle la cara a él cada vez que le ponía una mano encima a Adam.

—Jude… —su voz fue un susurro, cargado de un asombro.

La miré.

—Pensaba que Adam…

Ella negó con la cabeza, sus ojos muy abiertos.

No. No le había contado nada. Claro que no. Adam era el experto en construir fachadas perfectas.

—Perdí casi todas las peleas durante años, porque boxeaba por rabia. Por odio —volví a mirar al frente—. Hasta que Rick me hizo entender que el boxeo no es eso. No es venganza, ni dolor, ni odio. Es disciplina. Es control. Es… arte. A Rick le costó la vida hacérmelo ver. Pero cuando por fin lo entendí, cuando dejé de pelear contra mis fantasmas y empecé a boxear de verdad… Desde entonces, no he perdido un solo combate.

—Eres bueno —dijo, su voz era un susurro.

—Tenía que serlo —la miré, y en mis ojos debía de estar escrita toda la historia.

Ella asintió, muy despacio, entendiéndolo.

—Por Adam.

No fue una pregunta. Fue una afirmación.

—Tenía que sacarlo de allí. Y para eso necesitaba un nombre, dinero, un lugar seguro que ofrecerle —tragué saliva, el recuerdo amargo de cada día de retraso quemándome la garganta—. Tardé demasiado en lograrlo.

Tardé demasiado en ir a por él y sacarlo de ese infierno.

—Pero lo lograste.

—Sí —asentí.

—¿Tenéis trato con él?

Se refería a mi padre.

—No. Nos enteramos de que murió hace un par de años. En alguna pelea de bar —la miré—. Me alegré.

—No voy a juzgarte por ello.

—¿Ah, no? —intenté bromear.

Ella respondió con un suave golpe en mi hombro bueno, y el gesto fue tan inesperadamente familiar que me dejó sin aire por un segundo.

—¿Y vuestra madre? —preguntó, su voz suave—. Adam, como habrás notado, era bastante hermético con su pasado. Pero no le reprocho nada, yo tampoco le conté mucho sobre mí.

¿Por qué no? ¿Porque no era el indicado?

¿Y yo sí?

Miré mis manos.

—Mi madre se marchó cuando éramos unos críos. No la culpo. Recibía palizas día sí, día también. No sé si está viva ni si intentó buscarnos alguna vez —me encogí de hombros, fingiendo una indiferencia que no sentía—. A estas alturas, ya no me importa.

Mentira. Era una espina que nunca dejaría de doler.

Y supe, por la forma en que me miró, que ella lo sabía.

Se quedó en silencio, su mirada perdida en la lona.

—A mi padre también le gustaba golpear —dijo de repente, y las palabras parecieron costarle un mundo—. Nos abandonó un día. Después de casi matar a mi madre.

Joder.

Me miró, y sus ojos estaban anegados en lágrimas.

—Desde entonces, ella nunca volvió a ser la misma. Y cómo ha acabado… Bueno, ya lo sabes.

Sí, lo sabía. Enferma, con una dolencia que la consumía, internada en una residencia.

—Está muy bien allí —había ido a verla—. Gracias, Jude, por hacerlo posible.

Por primera vez, dejó que las lágrimas cayeran, dos surcos brillantes en sus mejillas.

Por primera vez, se mostró completamente vulnerable ante mí.

—Lo siento, yo… —empezó a decir, levantando una mano para limpiárselas.

Pero mi mano llegó antes. Con delicadeza, le sequé las lágrimas con el pulgar. Su piel era suave, y tembló bajo mi contacto.

Y yo temblé con ella.

Vale. Esto no es solo cosa mía, ¿verdad? No soy el único que está sintiendo esto.

Porque sí, sentía algo. Algo más que una erección.

Quería saberlo todo sobre ella. Sus sueños, sus miedos, las cicatrices que no se veían.

Y sí, mi polla lo quería todo con ella también. Sin duda. Ya no podía seguir buscando excusas o llamándome loco.

Lo estaba. Pero las cosas eran así.

—Me alegro de que no me tengas miedo —susurré, mi voz ronca, mientras mi pulgar seguía acariciando su mejilla.

Ella abrió los ojos, que estaban cerrados, y los fijó en los míos.

—Nunca te lo he tenido.

Y, por la forma en que lo dijo, la creí.

Pues deberías, Madison. Porque te quiero entera. Y si supieras cuánto, saldrías corriendo de aquí y no mirarías atrás.

Pero no se movió. Ni siquiera cuando mi pulgar descendió hasta rozar la comisura de sus labios. Al contrario, su boca se entreabrió,

una invitación silenciosa que hizo que mi corazón martilleara contra mis costillas.

No lo hagas, Jude. Para. Ahora.

Pero mi cuerpo no obedecía. La miré a los ojos y vi mi propio deseo reflejado en ellos.

A la mierda.

—Lo siento, pero tengo que hacerlo —dije, justo antes de abalanzarme sobre su boca.

Maldita fuera mi decisión.

Y maldita fuera esa mujer que me estaba dando el mejor beso que me habían dado y me darían jamás.

Dios mío, pensé, mientras devoraba su boca, mientras mi lengua se encontraba con la suya en una batalla desesperada.

¿Cómo se supone que voy a poder besar a nadie más después de probar esto?

No era solo un beso. Joder, era hambre. Era un deseo crudo, animal. Una puta necesidad.

La apreté contra mi cuerpo con el brazo sano, atrayéndola, sintiendo la necesidad casi violenta de fundirla conmigo. De meterla dentro de mí.

Una sensación extrañísima. Una que no había sentido nunca. Con nadie. Por nadie.

¿Qué coño era esto?

Fuera lo que fuera, mientras sus gemidos se ahogaban en mi boca y sus dedos se aferraban a mi cuello, supe una cosa con una claridad aterradora.

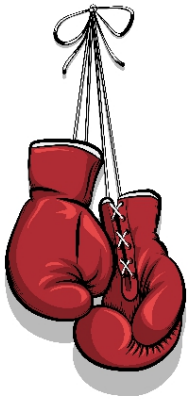
No quería dejar de sentir esto jamás.

Y quería más. Mucho más.

¿Qué coño más? Lo quería todo.

Quería a esa mujer. Entera.

Mía.



Capítulo 14
MADISON

—¡Aaaah! —grité por enésima vez esa mañana.

La imagen de ese hombre, de ese beso, volvió a asaltarme.

¿Volvió?

Una risa seca, irónica, vibró en mi garganta. Para "volver", primero tendría que haberse ido. Y él no se había movido de mi mente ni un segundo desde entonces. Estaba ahí, instalado. Un okupa mental.

Así que no, "volver" no era la palabra más adecuada.

Dios mío. Iba a volverme loca. O ya lo estaba.

¿Cómo no estarlo después de eso?

Porque menudo beso.

Jamás me habían besado así. Ni siquiera sabía que era físicamente posible besar de esa manera. Era como en las películas, esas escenas que yo siempre consideraba una exageración ridícula, con los actores devorándose las bocas como si no hubiera un mañana.

Pues no. No era una exageración.

Jude Evans me lo había dejado muy, muy claro.

¿Pero cómo? ¿Cómo habíamos pasado de odiarnos a… a eso?

—¡Oh, Dios mío!

Me tapé la cabeza con la almohada y solté un grito ahogado. A ver si así me quedaba sin aire y se me pasaba la tontería.

Bueno, tonta ya era. Había pruebas irrefutables.

Ding-dong.

Me levanté de la cama de un salto, el corazón en la garganta. ¿Quién era? ¿Quién podía ser? Yo no recibía visitas. ¡Nunca!

Y, desde luego, no quería ver a nadie en ese momento.

—¡No estoy! —grité mientras corría descalza hacia la puerta.

Vale. Oficial. Se me ha ido la cabeza del todo.

—Abre la puerta, Madison —escuché su voz al otro lado. Grave. Inconfundible.

¿Jude? ¡¿Pero qué demonios…?!

Ni de coña. No le iba a abrir. Llevaba toda la mañana huyendo de su recuerdo, no iba a dejar que entrara el original.

—O la abres tú, o la abro yo. Tú decides.

¿Pero cómo…?

—¡No serás capaz!

Pude sentir cómo ponía los ojos en blanco incluso a través de la madera.

—Ponme a prueba, nena.

—¡¿Nena?! —chillé, el escándalo superando a la lógica. Abrí la puerta de golpe y lo fulminé con la mirada—. ¿Acabas de llamarme nena?

Él me miró, de arriba abajo, y resopló.

Normal, si debía tener unas pintas de loca… Y para rematar, el pijama de unicornios.

—Voy a pasar —dijo, ignorando mi indignación.

Y pasó.

—¿Qué haces aquí? —me pellizqué el puente de la nariz, cerrando los ojos con fuerza—. Estoy teniendo un déjà vu. Y no me gusta.

—La pregunta correcta es qué haces tú aquí. Cierra la puerta, Madison.

—No.

—Que la cierres —resopló, ya sin paciencia.

Yo también resoplé, claro. Pero lo hice. Cerré la puerta.

—Solo porque no quiero que los vecinos oigan nada.

Jude enarcó una ceja, pero no dijo nada.

—¿Qué haces aquí? —repetí, cruzándome de brazos.

—¿Y tú? ¿Qué haces tú aquí?

—Vivo aquí —dije, con un tono que dejaba claro lo estúpida que era su pregunta—. Es mi casa.

—No estoy para bromas, Madison. Sabes perfectamente que a esta hora deberías estar en mi casa. En el gimnasio. Conmigo —se señaló a sí mismo: camiseta técnica ajustada que marcaba cada músculo.

Y las cosas como son, quizás porque mi cerebro ya estaba predispuesto, pero en ese momento le sentaba todo especialmente bien.

—Llevo horas esperándote.

—¿No te dijo Kate que estaba enferma? —empecé a toser.

Una tos falsa, exagerada, digna de un Oscar.

Cof, cof.

—Estoy fatal. No deberías estar aquí, te voy a contagiar…

—Hazlo —susurró, cerrando el espacio entre nosotros, me agarró de la cintura—. Contágiame.

Y volvió a besarme.

Y yo volví a sentirlo. Mis piernas convirtiéndose en mantequilla. La razón nublándose, ahogada por una oleada de puro deseo.

El mismo que nunca creí que pudiera existir.

Esto no puede ser, gritaba una parte de mi cerebro. *Tienes que parar. Ahora.*

Pero entonces Jude profundizó el beso, si es que eso era posible, su lengua reclamando la mía, y mi cuerpo traidor respondió, rindiéndose.

—Dios… —gimió contra mis labios cuando los dejó libres por un instante para respirar.

Mi mente estaba en blanco. Desconectada.

Y mi boca habló sin permiso.

—¿Será verdad que una puede correrse solo con un beso?

Supe que lo había dicho en voz alta cuando sentí la vibración de su pecho antes de oír el sonido. Una risa baja, gutural. Abrí los ojos de golpe.

Soltó una carcajada escandalosa, y la vergüenza me quemó las mejillas. Escondí la cara en su pecho, deseando que la tierra me tragara.

—Dios, qué vergüenza.

—Qué maravilla —dijo él, su voz todavía vibrando de la risa.

Levanté la mirada, incrédula.

—Sí, nena. Te puedes correr con un beso —su sonrisa era arrogante—. Yo ayer casi me corro en los pantalones con el tuyo.

Me puse roja como un tomate.

—¡Jude! —chillé, dándole un golpe inútil en el pecho.

—Es la verdad —su sonrisa se desvaneció.

Me soltó de la cintura y su mano subió a mi nuca, sus dedos enredándose en mi pelo.

—Yo tampoco había sentido nada como lo de ayer. Nunca.

—Jude, esto no…

—Entre nosotros no existen los "noes" —sentenció, como si fuera una ley de la física.

Y volvió a besarme. Esta vez más lenta, más profundamente. No era una batalla, sino una exploración.

—Maldito brazo —refunfuñó al separarse, la frustración tiñendo su voz—. No puedo estrecharte contra mí como me gustaría.

Negué con la cabeza, intentando recuperar algo de cordura.

—Tú no quieres hacer esto.

—¿Ah, no? —enarcó una ceja.

—No —puse las manos en su pecho, intentando poner distancia entre nosotros.

Pero no me lo permitió. Apretó el agarre en mi nuca, sus dedos firmes, manteniéndome ahí. Cerca.

Prisionera.

—Jude, esto no puede ser.

Me liberó, solo para coger mi mano y llevarla hacia abajo, a la evidencia dura y palpitante de su deseo.

Abrí los ojos como platos y tiré de mi mano, pero él la sujetó, obligándome a sentirlo a través de la tela de sus pantalones.

—Creo que mi cuerpo no está de acuerdo contigo —su voz era un murmullo ronco, sin una pizca de vergüenza.

Me deshice de su agarre.

—La primera vez que estuve aquí, también fue así.

Sonrió al ver que yo desviaba la mirada, sonrojada.

—Te diste cuenta. Y mira que intenté evitarlo.

—No tenía sentido. No pensé que…

—Pues así es —su mirada se volvió oscura, posesiva—. Te deseo, Madison. Estoy deseando follarte hasta que no recuerdes tu nombre. Hasta hacerte mía. De nada sirve que sigamos fingiendo a estas alturas.

—Es una locura —susurré, las palabras apenas audibles—. Tú. Yo. Nosotros…

Una sonrisa lenta y triunfante se extendió por sus labios.

—Eso es, nena. Nosotros. Ya era hora de que lo entendieras.

Su lengua trazó el contorno de mi labio inferior, un gesto lento, deliberado, que envió una descarga por todo mi cuerpo.

—¿Estás mojada para mí? —preguntó. Su voz era un murmullo ronco contra mi boca.

Negué con la cabeza, el pánico mezclándose con el deseo.

—Yo no… Yo no soy de ese tipo de chicas.

—¿De qué tipo? —mordió suavemente mi labio y tiró de él, arrancándome un gemido—. Dímelo.

—Como las chicas con las que tú estás. Lo sabes, Jude. Yo no soy así. No soy descarada, no soy fogosa. No es que sea un bloque de hielo en la cama —expliqué— Pero tengo dificultad para tener orgasmos.

Intenté alejarme, pero su mano subió a mi barbilla y me sujetó con firmeza, obligándome a mirarlo. Su expresión era indescifrable. Seria.

Intensa.

—¿Algún problema médico diagnosticado en ese sentido? —preguntó, y su tono clínico me descolocó por completo.

—¿Qué? No, yo estoy bien.

—Ya.

Y no pidió permiso. Su mano libre se deslizó por mi cintura, bajó por mi abdomen y se metió por dentro de mi pantalón de pijama. Sentí sus dedos rozando la tela de mis bragas, y luego, a través de ella, abriendo mis labios, buscando. Un roce experto, preciso, sobre mi clítoris, me hizo jadear y temblar de pies a cabeza.

—Agárrate a mí —gruñó, una nota de frustración en su voz mientras maldecía su brazo inútil—. Joder. Agárrate.

Lo hice. Mis manos se aferraron a sus hombros como si mi vida dependiera de ello, porque mis piernas ya no me sostenían. Estaba a su merced. Completamente.

—Jude, no. Para.

Pero Jude estaba muy centrado en lo suyo. Sus dedos eran expertos, implacables.

Un torbellino de sensaciones me invadió, anulando cualquier pensamiento coherente.

Escondí la cara en su pecho, mis dedos aferrándose a su camiseta con una fuerza desesperada, y lo dejé hacer. Lo dejé llevarme hasta que mi cuerpo se convulsionó, y un grito ahogado se rompió contra su piel.

—Maldita sea —gruñó él, su brazo sano rodeándome con fuerza antes de que mis piernas cedieran del todo.

Me sostuvo, su cuerpo tenso por el esfuerzo.

—Te vas a hacer daño —le reñí, mi voz era un susurro tembloroso.

—Como si eso me importara una mierda ahora mismo.

—Pues a mí sí me importa —dije, todavía vibrando por el orgasmo más intenso de mi vida.

—Me alegro —con cuidado, me depositó en el sofá y se dejó caer a mi lado con un suspiro. Un gruñido de dolor se le escapó.

Rápidamente, me incorporé, el pánico sustituyendo al placer.

—Dios, Jude, ¿estás bien? ¿El hombro?

—Sí, estoy bien —dijo, cortante.

Y entonces su atención volvió a mí. Me miró, y sus ojos ya no ardían de deseo, sino de incredulidad.

—¿Tienes problemas para llegar al orgasmo? —soltó—. Madison, ¿pero de dónde coño has sacado semejante gilipollez?

Mi cara empezó a arder.

—A ver —continuó, sentándose mejor—, que si fuera verdad, trabajaríamos en ello o lo que coño fuera. Pero ¡me cago en la leche! ¡No has tardado ni un minuto en correrte! ¿A qué venía eso? ¿Te estabas quedando conmigo?

—¿Por qué me inventaría algo así?

—¡Pues eso quiero saber yo! —exclamó.

Vio que intentaba encogerme y su mano me agarró del brazo, suave, pero firme.

—No. No vas a salir corriendo otra vez. Explícamelo.

—Porque es verdad, no suelo tener orgasmos —admití—. Bueno, sí, cuando estoy sola. Pero con… en pareja, no. Menos aún con la penetración.

—¿Te ha pasado eso con todas tus parejas? —preguntó, su voz ahora más seria.

Desvié la mirada. Él enarcó una ceja. Y entonces, una furia helada cruzó su rostro.

—No me jodas. Mi hermano es gilipollas —gruñó—. Él y todos los demás. Si un hombre no puede hacer que su mujer se corra, el problema no es de ella. Es que él es un puto inútil. Fin de la historia.

Bufó y se pasó la mano por la cara.

—No tienes ningún problema, nena —continuó, su voz ahora era un murmullo grave, casi una promesa—. Más allá de que tu radar para elegir amantes está completamente escacharrado.

Me reí.

—¿Ah, sí? ¿Y tú vas a arreglar mi radar? —pregunté.

Me di cuenta de que metí la pata con esa pregunta cuando una sonrisa lenta, perezosa y arrogante se extendió por sus labios.

—Si me dejas…

Mi cerebro, la parte racional que aún quedaba, gritaba.

Dile que no. Dile que es una locura.

Dile todas esas cosas que te has estado repitiendo como un mantra.

Pero no podía. Porque no quería.

¿Para qué negar lo evidente? ¡Estaba deseando estar entre sus brazos!

—Con una condición —dije entonces.

—La que quieras —respondió al instante, su voz era un gruñido bajo.

—¿Seguro? —lo reté, arqueando una ceja.

—Sí —no había ni una sombra de duda en sus ojos.

—Bien. Te la diré cuando terminemos.

Jude puso los ojos en blanco, haciéndome soltar una carcajada.

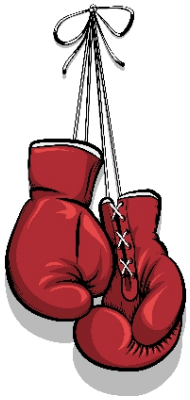
Pero la risa murió en mi garganta. Porque un segundo después, su boca estaba sobre la mía otra vez, devorándome.

Me sentó sobre su regazo, y la dureza de su erección contra mí fue una promesa.

—Jude… —jadeé, cuando sus labios dejaron los míos para besar mi cuello.

—Se acabó el tiempo de reír, nena —susurró contra mi piel, haciéndome temblar—. Ahora vamos a gemir.

Un escalofrío de pura anticipación me recorrió de pies a cabeza.



Capítulo 15
JUDE

¿Muchas mujeres? Sí.

¿Mucho sexo? También.

No era un fantasma, era mi biografía.

Moverse en ciertos ambientes es lo que tiene.

¿Que llevaba a palo seco una eternidad? Pues también.

¿Que jamás, ni en mis pesadillas más locas, imaginé que sería ella, precisamente ella, quien rompería mi sequía? Ni eso, ni lo que me estaba haciendo sentir.

El deseo era tan intenso que me daba miedo.

Yo, Jude Evans, con miedo. Miedo a no ser suficiente para ella. Miedo a que ese momento se terminara y fuera solo eso, un puto espejismo.

Miedo, en definitiva, a no volver a sentir eso nunca más.

Eso que me estaba haciendo temblar cuando todavía ni siquiera había entrado en ella.

Estábamos desnudos, en el sofá. Ella a horcajadas sobre mí, su boca hinchada por mis besos.

Mi boca reclamando sus pechos, perfectos, duros bajo mi lengua. Mi mano buena, aferrada a su culo, apretando, mientras sentía el

roce húmedo y caliente de su coño contra mi erección, una y otra vez.

Era una fantasía verla así. Tan desinhibida, tan entregada.

Y un pensamiento oscuro, posesivo, se abrió paso.

No quise pensar en Adam. Ni en ninguno de los otros gilipollas. La panda de inútiles egocéntricos que la habían tenido y no habían sabido qué hacer con ella.

La palabra "hombres" se les quedaba grande.

—Jude… —su voz fue un gemido ahogado contra mi piel.

—Hmmm… —respondí, sin dejar de lamer la punta de su pezón.

—Necesito… —jadeó.

—¿Qué necesitas, nena? —pregunté, mi voz era un murmullo grave—. Dímelo. Quiero oírlo.

Lo sabía, joder. Sabía exactamente lo que necesitaba. Pero quería oírlo.

Quería que se sintiera libre de pedirlo, de exigirlo. Que supiera que conmigo no había límites. Ni vergüenza.

Si quería decirlo sucio, perfecto. Si quería susurrarlo, también. Me daba igual.

La quería a ella. De todas las putas maneras.

—Te necesito dentro —susurró, su voz era un hilo de puro deseo.

Dejé sus pechos y la miré a los ojos.

—¿A mí? —pregunté, mi voz ronca.

Ella asintió, sus ojos oscuros y dilatados.

—Y a tu polla.

Y no se sonrojó. Ni un atisbo de vergüenza. Porque ella era así. Libre. Salvaje. Solo que nadie se lo había permitido antes.

Se había pasado la vida intentando encajar en moldes demasiado pequeños.

Una mierda para todos esos cabrones. Ninguno la merecía.

—En la cartera —mi voz era un graznido—. Hay un preservativo.

Se levantó, y el frío que dejó su ausencia fue casi doloroso. Por suerte, tardó poco. La sensación de tenerla de nuevo encima, piel con piel, era adictiva.

—Vas a tener que ponérmelo tú —dije, mi voz tensa.

Siseé mientras me rozaba con sus dedos.

Siseé, arqueando la espalda, cuando sus dedos rozaron la punta de mi polla al desenrollar el látex.

—Dios, me voy a correr —gemí, mi control pendiendo de un hilo.

—Todavía no —susurró ella, su voz era una caricia y una orden a la vez.

Terminó de colocarlo y se irguió sobre sus rodillas. Cogió mi miembro con una mano, su tacto firme y seguro, y lo guio hasta la entrada de su sexo húmedo y caliente.

—No vas a dejarme ahora sin esto —dijo, y su voz era un ruego y una amenaza.

—Lo tendrás siempre que quieras —respondí, y las palabras no eran una simple promesa, eran un juramento.

Y esperaba que lo quisiera muchas, muchas veces. Porque todavía no la había follado y ya estaba deseando repetir.

Lentamente, sin apartar sus ojos de los míos, como la seductora nata que era —aunque ella no tuviera ni la más remota idea de ese poder—, empezó a bajar.

—Oh, Dios… —jadeé, sintiéndola envolverme, apretada y perfecta.

—Oh, sí… —respondió ella, un eco de mi propio placer.

Cuando me tuvo por completo dentro, tuve que clavar los dedos de mi mano buena en su cadera para no perder la cabeza.

—No te muevas —mi voz era una súplica rota—. Todavía no. Por favor.

Era demasiado. Demasiado bueno.

Ella me besó para callarme y comenzó a moverse. Lento. Jodidamente lento.

Y me di cuenta de que no había nada que pudiera hacer. Estaba completamente a su merced. Ella tenía el control. Ella marcaba el ritmo. Ella mandaba.

Y me encantó.

—Más rápido —gruñí un momento después contra sus labios, incapaz de soportar más esa tortura exquisita.

Su respuesta fue sonreír y moverse aún más despacio. La muy cabrona estaba jugando conmigo. Y estaba ganando.

—Madison… —mi voz fue una súplica.

—¿Sí, Jude? —susurró, su aliento era fuego contra mi piel.

—Por favor.

—¿Por favor, qué? —sus pechos rozando mi pecho—. Dímelo. Quiero oírlo.

¿En serio?

Mi mano buena se aferró a su cadera, mis dedos hundiéndose en su piel suave.

—Fóllame, joder. Fóllame de verdad.

Su sonrisa se ensanchó.

—Como quieras, campeón.

Y entonces, el ritmo cambió. La lentitud se convirtió en una urgencia salvaje. Empezó a moverse arriba y abajo, marcando un ritmo frenético, implacable.

Cada embestida era profunda, perfecta.

Mis caderas se alzaban para encontrar las suyas, un movimiento instintivo, desesperado. El sonido de nuestra piel chocando llenó el lugar, ahogando el latido de mi propio corazón.

La vi echar la cabeza hacia atrás, un gemido ronco escapando de su garganta. Sus ojos se cerraron, su rostro una máscara de puro placer.

Y esa visión, ella, perdiendo el control por mí, fue la gota que colmó el vaso.

El nudo en mi vientre se tensó hasta el límite, una espiral de placer tan intensa que casi dolía.

—¡Estoy a punto…! —jadeé.

Apretó sus músculos internos a mi alrededor, una contracción que me arrancó un gruñido animal. Y entonces, exploté. Un orgasmo brutal, cegador, que me vació por completo, mientras sentía las convulsiones de su propio clímax, sus gemidos ahogados contra mi cuello, su cuerpo temblando sin control sobre el mío.

Nos quedamos así, enredados, sin aliento, cubiertos de sudor y del olor de nosotros dos.

Yo, todavía dentro de ella, sintiendo sus últimas y suaves contracciones.

Ella, desplomada sobre mi pecho, acomodándose con cuidado para no chocar con mi maldito brazo inútil.

El combate había terminado. Y yo ya estaba deseando que sonara la campana para el siguiente asalto.

Rompí el silencio, mi voz era un murmullo ronco, todavía entrecortado por la respiración.

—¿Cuál era tu condición? —pregunté—. La que me ibas a decir al terminar.

Ella levantó la cabeza de mi pecho, su pelo revuelto cayendo sobre su cara. Aparté un mechón de sus labios, y ella me sonrió. Una sonrisa genuina que me golpeó con más fuerza que cualquier orgasmo.

—Si de verdad arreglaste mi radar… ¿Podemos repetir? —susurró, y sus ojos brillaban con una picardía que me hizo reír.

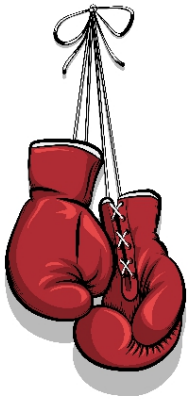
Puse mi mano buena en su nuca, atrayéndola hacia mí.

—Siempre, nena —dije, justo antes de besarla.

Un beso lento, posesivo.

—Siempre.

Era una promesa.



Capítulo 16
MADISON

Apenas había puesto un pie en el gimnasio cuando una mano tiró de mí, me estampó contra la pared y una boca que ya conocía muy bien me devoró.

El beso no fue como ninguno de los que nos dimos el día anterior. No fue una exploración.

Fue una afirmación. Una reclamación.

Jude dejó mis labios libres solo para separarse un centímetro y mirarme, con la respiración agitada.

Y entonces, sonrió. Era una sonrisa nueva, diferente a todas las que le había visto. No era arrogante ni burlona.

Era… posesiva.

Y daba un poco de miedo.

—Hola, nena.

Mi cuerpo se tensó al instante, un bloque de hielo.

Él lo notó. La sonrisa se desvaneció de su rostro.

—¿Madison?

—Nos pueden ver —susurré, mis manos se apoyaron en su pecho para empujarlo, para crear un espacio que necesitaba desesperadamente.

—¿Y cuál sería el problema? —preguntó, genuinamente confundido.

Conseguí separarme de él por completo y me acerqué a la estantería, fingiendo buscar el material que necesitaría para la sesión.

Mi corazón latía desbocado.

—Madison… —suspiró a mi espalda.

Lo miré.

—¿Se lo has contado a alguien? —pregunté, mi voz sonó más frágil de lo que pretendía.

Jude frunció el ceño.

—¿Por qué coño tendría que ir contando a quién me follo? —espetó, y sonaba enfadado.

Lo entendía.

—Joder, lo siento, yo… —empezó a decir, avergonzado.

Pero negué con la cabeza.

—No tienes que pedir perdón. Es lo que hicimos. Follar. Y ya está.

Sí, así era. Eso es todo lo que había sido. Un polvo —o varios— sin importancia. Una anomalía.

Una válvula de escape que no tenía que significar nada. ¿Verdad?

Cogí un par de bandas elásticas y un rodillo de espuma —objetos mundanos, anclas a la realidad— y caminé hasta la colchoneta de ejercicios.

Los dejé en el suelo con un cuidado exagerado.

—¿Y ya está? —su voz a mi espalda era un murmullo incrédulo—. ¿Cómo que ya está?

Lo ignoré.

—Hoy vamos a empezar con unos estiramientos suaves.

—Madison, joder —se puso delante de mí.

Intentó cogerme la mano, pero la retiré como si quemara.

—Sé profesional, Jude.

—¡Oh, no me jodas con eso! —exclamó—. ¿De qué va esto, Madison? ¿A qué coño estamos jugando?

—¿De qué va qué? Soy tu fisioterapeuta. Y esta es tu sesión —miré el reloj de la pared, un gesto deliberadamente profesional—. Y ya vamos con diez minutos de retraso.

—¡A la mierda la sesión! —gruñó—. Tenemos que hablar.

—No creo que tengamos nada de qué hablar, Jude.

—¿Ah, no? —una risa amarga escapó de sus labios—. ¿De verdad que no? Follamos ayer, Madison.

Como si pudiera olvidar ese pequeño detalle.

—Sí, lo hicimos —repliqué, mi voz era puro hielo—. Igual que lo haces con docenas de mujeres. No creo que te sientes a "hablar" con cada una de ellas a la mañana siguiente.

Y yo no iba a ser especial, ¿verdad?

—Madison —había una advertencia en su tono.

—Sexo sin compromiso se llama, ¿no? —lo miré, desafiante—. Entre nosotros no tiene por qué ser diferente.

Su mandíbula se tensó, sus ojos se oscurecieron.

—Supongo que estarás muy acostumbrada a tener aventuras de una noche —espetó, su voz destilaba sarcasmo.

—No tanto como tú, seguramente. Pero una tiene su historial —respondí, manteniendo la fachada de indiferencia.

—Ya… —se apretó el puente de la nariz y cerró los ojos un instante. Cuando los volvió a abrir, el sarcasmo había desaparecido. Su mirada era seria, directa—. ¿Eso es lo que quieres de verdad? ¿Que todo esto se quede en algo esporádico? ¿En un polvo?

—Es como debe ser.

—No es eso lo que te he preguntado, Madison —su voz era un murmullo bajo, insistente—. Te he preguntado si es lo que quieres.

El silencio se alargó. Mi garganta se secó.

Asentí, un movimiento casi imperceptible.

—Sí.

—Bien —su expresión no cambió—. ¿Y qué pasa si eso no es lo que yo quiero?

—Jude, no…

Pero ya era tarde. Se acercó a mí, su mano encontró mi cintura y me pegó a su cuerpo con una posesión que no admitía réplica. Su erección, ya presente, dura contra mi vientre, me arrancó un jadeo involuntario.

—Estaba deseando volver a besarte —susurró, y su boca reclamó la mía.

Un beso tan lento y profundo que fue pura tortura.

—Tocarte… —su mano buena bajó y apretó mi culo, pegándome aún más a él, haciéndome gemir contra sus labios—. Veo que no soy el único que quiere repetir.

Pero el placer fue un catalizador para el pánico. Me tensé de nuevo, violentamente.

Jude separó nuestros rostros, me miró a los ojos, y su expresión se endureció.

—Joder —dijo, separándose de mí de golpe—. ¿Qué coño te pasa?

—No me pasa nada.

Pero sí me pasaba, claro que me pasaba. Me había pasado toda la noche en vela, dándole vueltas.

Y aquello… no podía ser.

Simplemente no podía.

—¡Y una mierda que no te pasa nada! —se pasó la mano por el pelo, frustrado hasta el límite.

—Jude, lo de ayer…

—No lo digas —me interrumpió, su voz era un gruñido bajo y peligroso—. Ni se te ocurra decir que el mejor sexo de mi vida fue un error.

—¿No crees que estás exagerando un poco?

—¡NO! —gritó, y el eco de su voz me hizo estremecer —¿Tú crees que estoy exagerando? —repitió—. ¿De verdad es eso es lo que crees?

Me pasé una mano por la cara, un gesto de puro agotamiento.

—Todo esto es… demasiado —dije, mi voz era un hilo—. Lo de ayer fue un error. No debió pasar.

—Un error —su voz era un murmullo cargado de un dolor que no supe cómo afrontar—. Así que eso es lo que fue para ti. Un error.

—Sabes perfectamente que esto es una locura. Soy tu fisioterapeuta. Tú eres el hermano de mi exprometido. Hay un millón de razones por las que esto está mal.

—Nómbrame una que importe de verdad ahora mismo.

—Hasta hace unos días estaba con tu hermano —espeté, desesperada.

Su mandíbula se tensó, un músculo saltando bajo su piel.

—He dicho una que me importe.

—Adam te importa —repliqué—. Te importa demasiado.

Ambos sabíamos que era verdad. Era su única debilidad.

—Claro que me importa. Es mi hermano —dio un paso hacia mí, su mirada intensa—. Y jamás haría nada que pudiera hacerle daño. Pero tú ya no eres nada suyo, ¿verdad? Lo dejaste. Se acabó.

Hizo una pausa, y su voz bajó, volviéndose afilada.

—Entonces, ¿por qué coño parece que te importa él más a ti que a mí?

—¿Pero tú has pensado en lo que dirá la gente? ¡Hasta hace unos días nos odiábamos, Jude, por el amor de Dios! —exclamé entonces, dándole otra razón.

—Pues no nos debíamos de odiar tanto cuando terminamos follando como putos animales, ¿no te parece? —replicó.

—¡Sí, Jude, follamos! —gruñí—. ¡Pero no puede volver a pasar!

—¿Por qué no? —dio un paso hacia mí—. Me deseas. Te deseo. Es la única verdad en todo este circo.

—¡Porque yo…! ¡Porque tú…! —lo señalé de arriba abajo, frustrada, incapaz de poner en palabras el caos que sentía—. Simplemente no puede ser. ¿Es que no lo ves? No encajamos.

Me miró. Un instante. Dos.

Y entonces, lentamente, levantó su mano buena y la dejó caer a su costado en un gesto de absoluta rendición.

—No, Madison. No lo veo —dijo, y había una decepción tan profunda en su voz que me golpeó como una bofetada—. Pero ¿sabes lo que sí veo?

No quise preguntar. Me quedé ahí, inmóvil, esperando la estocada final.

Sus ojos, implacables, se clavaron en los míos.

—Veo a una cobarde.

La palabra fue un golpe bajo. Certero.

Me dolió. Me dolió como pocas cosas me habían dolido nunca, porque era verdad.

Pero lo que me destrozó de verdad fue la decepción cruda, sin filtros, que vi en sus ojos.

Aun así, no podía. Aquello no podía volver a repetirse.

Era su fisioterapeuta. Él era mi paciente.

Era la exprometida de su hermano.

¡¿Qué iba a decir la gente?!

¡Nos odiábamos!

Nuestra relación no era un campo de rosas; era un campo de minas. Y uno o varios polvos increíbles no iban a desactivarlas. Solo las harían más peligrosas.

Pensé que él lo vería igual. Que entendería.

Jamás imaginé que…

—Y puede que yo sea el mayor gilipollas que te vayas a encontrar en tu vida, Madison —continuó—. Pero no soy un cobarde.

Dio un paso hacia mí, su mirada intensa, implacable.

—Yo sí sé lo que quiero.

—Estás confundiendo las cosas —susurré, era mi única defensa.

—No. Tú las estás enterrando bajo esa capa de indiferencia fría que te has puesto esta mañana —dio un paso hacia mí, su voz era una mezcla de frustración y dolor—. No sé qué coño ha pasado desde que me fui de tu casa ayer, desde que me regalaste esa última sonrisa medio dormida con la que he soñado toda la noche. Así que no, Madison. No me vendas la moto del "sexo de una noche". Tú no eres de esas. No te habrías acostado conmigo si pensases que solo sería un rollo de una noche. Y yo no habría estado contigo si solo hubiera querido eso.

Se pasó una mano por el pelo, exasperado.

—De verdad que no sé qué mierda has estado pensando. ¿En Adam? ¿En el qué dirán? No lo sé. Lo que sí sé es que seguro que no has pensado en mí. O quizás sí. En el Jude de siempre. El boxeador que tanto odias.

Hizo una pausa, y vi cómo tragaba saliva, cómo le costaba seguir.

—Pero pensé… Tonto de mí, pensé que estabas empezando a ver algo más. Que no soy solo el tipo que se sube al ring. Que no soy solo el gilipollas que he sido contigo. Y que por eso lo de ayer…

Se calló, dejando la confesión a medio terminar, y tragó saliva.

Yo también tragué saliva, pero el nudo en mi garganta era tan grande que apenas podía respirar.

—Supongo que ha sido todo cosa mía —dijo finalmente, su voz era ahora un murmullo hueco—. Quizás sí he exagerado las cosas. Pero para mí… para mí no fue un polvo sin más, Madison. Quería más. Joder, quiero más. Pero esto es cosa de dos.

Oh, Dios mío…

—A mí me importa una mierda lo que piense la gente. Me importa una mierda lo que piense mi hermano. Es evidente que a ti no. Y no puedo hacer nada para convencerte de lo contrario —me miró, y la intensidad de antes había sido reemplazada por una resignación helada—. Sean cuales sean tus razones, si de verdad lo de ayer fue solo una noche, o si querías más y te has arrepentido… La cuestión es que es tu decisión. Y tengo que respetarla.

Y entonces lo vi. Como si se pusiera una máscara física, su rostro se cerró. La vulnerabilidad desapareció, reemplazada por la familiaridad de la arrogancia.

—Bien… —dijo, su tono ahora ligero y sarcástico—. ¿Qué nos toca hoy? Espero que no me vayas a poner a hacer esas sentadillas de mierda otra vez.

Había vuelto. El Jude de siempre. El de las barreras. El irónico. El que yo podía manejar.

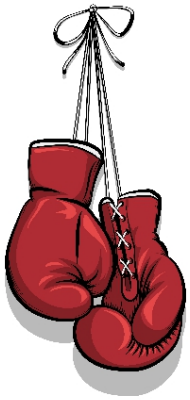
—Jude… —empecé a decir, mi voz temblorosa—. Si prefieres que deje la terapia…

—Seamos profesionales, Madison —me cortó—. En este gimnasio, somos una fisioterapeuta y un paciente que necesita curarse. Haz tu trabajo. Yo haré el mío.

Asentí lentamente, incapaz de decir nada más.

Pero ¿podría hacerlo?

¿Podía ignorar que acababa de romperme el corazón a mí misma?



Capítulo 17
JUDE

No. Aquello no era fácil. Claro que no.

Tenerla cerca ahora era una puta tortura. Mucho peor que cuando creía odiarla. Porque el odio era simple. Era limpio.

Esto... esto era un puto desastre.

Porque ahora, aunque sonara a la mayor gilipollez del mundo, tenía el corazón roto.

No era una metáfora. Joder, casi podía sentirlo físicamente. Una presión sorda en el pecho que no tenía nada que ver con mi hombro.

Sí. Sentía algo por esa mujer. Lo que le había dicho era verdad. No fue solo un polvo. No era solo la necesidad animal de meterme dentro de ella, de tocarla, de besarla.

Era más.

Era ese rato después de la terapia, sentados en el suelo del gimnasio, compartiendo una botella de agua y una conversación sin filtros.

Eran los secretos que nos habíamos contado el uno al otro, piezas rotas de nuestro pasado que encajaban de una forma extraña.

Eran sus risas inesperadas. Sus sonrisas, las de verdad, no las profesionales.

Echaba de menos a esa Madison. La que había vislumbrado. Pero esa Madison se había vuelto a esconder detrás de su armadura de "fisioterapeuta".

Igual que el Jude que se había abierto a ella. También se había ido. Y no sabía si volvería.

—¿Estás bien? —la voz de Rick me sacó del abismo en el que me había sumergido.

Levanté la vista del plato de pasta que llevaba cinco minutos removiendo sin probar. Estábamos en un pequeño restaurante italiano que él había elegido, una parada estratégica antes de ir a la clínica para librarme de los malditos puntos.

—Lo estaré en un rato —mi voz sonó más áspera de lo que pretendía—. Cuando me quiten esta tortura del brazo.

—El brazo va a seguir igual de inútil durante un tiempo, Jude —me recordó, sin una pizca de compasión.

Era Rick, al fin y al cabo.

—Sí, pero al menos podré quitarme esta mierda —mascullé, moviendo con torpeza el brazo con el cabestrillo.

El simple gesto me provocó una punzada de dolor y frustración. Odiaba sentirme tan limitado.

Rick dejó su tenedor en el plato. Me observó con esa mirada analítica que usaba cuando sabía que algo iba mal.

—No me refería al brazo.

Tragué saliva, forzándome a llevarme un bocado a la boca. La pasta se convirtió en una masa insípida que me costó tragar.

—¿A qué te referías, entonces? —pregunté, intentando que mi boca llena me diera una excusa para no mirarlo a los ojos.

No funcionó.

—A Madison. ¿Ha pasado algo?

La pregunta me golpeó como un puñetazo en el estómago.

Viejo zorro. Se le escapaban muy pocas cosas.

Dejé el tenedor y cogí el vaso de agua, necesitando algo que hacer con las manos, algo para anclarme.

—¿Qué podría pasar? —repliqué.

—No lo sé —dijo, sin apartar los ojos de mí—. Los últimos días la veo extraña. Incluso me ha dado la impresión de haberla visto llorando al marcharse en un par de ocasiones.

¿Había llorado?

¿Por qué iba a llorar?

Se me escapó una risa amarga, silenciosa, que murió antes de nacer.

Desde luego, no será por haberme roto el corazón.

Me encogí de hombros, un gesto que esperaba que pareciera indiferente.

—No tengo ni idea —mentí.

Rick me sostuvo la mirada, y supe que él sabía perfectamente que estaba mintiendo. Y yo sabía que él lo sabía.

Pero todavía no podía contarle nada. Aún no. Era demasiado reciente. La herida estaba demasiado abierta.

—¿Seguro?

—Sí —respondí, tajante.

El asentimiento de cabeza de Rick se quedó a medias cuando su mirada se fijó en un punto por encima de mi hombro.

—Entonces, ¿por qué está ella mirándote ahora mismo como si acabase de ver a un fantasma?

No pude evitarlo. Fue un acto reflejo, una traición de mis propios nervios.

Me giré de golpe.

En esa milésima de segundo, una voz en mi cabeza gritó: *Mierda, Jude, la cagaste. Caíste de lleno en la trampa del viejo zorro*.

Pero no. Era verdad.

Allí estaba ella. Congelada a unos metros de nuestra mesa, con la cara tan pálida que parecía que toda la sangre se le hubiera escurrido hasta los pies.

Y no era la Madison del gimnasio, la de la coleta desordenada y la ropa de deporte. Iba… impecable. Llevaba un vestido rojo que se ceñía a su cuerpo. El pelo caía en ondas suaves sobre sus hombros y su rostro estaba maquillado, no en exceso, pero lo suficiente para resaltar sus ojos, que ahora mismo me miraban con una mezcla de pánico y algo más que no supe descifrar.

Y entonces, como si surgiera de la nada, Adam apareció a su lado.

Mi hermano se detuvo junto a ella y, con una naturalidad que me revolvió el estómago, le posó una mano en la cintura.

—¿Nos sentamos? —le preguntó, y solo entonces siguió la dirección de su mirada paralizada.

—¡Jude! —exclamó Adam, con una sonrisa de genuina sorpresa—. ¡Qué casualidad encontrarte aquí!

—Adam… —me levanté, casi por inercia, y le di un abrazo torpe con mi brazo sano—. Madison —la saludé.

Un torbellino de preguntas sin respuesta me asaltó, cada una más dolorosa que la anterior.

¿Qué coño hacía con él?

¿Por qué se había arreglado tanto? ¿Para él?

Me había hecho pedazos, ¿y ahora estaba con mi hermano? ¿Con el hombre que la había engañado y destrozado a ella antes?

¿No quería estar conmigo por él? ¿Seguía enamorada de él?

¿Era una broma macabra?

¿O es que el mundo había decidido volverse loco y yo era el último en enterarme?

—No sabía que estaríais aquí —dijo Adam, ajeno a la corriente eléctrica que nos atravesaba.

Un carraspeo.

—¿Jude?

Aparté la vista de Madison a la fuerza, y miré a mi hermano.

Joder, Jude, contrólate. ¡No seas tan evidente!

—Eh, sí. Ha sido cosa de última hora. El viejo insistió.

—Te quitas los puntos ahora, ¿no? —preguntó Adam.

Miré de reojo a Madison. Joder, estaba preciosa, no podía dejar de mirarla.

Al parecer, ella a mí tampoco. Lo intentaba, desviaba la miraba, miraba a Adam, a Rick, pero terminaba mirándome a mí.

¿Avergonzada?

Sí, se le notaba en el leve rubor que le subía por el cuello.

¿Nerviosa?

Joder, sí. Tenía los dedos de una mano jugueteando con la correa de su bolso.

—Sí —mi atención se desvió hacia Adam por un instante, aunque mi periferia seguía anclada en ella—. En un rato podré deshacerme de esto.

—Será más fácil para la terapia —dijo Adam.

Noté que su mano volvía a estar en la cintura de Madison. El gesto era posesivo, casual, y me quemaba la retina.

Se inclinó, acercando su rostro al oído de ella.

—¿Verdad, Madison?

Ella sonrió. Fue una sonrisa tirante, minúscula y tan falsa que dolió verla.

Yo apreté la mandíbula con fuerza.

—Sí. Está deseando curarse, lo hará pronto —dijo ella, y su voz fue un murmullo.

—¿Os queréis sentar? —ofreció Rick.

—No, tenemos que hablar —dijo mi hermano—. Nos vemos después en casa.

—Bien… —asintió Rick.

—Madison… —la mano que no se había despegado de su cintura la empujó con suavidad, un gesto de posesión y control para que empezara a caminar.

Estaban a punto de irse, de dejarme allí con un millón de preguntas envenenadas en la cabeza. No podía permitirlo. Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas, un misil cargado de veneno.

—¿Y Susana? —pregunté. Mi voz sonó cortante, helada, rompiendo la frágil cortesía.

El efecto fue inmediato. Se congelaron en el sitio.

Bajo la mano de mi hermano, sentí, más que vi, cómo el cuerpo de Madison se ponía rígido.

Mi hermano se giró lentamente. Madison seguía de espaldas, una estatua de tensión.

La sonrisa de Adam no había desaparecido; si acaso, se había ensanchado un ápice.

—Te cuento después.

No hubo más. Se giró de nuevo y, con esa mano todavía anclada en la cintura de ella, la condujo hasta una mesa no muy lejos de la nuestra.

Me quedé de pie, mudo, viéndolos sentarse.

—Jude…

Miré a Rick. No me había dado cuenta de que seguía de pie, el puño apretado al costado.

Él ya estaba sentado, observándome con una expresión indescifrable.

—¿Terminamos de comer?

—Eh sí, sí, claro.

Me senté.

—Así que no pasó nada, ¿eh?

Por supuesto que se había dado cuenta. Hasta un ciego habría notado la tensión que se podía masticar en el aire. Lo increíble era que Adam no se hubiese dado cuenta de nada.

O era el mejor actor del mundo o un completo idiota que no se enteraba de nada.

Aparté el plato con un empujón. El apetito se me había esfumado, reemplazado por un nudo de rabia y náuseas.

—No quiero hablar de eso ahora —dije, con la voz ahogada—. Ni siquiera tengo hambre. ¿Nos vamos ya?

Rick negó con la cabeza sin dejar de mirarme.

—Yo sí tengo hambre.

Y para demostrarlo, se llevó un bocado a la boca y empezó a masticar con una lentitud deliberada, casi sádica.

Era una mentira. Rick siempre comía como si el mundo se fuera a acabar.

Sabía exactamente lo que estaba haciendo: me estaba acorralando. Estaba tensando la cuerda para ver hasta dónde podía aguantar antes de romperme.

Que no tire mucho, pensé, sintiendo un temblor en la mano que tenía bajo la mesa, *porque estoy a punto de perder el puto control*.

Cómo no hacerlo cuando estaban allí, juntos.

La imagen me quemó por dentro. Adam le decía algo, y ella se echaba hacia atrás, riendo. Estaban como siempre. Como si el engaño de él, el dolor de ella y lo que había pasado entre nosotros no hubiera pasado.

Como si yo no hubiera existido.

¿Pero qué estaba pasando ahí?

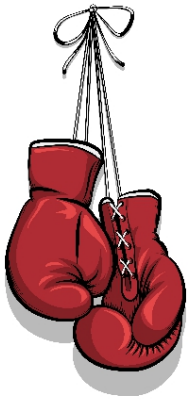
¡Él iba a tener un hijo con otra, por el amor de Dios!

Apreté la mandíbula, clavando las uñas de mi mano sana en la palma. Estaba a un segundo de levantarme y largarme de allí, con Rick o sin él.

Y entonces la vi.

Se levantó y empezó a caminar.

Joder. Mira por dónde, quizá iba a tener algunas respuestas después de todo.



Capítulo 18
MADISON

Estaba a dos pasos del baño cuando una mano se cerró como un cepo en mi brazo y tiró de mí. Un grito ahogado murió en mi garganta cuando otra mano, grande y áspera, me tapó la boca.

El pánico me inundó.

—Soy yo —un susurro ronco en mi oído.

Jude.

—¿Pero qué haces, estás loco? —mi voz fue un siseo.

El aire olía a lejía rancia y a trapos húmedos. Una bombilla solitaria parpadeaba sobre nuestras cabezas, iluminando cubos de plástico y el mango de una fregona.

—Vaya, qué romántico. ¿El cuarto de la limpieza?

La puerta se cerró con un clic que retumbó en el silencio.

—Ahórrate el sarcasmo —se plantó delante de mí.

Su cara era una máscara de furia y algo más, algo que parecía pura incredulidad.

—¿Qué coño haces con mi hermano, Madison?

—No creo que sea el lugar indicado para explicarte nada. Ni siquiera creo que tenga que explicarte nada.

Su mano sana se estrelló contra la pared, justo al lado de mi cabeza.

Me quedé enjaulada entre la pared fría y su cuerpo, que ardía de rabia.

—No estoy para jueguecitos, Madison.

—Yo no estoy jugando.

Una risa amarga, un sonido gutural que no tenía nada de gracia, vibró en su pecho.

—Ah, ¿no? Perdona, debe de ser mi error. Pensé que estabas jugando a la familia feliz. Con el tipo que te dejó hecha un trapo, el que va a tener un hijo con otra. Y tú te pones ese vestido, ese puto vestido rojo, para él. Como si nada —su mirada me quemó, recorriendo la tela como si quisiera arrancármela—. Y dejas que te toque delante de mí como si fueras su trofeo. Dime, Madison, ¿esa parte no es asunto mío?

—No sabía que yo fuera asunto tuyo —le solté.

Vi el impacto directo en sus ojos. La rabia se esfumó y dejó paso a un dolor tan desnudo que me revolvió el estómago.

Quise morirme.

—No, no lo eres —confirmó, y fue como si todo el aire se le escapara del cuerpo. Se derrumbó contra mí—. Pero joder, Madison, tampoco eres asunto suyo. Mierda…

Gimió, un sonido roto, y su frente buscó la mía. Cerró los ojos con fuerza.

—¿Por qué? —susurró, y la pregunta no era una acusación, era una súplica.

—Jude… —se me partió la voz.

Su mano, la buena, subió despacio por mi cadera. Sus dedos se detuvieron justo en la curva de mi cintura, quemándome a través de la tela. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo. Su pulgar empezó a dibujar círculos lentos, posesivos, justo en ese punto.

—Te estaba tocando aquí —su voz era un susurro grave—. ¿Por qué coño le dejas que te toque?

Abrió los ojos y me taladró con la mirada.

Oscura, furiosa, rota.

—Perdió ese puto derecho en el momento en que se folló a otra. Y lo sabes —se inclinó un poco más, su aliento rozando mi mejilla—. Además, seamos sinceros, él nunca supo cómo hacer que te corrieras. ¿O ya se te ha olvidado?

La humillación y la rabia me subieron por la garganta como bilis.

—Eres un puto gilipollas —gruñí, y le di un manotazo en el pecho con la mano libre para apartarlo.

Fue como golpear una pared de hormigón. Ni se inmutó.

—Nunca he dicho lo contrario —replicó, y una media sonrisa, cruel y arrogante, se dibujó en sus labios.

Me sostuvo la mirada un instante, negó con la cabeza y, finalmente, se separó de mí, pasándose una mano por el pelo.

—¿Por qué? —preguntó de nuevo, y el dolor volvió a inundar su mirada—. Joder, Madison, ¿por qué?

—Jude…

—Es que necesito entenderlo, solo eso. Necesito entender qué coño haces con ese capullo.

—Ese capullo es tu hermano —le recordé en voz baja.

—Lo que no quita que sea un capullo de manual —masculló, pasándose la mano por la cara—. Es la persona que más he querido en mi vida, Madison. Jamás le haría daño.

—Lo sé —susurré.

No hacía falta que lo dijera.

—Y hoy he querido hacérselo.

—Jude…

—He querido partirle esa maldita mano con la que te estaba tocando —dijo, y su voz era pura rabia—. Hoy, por primera vez en mi vida, he odiado a mi hermano.

—No digas eso.

—¡Es la verdad! —exclamó— Es la maldita verdad. Así de celoso. Así de gilipollas. Estuve a punto de arrancarte de sus brazos, de arrastrarte al primer rincón oscuro que encontrara, de subirte ese maldito vestido rojo que llevas puesto para él y follarte hasta que mi nombre fuera lo único que pudieras gritar.

El silencio se cargó de electricidad. Me sostuvo la mirada, con el pecho subiendo y bajando, agitado.

No sé quién dio el primer paso. No sé cómo ocurrió.

Un instante después, sus labios se estrellaron contra los míos. Nos devorábamos la boca como si no hubiera un mañana, como si el mundo entero se hubiera reducido a ese beso desesperado.

—Jude… —gemí contra sus labios.

Un gruñido gutural vibró en su pecho.

—Sí —dijo él, con la voz ronca—. Ese es mi nombre.

Y volvió a besarme, esta vez con una desesperación que me robó el aliento.

Y entonces todo pasó a la vez. Su mano sana bajó como un rayo, se enganchó en el dobladillo de mi vestido y lo subió de un solo tirón, sin pedir permiso, sin darme tiempo a reaccionar.

La pared estaba helada contra mi piel desnuda.

Antes de que pudiera procesarlo, su mano ya estaba allí, dentro de mis bragas.

Se quedó quieto un segundo, como si estuviera confirmando algo.

—Joder, Madison... —gruñó, y el sonido fue una mezcla de triunfo y rabia—. Estás empapada. Y sé que esto no es por él —confirmó.

No, no era por Adam.

Su pulgar se movió, lento y torturador, justo sobre mi clítoris. Un gemido se me escapó.

Mi cadera se movió por instinto, buscando más presión, más de él.

Una sonrisa amarga y rota curvó sus labios.

—Tu cuerpo no miente, Madison.

Y con eso, se acabó la conversación.

Metió un dedo dentro de mí. Un segundo dedo se unió al primero, abriéndome.

—Joder, Jude…

—Córrete, nena —gruñó contra mi cuello.

Sus dedos se movían con una pericia brutal, un ritmo castigador que me estaba desarmando por completo.

El nudo en mi vientre se tensó hasta el punto de doler.

Empujó más profundo mientras su pulgar seguía torturando mi clítoris con una presión implacable. Me estaba llevando al límite.

—Mírame —ordenó.

Obedecí. Mis ojos se encontraron con los suyos, oscuros y posesivos. Vi mi propio deseo salvaje reflejado en ellos.

Y eso fue todo.

Esa conexión, esa verdad desnuda entre nosotros, fue lo que me empujó al vacío.

Una ola de calor puro y devastador me reventó por dentro. Mi espalda se arqueó con violencia. Mordí con fuerza su hombro para ahogar el grito que me desgarraba la garganta, mientras los espasmos me sacudían sin piedad, uno tras otro, robándome el aliento, la cordura, todo.

No apartó la mano. Siguió dentro de mí, sosteniéndome, obligándome a sentir cada réplica de mi propio placer hasta que el último temblor se desvaneció y me quedé flácida contra él, con la cabeza apoyada en su pecho, jadeando.

El único sonido en el pequeño cuarto era el de nuestras respiraciones agitadas, mezclándose en el aire denso que olía a lejía y a nosotros.

Un momento después, Jude sacó los dedos de mi interior, de golpe, y se separó de mí. Abrí los ojos lentamente y me encontré con los suyos.

—Luces preciosa cuando te corres —dijo, su voz plana, carente de toda emoción, mientras sus ojos me analizaban sin parpadear.

Suspiré pesadamente, un temblor me recorrió la garganta. Cerré los ojos un instante, buscando un segundo de tregua, antes de volver a mirarlo.

—¿Te has encargado de que se note? —pregunté, mi voz era apenas un susurro.

—Espero que se dé cuenta, sí —confirmó, y una punzada de rabia pura brilló en sus ojos.

No había ni una pizca de arrepentimiento en su voz. Solo una frialdad cortante que me heló hasta los huesos.

Lo miré, sintiendo un nudo crecer en mi garganta. Desvié la mirada justo cuando mis ojos empezaban a picar, rogando por dentro que él no viera las lágrimas que se acumulaban.

Y no lo vio. O no le importó.

—No hace falta que lo digas, Madison —su voz era dura—. Esta vez, te daré la razón. Esto… —su mirada barrió el cuartucho, como si quisiera quemar el recuerdo de lo que acababa de pasar— Esto es un error. Un puto error.

Lo miré entonces, mi sorpresa se mezcló con un escalofrío que me recorrió el cuerpo entero. El odio que vi en sus ojos, un odio que ni siquiera cuando creí que me detestaba de verdad había visto nunca. Era frío, implacable, dirigido a sí mismo tanto como a mí.

—No te preocupes —dijo—. No volverá a pasar.

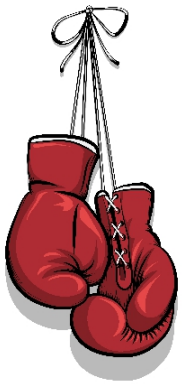
Y sin decir una palabra más, sin una sola mirada de despedida, se dio la vuelta.

—Jude, no.

La puerta se cerró con un golpe sordo, dejándome sola en aquel lugar.

Y solo en ese momento, cuando su presencia se hubo desvanecido por completo, me permití desmoronarme.

Lloré. Lloré hasta que no me quedó ni una sola lágrima más por derramar.



Capítulo 19
JUDE

La gente cree que lo mío es dar hostias. Y sí, va de eso. Pero no es solo eso.

Para mí, luchar ha sido siempre mi terapia.

Los que están sentados fuera, gritando con una cerveza en la mano, me la sudan. Son ruido de fondo, como la tele en otra habitación. Sabes que está ahí, pero no le haces ni puto caso.

Cuando suena esa campana, el mundo se encoge. Se convierte en un cuadrado de lona, un par de cuerdas y el capullo que tienes delante intentando apagarte las luces.

Y en ese caos, yo encuentro mi paz.

Que te metan una buena hostia... Joder, es como un reset. Te pegan un viaje en la mandíbula y por un segundo se apaga todo.

Toda la mierda que tienes en la cabeza: Madison, mi hermano, este puto brazo inútil.

PUM.

Silencio.

Solo notas el sabor a sangre en la boca y un pitido, y de repente te das cuenta de que o espabilas o te vas a dormir. Un buen puñetazo te obliga a dejar de pensar gilipolleces y a centrarte en lo único que importa: sobrevivir al siguiente segundo.

Es lo más honesto del mundo.

Dar un golpe es distinto. No es solo rabia.

Un buen golpe es... Joder, es la hostia. Es cuando todo encaja. Los pies en la lona, la cadera que gira, el hombro que explota.

No es fuerza bruta, es control.

Es el único momento en que siento que tengo el puto control de algo en mi vida. Es poner orden a base de cojones.

Pero lo peor de todo es esto. No poder luchar.

Después de un combate, estás hecho mierda, te duele hasta el alma, pero la cabeza... la cabeza está en paz. Te has vaciado. Has soltado toda la porquería en la lona y te quedas limpio por dentro.

Ahora, con este brazo jodido, estoy atrapado.

Toda la rabia, toda la frustración, todos los celos no tienen a dónde ir. Se quedan aquí dentro, fermentando.

Es como tener un puto animal enjaulado en el pecho, arañando para salir.

Y como no puede, me jode a mí por dentro, me envenena.

Cada vez que pienso en ella, siento el golpe, pero no puedo devolverlo. Me lo tengo que tragar. Y se me está haciendo una bola en la garganta.

La gente piensa que los boxeadores tenemos miedo a que nos noqueen. Menuda gilipollez.

El verdadero miedo es no poder subir al ring. Es quedarte quieto. Porque cuando estás quieto, no hay a dónde correr. Y tienes que escuchar toda la puta mierda que tienes en la cabeza.

Y la mía estaba gritando muy fuerte.

Estaba en el gimnasio. El aire olía a lo de siempre, a sudor rancio y a cuero, un olor que para mí era como estar en casa. Me quité la camiseta y la tiré a un rincón.

El brazo se sentía raro sin el cabestrillo. Ligero y a la vez completamente inútil.

Un puto adorno.

Lo moví un poco y una punzada de dolor me recordó que no estaba ni a medio camino de poder usarlo de verdad.

Un peso muerto.

Me planté delante del saco. Un cilindro de cuero pesado y gastado, mi confidente más antiguo. Mi postura era una mierda. Sin el contrapeso del otro brazo, sin poder levantar la guardia como es debido, todo se sentía torpe, desequilibrado.

Pero me daba igual. No estaba aquí para entrenar. Estaba aquí para vaciarme.

Lancé el primer golpe con el brazo bueno, un *jab* rápido y seco.

PAM.

El saco apenas se movió. La vibración me recorrió el brazo.

Cerré los ojos un segundo. La imagen de la mano de mi hermano en su cintura.

PAM.

Más fuerte. El saco se balanceó, protestando con un gemido de las cadenas que lo sujetaban al techo.

Su sonrisa. Esa puta sonrisa tirante y falsa que me había reventado por dentro.

PAM. *PAM*.

Una combinación rápida. Ya no pensaba en la técnica. Solo en el impacto.

Por ser el gilipollas que la había acorralado en ese puto cuarto de la limpieza. ¡Si es que era un bruto!

PAM.

Por haberla humillado. Por haberme humillado a mí mismo.

PAM.

Por su mentira. Por mi ceguera. Por el puto vestido rojo.

PAM. *PAM*. *PAM*.

El sudor me empapaba la frente y me picaba en los ojos. Mis pulmones ardían, pidiendo aire. Mi hombro bueno gritaba, pidiendo tregua. El otro brazo colgaba a mi lado, un recordatorio constante de mi debilidad.

Odiaba ese brazo inútil. Odiaba sentirme tan limitado, tan jodidamente impotente.

PAM. *PAM*. *PAM*.

Ya no era boxeo. Era una carnicería.

Mis nudillos empezaban a doler, la piel se estaba pelando, pero seguí.

Cada golpe era una palabra que no podía decir, una frustración que me estaba ahogando. El sonido sordo de mis nudillos contra el cuero era la única conversación que me interesaba tener.

Madison.

PAM.

Madison.

PAM.

Madison.

PAM. *PAM*. *PAM*.

—Susana no está embarazada.

El impacto de mi último golpe fue tan brutal que el saco se estrelló contra el soporte de metal y rebotó hacia mí. No me aparté. Dejé que me golpeara en el pecho, sin fuerza, como un empujón cansado de un amigo borracho.

Me quedé ahí, jadeando, con la frente apoyada en el cuero frío y húmedo por mi sudor. El único sonido era mi propia respiración.

—Jude, ¿me has oído?

—Claro que te he oído —gruñí sin darme la vuelta—. Estoy intentando decidir si darte la enhorabuena o partirte la puta cara por interrumpirme.

Me separé del saco y por fin lo miré. Mi hermano estaba con una media sonrisa en su rostro.

—Supongo que la enhorabuena puede esperar —añadí con todo el sarcasmo que pude reunir.

Su sonrisa se ensanchó. Se acercó a mí, extendí el brazo para que me ayudara a deshacerme del guante.

—Anda que has tardado mucho. Si Madison te viera, te cosa ella misma otra vez —resopló, y su tono era una mezcla de burla y algo más.

Me tensé de inmediato. Mi cuerpo entero se puso en alerta. No quería hablar de ella. Menos aún con él.

No sabía si podría soportarlo.

Adam desató con paciencia el velcro grueso y tiró del guante hasta liberarme la mano. Luego empezó a desenrollar la venda, la tira larga de tela que me protegía los nudillos y la muñeca.

—Gracias —dije cuando terminó.

—De nada.

Lo seguí hasta el pequeño frigorífico del rincón y acepté con gusto la botella de agua fría que me ofrecía. El plástico frío contra mi palma fue casi tan bueno como el primer trago.

—¿Cómo es eso de que no vas a ser padre? —pregunté.

—Resulta que nunca lo he sido.

Enarqué las cejas.

—¿Te ha engañado?

—Ajam…

—Joder —mascullé, apoyándome en la pared. No me lo podía creer—. Vaya con Susanita. ¿Y cómo te has enterado?

Adam se encogió de hombros.

—Soy bastante perspicaz, ya sabes —demasiado, sí—. La verdad es que siempre tuve mis dudas —hizo un gesto vago con la mano—.

Y bueno, al final la acorralé y cantó. No me equivoqué.

—Eres un puto desgraciado con suerte —negué con la cabeza.

—No me digas —rio.

Al menos se lo tomaba con humor. Yo probablemente estaría destrozando un saco de boxeo.

—¿Contento? —pregunté, aunque la respuesta era obvia.

Adam dejó escapar un suspiro pesado.

—No estaba preparado para ser padre, Jude. Ni de coña. Así que sí, ha sido un alivio de cojones.

—Me imagino.

Asentí, pero mi mente ya estaba a toda velocidad, en otra parte. El alivio de Adam era el detonante. La pieza que faltaba en el puzle que mi cabeza, envenenada y celosa, llevaba horas construyendo.

¿Por eso fuiste a buscarla?

En cuanto te libraste del problema, corriste a por ella. Para pedirle una segunda oportunidad. Para recuperar lo que perdiste.

Por eso la comida.

Por eso el vestido.

Por eso tu puta mano en su cintura.

Apreté la botella de plástico ya vacía con tanta fuerza que crujió. El ruido hizo que Adam me mirara, con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Estás bien? Tienes una cara de perro que no puedes con ella.

Forcé una sonrisa que debió de parecer una mueca.

—Cansado, es todo. Darle al saco con un solo brazo es una mierda.

Él asintió, aceptando mi mentira sin rechistar.

—Voy a ducharme, nos vemos después.

Me di la vuelta, con la única intención de largarme de allí antes de que mi boca hiciera algo estúpido.

—¿No vas a preguntarme, Jude?

—¿El qué? —pregunté mientras seguía caminando, sin girarme a mirarlo.

—Por qué estaba con Madison.

Me quedé quieto en el sitio. Apreté la mandíbula con fuerza.

—¿Por qué coño iba yo a interesarme por…?

—Relaja esos puños, anda —me interrumpió, y su tono era casi divertido—. No fui a pedirle una segunda oportunidad, así que no vas a tener que romperme la cara.

Me giré de golpe, sintiendo la sangre subir a la cabeza.

—¿Pero qué dices?

Adam puso los ojos en blanco.

—Joder, tío, eres tan transparente que duele —resopló—. Deberías controlar eso. Eres un libro abierto cuando de emociones... No —se corrigió a sí mismo, negando con la cabeza—. Eres un libro abierto cuando se trata de ella.

—No sé de qué coño hablas —solté, demasiado rápido, demasiado alto.

—Sí, claro. Y yo soy virgen —puso una mueca de asco—. De verdad, eres patético cuando te enamoras.

—¡Yo no estoy enamorado! —exclamé—. ¡Y menos de... de tu exnovia, joder!

Adam resopló.

—No sé quién miente peor, si tú o ella.

Avancé dos pasos y lo agarré por el cuello de la camisa, empujándolo contra los casilleros. El golpe de metal retumbó en el silencio del gimnasio.

—¿Has hablado de mí con ella? ¿Qué coño le has dicho?

Mi hermano ni se inmutó. Puso los ojos en blanco como si estuviera aburrido.

—Cuidado con el brazo malo, campeón —dijo, y se deshizo de mi agarre con una facilidad insultante—. Al final voy a pensar que de verdad quieres pegarme. Casi lo haces hoy en el restaurante, ¿verdad?

Adam soltó una carcajada, una de verdad, que me descolocó por completo.

—Temí por mi vida, te lo juro. Vi cómo me mirabas la mano cuando la toqué. Si no supiera que soy una de las pocas personas en el mundo a las que quieres, me habría cagado de miedo.

—¿Pero qué coño dices? —solté, dando un paso atrás.

Mi cabeza era un lío. No entendía nada de lo que estaba pasando.

—¿De qué estás hablando?

—Hablo de que no entiendes nada porque estás tan metido en tu película de celos que no ves lo que tienes delante —dijo, su tono volviéndose serio de repente—. ¿Qué os ha ocurrido?

—Eso no es asunto tuyo.

—Claro que lo es, idiota, porque la has hecho llorar —soltó, y cada palabra era un golpe—. Fui a su casa cuando me enteré de lo del falso embarazo. Fui para pedirle perdón. Para contarle la verdad sobre Susana. Merecía saberlo antes que nadie.

Se detuvo, mirándome fijamente, esperando a que las piezas encajaran en mi lento cerebro.

—La encontré llorando, Jude. Y no era por mí. Era por ti, gilipollas. ¿Tenías que hacerla llorar? Joder, macho, yo al menos tardé más tiempo en hacerlo la primera vez, eh.

—¿Te lo contó? —pregunté—. ¿Te contó lo nuestro?

Nuestro.

La palabra sonó ridícula. Qué cojones era "lo nuestro". ¿Un par de momentos robados?

—Pues claro que me lo contó —bufó Adam, como si fuera la pregunta más estúpida del mundo—. Madison y yo hemos sido

amigos mucho antes de ser pareja. Más amigos que pareja siempre, en realidad, aunque yo no me haya comportado como tal. Por eso no quería verla, por eso no quería tenerla aquí, en casa, cerca, porque sería sentirme una mierda, recordarme la traición a mi mejor amiga. Pero me alegra que, a pesar de toda la mierda, a pesar de haberle fallado y haberla traicionado, me haya dado otra oportunidad de seguir en su vida. Tendré que volver a ganarme su confianza, por supuesto. Lo haré. La quiero en mi vida, Jude. No quiero perder a mi mejor amiga y agradezco que ella haya aceptado eso. Así que sí, me lo contó todo —continuó—. Tiene miedo, Jude. Mucho miedo.

El aire se me quedó atascado en el pecho.

—De mí —solté—. Tiene miedo de mí.

Claro que sí. Joder, era lógico.

La imagen de mis manos sobre ella en ese puto cuartucho me quemó por dentro. La forma en que la acorralé, la forma en que la usé para desahogar mi puta rabia de mierda.

Y el boxeo. Cómo no. Odiaba lo que yo era, lo que representaba. Siempre lo había odiado.

¿Cómo no iba a tenerme miedo?

Era un puto animal. Un maldito bruto que solo sabía resolver las cosas con las manos. Eso era yo.

Adam me miró como si me hubiera salido un segundo brazo, pero esta vez uno tonto. Soltó un bufido, una mezcla de exasperación y ¿casi pena?

—¿Miedo de ti? —repitió, y casi se rio—. Joder, Jude, ¿de verdad eres tan gilipollas? A veces me lo pregunto en serio. ¡No es ese tipo de miedo, idiota!

Dio un paso hacia mí, y por primera vez en toda la conversación, su tono fue completamente serio, sin una pizca de burla.

—Tiene miedo a sufrir. ¿Lo pillas ya o te lo tengo que dibujar?

—Yo…

—Me matará cuando sepa que te he contado esto —resopló Adam.

—O me lo sueltas todo ahora mismo o el que te va a matar voy a ser yo —repliqué, mi voz sonando ronca—. Tú decides de qué forma prefieres morir. Y mi brazo bueno funciona de puta madre, ya lo has visto.

—Es que te lo buscas tú solito, de verdad —rio, negando con la cabeza—. Está bien, está bien, trato hecho. Pero que quede claro: yo no te he dicho nada de esto.

—Adam… —le metí prisa, impaciente.

Él suspiró, como si se rindiera.

—Se arregló, se puso ese vestido —continuó Adam, sin una pizca de piedad en la voz— para ti. No era para mí, gilipollas. Era para ti. Iba a buscarte, iba a arriesgarse. Después de comer conmigo, claro que medio me la llevé a rastras.

—¿Lo de tanto gilipollas es necesario? —torcí el gesto.

—Creo que te lo mereces —dijo Adam, sin una pizca de ironía.

—Eso y más —confirmé.

—Espera un momento —la sospecha se abrió paso en mi mente—. Tú sabías dónde estaba. No fue casualidad, ¿verdad?

Adam no contestó. Una sonrisa ladina se dibujó en sus labios mientras enarcaba las cejas, confirmándolo todo sin necesidad de palabras.

—¡Viejo zorro! —exclamé, negando con la cabeza al entender que Rick lo había ayudado.

—He ganado unos cuantos puntos con eso —admitió, satisfecho.

—No lo dudo.

—Y ha sido divertido chincharte un poco —hizo una pausa—. Y demasiado fácil, que lo sepas.

En ese instante, los recuerdos me golpearon de pronto.

Sus nervios.

Ese momento en aquel cuartucho donde yo…

Pero ella no dijo nada. No intentó evitarlo. Podía haberme mandado a la mierda, alejarse, correr, huir, pero no lo hizo. Se quedó allí, quieta, aguantando mi estúpida escena de celos.

Joder, si hasta me besó. Me correspondió en todo.

Maldito ciego. ¿Cómo no me había dado cuenta?

Y yo, justo después de hacerla correrse…

—La cagaste, ¿a que sí? —suspiró mi hermano—. Has vuelto a hacerla llorar.

—Joder… —resoplé, revolviéndome el pelo con la mano.

No podía dar crédito.

Adam se apoyó en los casilleros a mi lado.

—Yo no puedo arreglarlo, Jude. Solo te digo lo que le dije a ella: que no lo haga por mí. No me lo merezco. Le hice demasiado daño y lo único que quiero ahora es verla feliz.

—Adam…

—No, en serio —me cortó, y su voz era grave, sincera—. No me lo esperaba, la verdad. Nunca se me pasó por la cabeza que vosotros dos… Pero las cosas pasan. Y joder, os conozco. Sé que los dos sois tan leales que seríais capaces de joderos la vida con tal de no hacerme daño. Me lo habéis demostrado —hizo una pausa, y me miró directamente a los ojos—. Y os lo agradezco, de verdad. Pero ¿por qué no os queréis un poquito más a vosotros mismos?

La pregunta se quedó flotando en el aire, tan simple y tan jodidamente complicada.

—¿Estarías bien con eso? —pregunté, mi voz apenas un susurro—. ¿Con ella y yo…?

Aunque la pregunta se me atragantó.

Ni siquiera sabía si, después de todo, podía haber de verdad un "ella y yo".

Adam me miró como si fuera idiota.

—¿Y qué más da si lo estoy? ¿De verdad vas a dejar que tu felicidad dependa de mi permiso?

—Sabes que me importas.

Su expresión se suavizó.

—Lo sé, Jude. ¿Por qué, si no, fuiste a buscarme y a sacarme del infierno? No tenías por qué hacerlo. No era tu responsabilidad, Jude. Y no, no lo hiciste tarde —dije, sorprendiéndome—. Quítate esa idea de la cabeza. Te agradezco que no me dejaras solo con ese monstruo. Te quiero. Y sé que me quieres, pero no puedo importarte tanto como para que te pongas a ti mismo en segundo lugar.

Sentí un picor en los ojos, una quemazón. Tuve que tragar saliva con fuerza para que no se me rompiera la voz.

—Has madurado, cabrón.

Una sonrisa cansada se dibujó en su cara.

—Ya era hora, ¿no? A ver si así le caigo un poco mejor al viejo zorro.

Me hizo reír, una risa ahogada y rota. Él rio también, aliviado.

—Te quiere —me refería a Rick—. Sé que es duro contigo, pero por tu bien.

—Lo sé —dijo con seguridad—. Me vi con una mujer que no quería, a punto de tener un hijo que no estaba preparado para criar —un escalofrío de verdad le recorrió el cuerpo—. Créeme, Jude, la vida te hace sentar cabeza a hostias si es necesario.

Me dejé caer en el suelo, mi cabeza hecha un completo lío. Él se sentó a mi lado.

—Lo siento, Adam —dije—. Por hoy. En el restaurante. Por odiarte durante un par de horas.

Él me dio un golpecito en el hombro bueno.

—No pasa nada. Si te sirve de consuelo, la cara de gilipollas que se te quedó fue bastante épica. Además, me lo merecía. Por lo de Madison y por todo lo demás.

—Aun así…

—Olvídalo —me cortó—. Ahora el que la ha cagado eres tú. Y a lo grande. ¿Qué vas a hacer?

Me pasé una mano por la cara, sintiendo el cansancio de golpe.

—No lo sé —confesé, y la verdad de esas palabras me pesó como plomo—. La he tratado como una puta mierda. La he humillado. Fui un animal, Adam.

—Sí, bueno, eso ya lo sabíamos —bromeó, pero sin malicia—. Pero también eres el tipo que se rompería el otro brazo por ella si hiciera falta. Ella lo sabe. Solo que ahora mismo, probablemente, esté demasiado dolida para recordarlo.

Asentí, tragándome el nudo que se me había formado en la garganta.

—¿Crees que… —tragué saliva— crees que me perdonará?

Adam se encogió de hombros.

—De lo que estoy seguro es de que si no vas a buscarla ahora mismo, si la dejas sola pensando que todo ha sido un error de verdad, entonces no te perdonará en la puta vida. Y con razón. ¿A qué esperas? ¿A una invitación por escrito? Lárgate de aquí, Jude.

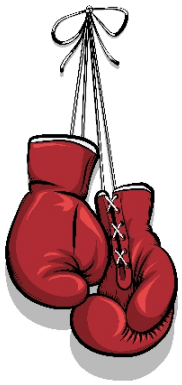
Lo miré, una última vez. Vi a mi hermano. No al rival, no al niño bonito, sino al tipo que, a pesar de todo, me estaba dando el empujón que necesitaba.

—Gracias —dije, y lo decía de verdad.

—No me las des —sonrió—. Ahora lárgate y arréglalo. Y, por favor, intenta no joderla más.

Asentí, y sin pensarlo dos veces, me levanté.

—¡Te romperé el otro brazo y me encargaré de que quede inútil de por vida si vuelves a hacerla llorar otra vez!



Capítulo 20
JUDE

Era un gilipollas. Mi hermano tenía razón.

Iba a repetírmelo como un mantra cada día del resto de mi vida.

¿Cómo había podido comportarme así?

Y lo que era peor, ¿cómo había podido pensar eso de ella?

Como si no la conociera.

Como si no supiera la lealtad que le ardía por dentro, la fuerza que la había mantenido en pie cuando mi propio hermano la hizo pedazos.

La traté como lo peor, y esa idea me revolvió el estómago.

Los celos me habían cegado. No era una excusa de mierda; era la verdad. Un veneno que se me metió en la sangre y me nubló el juicio hasta convertirme en un desalmado.

Jamás había sentido lo que estaba sintiendo por esa mujer.

Nunca.

Esa necesidad casi animal de tenerla cerca, de respirarla, de sentirla mía. Jamás nadie me había hecho sentir nada parecido. Este deseo de querer más, siempre más. Este temblor en las manos antes de tocarla.

No supe gestionarlo.

Con ella soy un novato en su primer asalto, yendo a lo loco, sin defensa.

Y como el gilipollas que soy, la cagué. A lo grande.

No me perdonaría en la vida ni el haberla dejado ir sin luchar ni el haberla perdido.

Entré en el salón como un huracán, sudoroso, sin camiseta, con el corazón bombeando en los oídos y un único objetivo en la cabeza: encontrarla.

Me daba igual todo lo demás.

—¡Jude!

Ahora no, Rick.

—¡Adónde vas con esas pintas!

—¡A arreglar la mayor cagada de mi vida! —grité, sin parar, con la mano ya en el pomo de la puerta.

—¡¿La mayor cagada se llama Madison?!

Frené en seco. La mano se me quedó congelada en el pomo. Me giré de un golpe, con la boca abierta para soltarle que no estaba para sus putos acertijos de mierda, cuando, muy despacio, se echó a un lado.

Y allí estaba ella.

Oh, Dios mío.

De pie, en medio del salón. Llevaba la misma ropa de antes.

El puto vestido rojo.

Tenía la cara pálida, los ojos hinchados y rojos, como si hubiera estado llorando durante horas.

Y en su mirada había una mezcla de miedo, agotamiento y una esperanza tan frágil que temí que se rompiera si respiraba demasiado fuerte.

Se me secó la boca. El mundo entero se detuvo. El tiempo, el aire, mi propio corazón. Todo se congeló en ese instante.

Y mi voz fue un susurro que se rompió al salir.

—Madison.

Mi cerebro se inundó de preguntas, un torbellino caótico que me dejó mudo.

¿Qué hacía allí? ¿Qué había pasado? ¿Estaba bien?

No, idiota, claro que no está bien. Mírale los ojos.

Mierda.

—Hola —susurró ella, y levantó una mano en un gesto tímido, casi infantil.

Estaba ahí, ¿verdad?

Era real.

—¿Estás bien? —pregunté entonces.

Ella asintió rápidamente con la cabeza.

No me lo creía, tenía que comprobarlo. Empecé a caminar hacia ella, lento, decidido.

—¿Podemos hablar? —preguntó, su voz temblorosa, pero firme.

Negué con la cabeza, una sola vez, de forma tajante.

Ella enarcó las cejas, la confusión tiñendo su mirada.

Pero es que yo no iba a hablar. No podía. Las palabras se me habían atascado en algún lugar entre el corazón y la garganta.

Ahora solo necesitaba tocarla. Estrecharla entre mis brazos, sentir el calor de su cuerpo contra el mío, hundir la cara en su pelo y respirarla.

Necesitaba la confirmación física de que era real, de que estaba ahí, conmigo.

Necesitaba saber que estaba bien.

—Bueno, pues si no quieres, no hables. Hablaré yo —dijo, y su barbilla se alzó un milímetro.

Una sonrisa tiró de mis labios.

Ahí estaba. Esa era la mujer que había conocido últimamente, la luchadora que no se rendía.

Negué de nuevo, más despacio, mientras me paraba justo delante de ella.

Ella me miró, con el ceño fruncido, y resopló.

—Voy a hablar, Jude. Porque lo necesito —declaró, firme—. Y punto.

Estuve a punto de soltar una carcajada, una de puro y jodido alivio, pero la contuve por los pelos.

—No —dije, mi voz saliendo grave, definitiva—. No vas a hablar. Vas a hacer otra cosa.

Sus cejas casi se juntaron, su frente se arrugó en una expresión de curiosidad.

—¿El qué?

Simplemente la rodeé con mi brazo bueno, atrayéndola hacia mí con una desesperación que me sorprendió a mí mismo.

La abracé con fuerza, enterrando mi cara en el hueco de su cuello. Y por primera vez en mucho tiempo, respiré.

—Jude —suspiró ella, fundiéndose conmigo en ese abrazo.

Cuando me separé, fue solo lo justo para poder mirarla a los ojos.

No le di tiempo a hablar, a dudar, a pensar.

Entrelacé mis dedos con los suyos, apreté con fuerza, y tiré de ella, llevándola conmigo en dirección a las escaleras.

—¿Vamos a hablar ya? —preguntó, un poco sin aliento, intentando seguirme el paso.

—No —dije, mi voz saliendo grave, definitiva—. No vamos a hablar. Vamos a hacer otra cosa.

—¿El qué? —preguntó, y la curiosidad genuina en sus ojos, la forma en que ladeó la cabeza...

Qué inocente era.

Y joder, me encantaba. La adoraba por ello.

Me incliné hasta que mi aliento rozó su piel.

—Gemir, nena —le susurré al oído, y sentí el escalofrío que la recorrió de arriba abajo—. Vamos a gemir.

Madison soltó una carcajada.

—Me parece bien —dijo mientras empezábamos a subir las escaleras—. Pero solo si luego podemos hablar, Jude, porque tenemos que hablar.

—Hablar está sobrevalorado —gruñí, y le di un beso rápido en los labios, un beso hambriento que supo a demasiado poco.

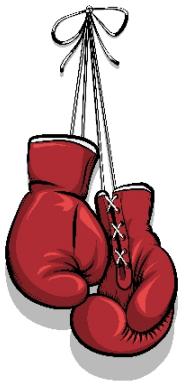
—¡Joder, qué asco! —la voz de Adam resonó desde el salón, cargada de burla.

Miré a Madison, que me observaba con los ojos brillantes, y una sonrisa de suficiencia se dibujó en mi cara.

—Más asco le daría si supiera todo lo que te voy a hacer.

Se puso tan roja que solté una carcajada.

Dios, ¿se podía ser más feliz?



Capítulo 21
MADISON

El algodón empapado en antiséptico rozó sus nudillos despellejados.

Él ni se inmutó, aunque yo sentí el escozor por él.

Seguía limpiando la sangre seca, concentrada en la herida para no perderme en la inmensidad de tenerlo así, desnudo y a mi lado en la cama.

—¿Y los guantes? —pregunté.

—Me los puse un poco tarde.

—Ya…

—¿Quieres que deje el boxeo?

Mi mano se quedó suspendida en el aire, a un centímetro de su piel. Lo miré, completamente sorprendida.

—¿Lo dejarías por mí?

—Sí —respondió al instante.

Firme. Serio. Sin una sombra de duda en la voz.

Lo busqué en sus ojos, esperando encontrar un rastro de exageración, una hipérbole del momento.

No había nada.

Solo esa mirada fija, intensa, que me decía que lo decía completamente en serio.

—Sí, lo haría —repitió, como si necesitara que yo entendiera el peso de sus palabras.

Y joder, lo entendí.

Mi respuesta no fueron palabras. Fue un beso. Me incliné sobre él y lo besé, lenta y profundamente. Un beso cargado de todo lo que no necesitaba decir.

Tuve que ser yo quien lo terminara, porque si no, acabaríamos enredados de nuevo, y su mano necesitaba curas, no más acción.

Sonreí ante su gruñido de frustración y volví a lo mío. A curarle las heridas.

—No —dije en voz baja, mientras volvía a pasar el algodón por su piel—. No quiero que lo dejes.

—Pero no te gusta.

No era mentira. No me gustaba.

Pero había empezado a entender que había más visiones además de la mía.

—Esto —dije, tocando suavemente sus nudillos magullados— es parte del pack. Y me gustas tú, Jude. Todo el pack. Y tú eres un boxeador.

Un grito ahogado se me escapó cuando su brazo bueno me rodeó la cintura y, de un tirón, me hizo sentarme a horcajadas sobre él. Estábamos piel con piel, nuestros cuerpos todavía recordando la reconciliación de hacía un rato.

—No —protesté entre risas, intentando coger su mano para seguir curándola—. En serio, esto es importante.

—No es para tanto. Es solo un rasguño.

Suspiré, rindiéndome por un segundo.

—Supongo que esto será lo normal cuando te cures del todo, ¿verdad? Tendré que acostumbrarme a verte magullado.

—Hmmm… —dijo, y vi un brillo divertido en sus ojos—. Así que piensas que vamos a durar hasta que me cure.

Ignoré su tono burlón y me encogí de hombros, fingiendo indiferencia.

—Si no te hartas de mí antes, supongo que sí.

Él bufó.

—Si no me he hartado ya, nena… Va a ser muy difícil que te deshagas de mí.

—Me alegro —sonreí, una sonrisa sincera que me salió del alma.

—Pero hablo en serio —dijo de repente, y su expresión se volvió seria de nuevo—. Lo haría por ti.

—No, Jude. No quiero que dejes tu vida por mí. Igual que yo no dejaría la mía por ti.

—Aunque no te guste…

—Aunque no me guste —asentí, acariciando su mejilla—. De eso va esto, ¿no? Todos cedemos un poco, aguantamos otras cosas…

—No siempre. Y no todo.

—No siempre. Y no todo —confirmé, asintiendo—. Pero me enamoré de ti sabiendo quién eras. ¿Por qué ibas a tener que cambiar ahora? No tiene sentido.

El silencio que siguió me obligó a morderme el labio; estaba nerviosa.

—¿Qué?

—Repítelo —susurró, emocionado.

Fruncí el ceño.

—¿El qué?

—¿Me quieres? —se me encogió el corazón cuando vi sus ojos llenos de lágrimas.

—No sé…

Me besó y gemí.

—Un poco, supongo —reconocí.

—Yo te quiero más que un poco —dijo, con voz firme.

—¿De verdad? —me estaba derritiendo.

—Sí. Y lo haría, Madison. Lo dejaría todo por ti —añadió, con una terquedad que me conmovió.

Sonreí, con ternura.

—No sabes vivir sin boxear.

Él hizo una mueca, medio rindiéndose.

—Bueno, tendrías que aguantar mi mal humor, pero sobreviviríamos.

—Sigue boxeando, Jude.

Soltó una carcajada y me abrazó con fuerza, hundiéndome contra su pecho. Sentí la vibración de su risa contra mi piel.

—Eso significa que vendrás a verme pelear, ¿verdad?

Me revolví en sus brazos para mirarlo con una ceja arqueada.

—Tampoco te pases, campeón —repliqué, volviendo a centrarme en sus nudillos heridos.

—Pero tienes que venir. Eres mi chica.

Mi chica.

La palabra resonó en mi cabeza. Me gustó. Demasiado. Igual que el "nena" que a veces se le escapaba. Si cualquier otro capullo me hubiera llamado así, le habría estampado una patada en las pelotas. Pero saliendo de su boca, sonaba a hogar.

—Además, tienes que venir —insistió—. Eres mi fisio personal. Parte de tu trabajo es supervisar mi recuperación. 24/7.

Lo miré, divertida.

—Eso no entraba en el contrato.

—Lo acabo de añadir —dijo, sin dudar.

—El contrato se acaba cuando te cures. Y, si no recuerdo mal, tienes prisa porque eso pase.

—Pues haremos otro —replicó al instante—. Uno vitalicio.

Me eché a reír. Era como un niño grande y cabezota que se negaba a soltar su juguete favorito.

Y de repente, el pensamiento me golpeó con una ternura que dolió un poco. Nunca había podido ser un niño. Había tenido que convertirse en un hombre a hostias, mucho antes de lo que le tocaba.

—Ya verás —continuó él, sacándome de mis pensamientos—, al final acabarás hasta poniéndote los guantes.

La cara de horror que debí de poner le provocó otra carcajada.

—¿Y qué será lo próximo? —repliqué, entrando en su juego—. ¿Decirme que nos casaremos en un ring? Por ahí sí que no paso, Jude. Y te lo advierto, nuestros hijos no van a boxear.

La risa se le borró de la cara. De golpe. Se quedó en silencio, mirándome, y su expresión se volvió tan seria que un escalofrío me recorrió la espalda.

Me sentí obligada a retroceder.

—Oye, es una forma de hablar, no te asustes. Sé que apenas estamos empezando a conocernos… Demasiado con que me haya declarado tan rápido.

Su mano buena subió hasta mi nuca, sus dedos enredándose en mi pelo, obligándome a sostenerle la mirada.

—Pues si me estás conociendo de verdad —dijo, su voz baja y grave, sin una pizca de broma—, deberías saber que sí. La boda será en un ring. Nuestros hijos aprenderán a boxear si quieren hacerlo. Y quiero todo eso. Y mucho más.

Hizo una pausa, y su pulgar acarició mi mejilla.

—Pero solo contigo.

—Jude… —susurré, emocionada.

—Te quiero, Madison —dijo, su voz era un juramento—. Y lo quiero todo contigo.

Suspiré.

—¿No vamos muy rápido?

Se encogió de hombros.

—Pues no sé. ¿Importa?

Lo pensé de verdad, mientras él seguía sosteniéndome la mirada, esperando mi respuesta.

¿Importaba?

Había historias de amor que eran como árboles centenarios. Echaban raíces profundas y crecían lentamente, centímetro a centímetro, año tras año, hasta convertirse en algo sólido e inamovible. Eran relaciones construidas sobre la paciencia, sobre un calendario de hitos predecibles: la primera cita, el primer beso, el primer *te quiero* dicho después de meses de deliberación.

Y luego estaban las otras. Las que eran como un incendio forestal. Las que prendían con una sola chispa y lo devoraban todo a su paso, sin pedir permiso, sin respetar tiempos ni reglas. Eran caóticas, impredecibles y aterradoras.

Pero joder, eran reales.

¿Qué era pronto, al fin y al cabo?

¿Un número de días en el calendario? ¿Una lista de requisitos cumplidos?

Nosotros nos habíamos saltado todas las reglas. Lo nuestro había nacido en el caos, entre hermanos, mentiras y malentendidos. Nos habíamos hecho daño, nos habíamos deseado con una fuerza que asustaba y nos habíamos reconciliado en un suspiro.

Lo nuestro no había sido lento. Había sido un Big Bang.

Miré sus ojos, que no se habían apartado de los míos. Vi la verdad en ellos. Vi la certeza.

Y entendí que el tiempo no importaba. Lo único que importaba era la intensidad.

Y lo nuestro, desde el primer día, había sido jodidamente intenso.

Negué con la cabeza, despacio. Y una sonrisa se abrió paso en mis labios.

—No —susurré—. No importa.

Porque la mayoría de las cosas, en realidad, no importan.

Es curioso cómo nos preocupamos por tonterías, como por si es demasiado pronto. La vida tiene una dura manera de enseñarte qué es lo importante de verdad.

Aquel día, mientras estaba en sus brazos sintiendo que por fin todo empezaba, recibí la llamada. Mi madre se había ido.

El mundo se me vino abajo.

Apenas llevaba unos días en la residencia, y se había ido.

Ese lugar era el mejor centro que pudimos encontrar. Allí estaba cuidada, atendida, acompañada. Y estaba allí gracias a él. Fue la condición que le puse a Jude para aceptar el contrato: *Págame solo un sueldo base para subsistir y encárgate de los gastos de mi madre.*

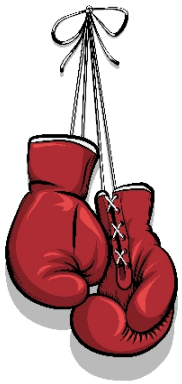
Era mi única prioridad. Su bienestar.

Jude ignoró por completo mi petición sobre el sueldo y, además, se encargó de todo lo relacionado con mi madre, encontrando el mejor lugar posible.

Y yo siempre me sentí culpable por ello. Culpable por no poder pagarlo yo misma. Culpable por delegar su cuidado aun cuando sabía que era lo mejor para ella, que yo no podía ayudarla de otra manera.

Así que sí, el primer día de mi nueva vida con Jude quedó marcado para siempre por esa pérdida. Se convirtió en un recordatorio agridulce de que la felicidad más intensa a menudo nace justo al lado del dolor más profundo.

Y de que tener a alguien que te sostiene con fuerza mientras tu universo se hace pedazos… lo es todo.



Capítulo 22
MADISON

Meses después…

El murmullo sordo del público se filtraba a través de las paredes del vestuario, un monstruo hambriento esperando el espectáculo.

Jude estaba sentado en el banco, con la espalda recta. No miraba nada en particular, solo respiraba. Lenta, profunda, controladamente.

Yo estaba arrodillada frente a él.

—¿Estás bien? —pregunté en voz baja.

Afirmó con la cabeza, sin apartar la vista del frente. Sus manos, ya vendadas y enfundadas en los guantes de combate rojos, descansaban sobre sus rodillas.

El brazo que había sido mi proyecto personal durante tanto tiempo se flexionó sin rastro de dolor.

Mi contrato como su fisioterapeuta había terminado hacía semanas, justo cuando su brazo recuperó el cien por cien de su movilidad.

En papel, estaba curado. El músculo había sanado, los tendones respondían, la fuerza había vuelto.

Mi trabajo había terminado. Pero mi verdadero trabajo no había hecho más que empezar.

Porque una cosa es estar curado y otra muy distinta es estar listo para pelear. Estar listo para volver a ese ring y confiar en que un brazo que había sido un peso muerto durante meses no le iba a fallar en el momento más importante.

Ahí es donde entré yo. Ya no era su fisio. Me convertí en la arquitecta silenciosa de su regreso.

Mi trabajo pasó de los ejercicios de rehabilitación a las rutinas de estiramiento antes de cada entrenamiento brutal con Rick. Pasó de masajear un músculo dañado a obligarle a meterse en un baño de hielo después de una sesión de *sparring*, aguantando sus maldiciones y su mal humor.

Pero sobre todo, mi trabajo se convirtió en algo que no se ve. Se convirtió en ser la única persona que podía decirle: *Para. Ya es suficiente por hoy,* cuando veía que su frustración le hacía forzar más de la cuenta, arriesgándose a volver al punto de partida.

Rick se encargaba de afilar al boxeador.

Yo me encargaba de mantener entero al hombre.

Me aseguré de que el hombre que volvía a ese ring esta noche estaba más completo, más fuerte por dentro, que el que se había roto.

—Respira, nena —dijo, mirándome. Su voz, un murmullo grave—. El que va a recibir las hostias soy yo, no tú.

Sonreí, aunque el nudo en mi estómago no se deshizo.

—Lo sé. Pero me preocupo igual.

Se puso de pie, imponente. La bata de seda negra con su nombre bordado en plata le caía sobre los hombros. Era una máquina afinada, lista para la guerra.

Y también era el hombre que la noche anterior se había quedado dormido con la cabeza en mi regazo mientras veíamos una película de mierda.

La vida había ido poco a poco, pero a la vez, a toda leche.

Después de aquella noche, de la reconciliación y aquella maldita llamada, todo cambió.

No hubo tiempo para dudas. Él se convirtió en mi ancla.



—No vas a pasar por esto sola.

Apenas había colgado el teléfono, con el eco de la voz de la enfermera todavía resonando en mi cabeza. Estaba rota. El mundo se había desmoronado.

Y Jude ya estaba vistiéndose. No preguntó. No dudó. Actuó.

Estuvo a mi lado en el tanatorio, en el cementerio, su mano nunca soltó la mía.

No intentó arreglar mi dolor con palabras vacías. No me dijo que fuera fuerte. Soportó mi silencio de horas, mis lágrimas repentinas que llegaban sin aviso, mi rabia sorda contra la vida.

Me dejó estar rota, pero nunca, ni por un solo segundo, me dejó estar sola.

Cuando volvimos del cementerio, no me llevó a mi apartamento. Me llevó a su casa. Y desde ese día, no volví a separarme de él.

No hubo una conversación formal, no hubo una decisión planeada. Simplemente sucedió. Llevé mis cosas poco a poco, llenando los huecos de su armario y de su vida, hasta que su casa se convirtió en nuestro hogar.



—Eh.

Su guante rozó mi mejilla, sacándome del recuerdo.

—¿Te has ido muy lejos? —preguntó, su mirada suavizándose.

Negué con la cabeza, tragando saliva.

—Solo recordaba.

Él supo exactamente a qué me refería. Lo vi en sus ojos. El entendimiento. El respeto por mi dolor, que ya era parte de nuestra historia.

—¡Cinco minutos, Jude! —gritó Rick entonces.

Jude me cogió la cara entre sus guantes con delicadeza.

—Ey, mírame. Si esto es demasiado para ti... Si te voy a hacer sufrir, lo dejo. Ahora mismo. Me quito toda esta mierda y nos vamos de aquí. No vuelvo a pisar un puto ring en mi vida. Lo digo en serio, Madison.

Mi corazón se encogió.

Jude amaba el boxeo. Era parte de él. Pero me amaba más a mí. Y precisamente porque yo lo quería a él, con cada fibra de mi ser, jamás permitiría que arrancara una parte de sí mismo por mí.

Negué con la cabeza, despacio. Puse las manos sobre sus guantes.

—No vas a dejar nada. Te quiero, campeón.

Una sonrisa preciosa se dibujó en sus labios.

—Y yo a ti, nena —me besó, un beso corto, duro, que sabía a promesa—. Joder, no sabes cuánto.

Se apartó, pero sin soltarme del todo, su mirada todavía registrando cada micro expresión de mi rostro.

—Pero en serio. Si prefieres irte y esperarme en casa, lo entenderé. No tienes que ver esto.

Negué de nuevo, esta vez con una sonrisa temblorosa.

—Esto ya es parte de mi mundo, Jude —dije, y era verdad—. Tú eres mi mundo. Estaré aquí cuando empiece. Y estaré aquí cuando acabe. Siempre.

Vi la emoción brillar en sus ojos, vulnerabilidad, y no pude evitar que los míos se llenaran de lágrimas.

Él asintió, tragando saliva, como si mis palabras le hubieran quitado el aire.

—Pase lo que pase ahí fuera…

—Lo sé —lo interrumpí—. Pelea por ti. Demuéstrales que has vuelto.

—Pelearé por nosotros —corrigió él, y la intensidad de su voz me hizo temblar—. Siempre.

Me dio un beso. Un beso corto, duro, cargado de promesas y de la adrenalina del momento. Sabía a sal, a esfuerzo y a un futuro que habíamos construido sobre las ruinas de nuestros pasados.

—Te quiero —dijo.

—Y yo a ti —respondí.

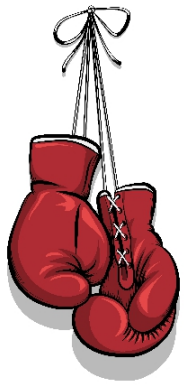
Le ayudé a ponerse la capucha de la bata, y la sombra ocultó parte de su rostro, dejando solo su mandíbula apretada y la determinación en sus ojos. Se dio la vuelta y, sin mirar atrás, salió del vestuario, siguiendo a Rick por el pasillo que lo llevaría de vuelta a su mundo.

Ya no odiaba el boxeo. Mi visión sobre ese deporte había cambiado.

Era parte de Jude. Y yo lo quería a él. Entero.

Salimos y el rugido del público nos envolvió. Estaban allí para ver una pelea.

Yo estaba allí para ver al hombre que me había enseñado lo que de verdad era amar. Y para esperarlo cuando todo hubiera acabado.



Capítulo 23
JUDE

De vuelta al ring…

El eco de mis botas sobre el hormigón del pasillo era el único sonido que importaba.

Izquierda, derecha, izquierda, derecha. Un ritmo constante que me llevaba directo a la jaula de los leones.

Rick iba un paso por delante, con la cara de póker de siempre. Madison caminaba a mi lado, en silencio. Su mano encontró mi brazo por un segundo, un apretón rápido y firme que me dijo todo lo que necesitaba saber.

Habían pasado meses desde la última vez que hice este paseo. Meses que se sentían como una vida entera.

Me senté en el banco y Rick empezó a ajustarme los guantes.

—Esta noche es tu vuelta. No quiero fuegos artificiales. Quiero que seas inteligente —dijo Rick—. Hazlo como sabes.

Apreté la mandíbula.

—Entendido.

Y entonces, todo el ruido del público desapareció. Porque Madison se arrodilló delante de mí. Me puso una mano en la rodilla.

—Oye —dijo en voz baja, obligándome a mirarla—. Estaré esperándote, ¿vale?

La miré.

Joder, cómo la miré.

En sus ojos no había ni una pizca de miedo. Antes odiaba el boxeo, lo sé. Pero había aprendido a respetarlo.

Había aprendido a entenderme a mí a través de él.

Ahora, en sus ojos solo veía una confianza en mí que era casi abrumadora. Una confianza que me obligaba a estar a la altura.

Sonó la campana.

El tipo que tenía delante se llamaba "El Martillo" Vargas. Un nombre de mierda para un tipo duro de cojones. Un fajador nato que venía a arrancarme la cabeza.

Y yo lo sabía. Rick me lo había dicho: *Va a ir a por tu brazo, Jude. Va a probarlo desde el primer segundo. Tienes que estar preparado.*

Y lo estaba. O eso creía.

Los primeros asaltos fueron un infierno. Vargas vino a por mí como un toro. Lanzaba golpes para probar mi defensa, buscando cualquier signo de debilidad en mi hombro. Bloqueé, esquivé, me moví.

Me sentía oxidado, lento. El ritmo del combate real es algo que no se puede replicar en el gimnasio. Mis golpes no tenían la fluidez de antes.

Estaba pensando demasiado. Y estaba siendo cuidadoso.

Y en el boxeo, ser cuidadoso es la forma más rápida de que te partan la cara.

Al final del tercer asalto, me conectó. Un derechazo que se coló por mi guardia y me explotó en la ceja. La sangre, caliente y familiar, me empezó a gotear en el ojo.

El público rugió.

Vargas sonrió.

Y yo, por primera vez en un ring, sentí miedo.

Pero no era miedo a perder. No era miedo al dolor. Era miedo a lo que un golpe así podía significar. Era miedo a volver a casa roto. Miedo a que Madison tuviera que volver a recoger los pedazos.



La imagen me asaltó en el rincón, mientras Rick me taponaba la herida. Fue una noche…

Me desperté y la oí sollozar en silencio a mi lado. Estaba hecha un ovillo, temblando.

La abracé y le pregunté qué pasaba.

—He soñado que no te levantabas —me susurró, su voz rota por el llanto—. Que te golpeaban y no te levantabas del suelo, Jude.

Fue una de las pocas veces que la vi vulnerable después de lo de su madre. El dolor le había puesto una coraza, pero por la noche, en la oscuridad, las grietas se abrían.

La abracé con todas mis fuerzas.

—Solo ha sido una pesadilla, nena.

—Prométeme que tendrás cuidado —me dijo, aferrándose a mi camiseta—. Prométemelo, Jude. No puedo perder a nadie más. No podría soportar perderte a ti.

Y yo, como un gilipollas, se lo prometí.



—¡Jude! ¡Espabila! —el grito de Rick me trajo de vuelta—. ¡Deja de pensar y empieza a pegar!

Sonó la campana del cuarto asalto. Salí a la lona con su promesa grabada a fuego en la cabeza. Y luché como un cobarde. Me cubría, retrocedía, lanzaba *jabs* sin intención.

Vargas me estaba dando una paliza. Me estaba desmantelando poco a poco, y yo se lo estaba permitiendo.

Al final del quinto, volví a la esquina sintiéndome humillado. Mi cara era un mapa de sus guantes.

Rick me echó agua en la cara.

—¿Qué coño te pasa? ¡No eres tú! ¡Pelea, joder!

Entonces, levanté la vista. Y la vi. Madison estaba de pie. El resto del público gritaba, pero ella estaba en silencio, mirándome fijamente.

Y no había miedo en su cara. Había rabia. Estaba furiosa. Movió los labios, sin emitir sonido, pero leí las palabras perfectamente: *Pelea, capullo.*

Entonces algo dentro de mí hizo clic, y lo entendí todo.

La única forma de volver a casa era ganando. La única forma de ganar era siendo yo mismo.

Sonó la campana del sexto asalto. Y el Jude que había estado escondido salió a jugar.

Dejé de pensar en tener cuidado. Dejé de pensar en todo. Y empecé a boxear.

Mi cuerpo se movió por instinto. El baile de pies volvió. La cadera giró. Lancé una combinación, derecha al cuerpo, izquierda al mentón. Mi brazo reconstruido, impactó con la fuerza de un tren de mercancías. La cabeza de Vargas se sacudió hacia atrás.

Lo vi. Lo vi en sus ojos. El respeto. El miedo.

A partir de ahí, fue mi combate. Ya no era una pelea. Era una lección. Lo llevé por todo el ring. Fui más rápido, más fuerte, pero

sobre todo, más inteligente. Lo desgasté, golpe a golpe.

En el décimo asalto, estaba agotado. Él también. Éramos dos pedazos de carne machacada aguantando por pura fuerza de voluntad. Me lanzó un último derechazo desesperado. Lo esquivé y vi la apertura. Lancé un *uppercut* con el alma. El golpe le levantó del suelo. Cayó a la lona como un saco de patatas.

Silencio. El árbitro contó.

Siete. Ocho. Nueve. Diez.

El rugido del público fue tan fuerte que sentí vibrar el suelo. Apenas lo oí. Caí de rodillas, con los pulmones ardiendo, el cuerpo gritando de dolor y de alivio.

Lo había hecho. Había vuelto.

Una oleada de euforia me recorrió, una droga más potente que cualquier otra cosa. El árbitro me agarró el brazo y lo levantó. Las luces del estadio me cegaron, el ruido era un muro de sonido.

Pero yo solo buscaba una cara.

La encontré. Madison. Estaba de pie, aplaudiendo, llorando y sonriendo al mismo tiempo. Nuestros ojos se conectaron a través del caos. Y en ese instante, todo el dolor, todo el esfuerzo, todo el puto infierno de los últimos meses valió la pena.

Quise sonreírle. Quise gritar su nombre. Quise bajar de ese ring y correr hacia ella.

Pero algo empezó a ir mal.

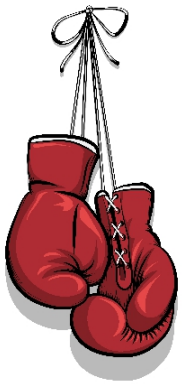
El rugido ensordecedor del público empezó a sonar lejano, como si me estuviera sumergiendo bajo el agua. Las luces brillantes se convirtieron en manchas blancas que bailaban y se encogían, formando un túnel. El sabor a sangre en mi boca se volvió amargo, metálico.

Apoyé una mano en las cuerdas para mantenerme en pie, pero mis piernas se habían convertido en plomo. El mundo empezó a inclinarse, lento, como un barco hundiéndose.

Vi la sonrisa de Madison transformarse en una mueca de pánico. Intenté decir su nombre, Madison, pero de mi boca solo salió un suspiro sin aire.

Lo último que vi fue su rostro, un borrón de preocupación y amor.

Y entonces, todo se volvió negro.



Capítulo 24
JUDE

Lo primero que volvió fue el sonido. Un pitido rítmico, constante y jodidamente molesto. Bip... bip... bip. Luego, el olor. Antiséptico. Limpio y frío. El inconfundible perfume de un hospital.

Joder.

Intenté abrir los ojos, pero mis párpados pesaban una tonelada. Intenté moverme, pero mi cuerpo entero parecía estar hecho de plomo.

Estaba atrapado en la oscuridad, en una especie de limbo, con el pitido de la máquina como única compañía.

Y entonces, oí voces. Borrosas al principio, como si estuvieran al otro lado de una pared de agua.

—Diez asaltos de pura guerra y se nos cae redondo como una quinceañera en un concierto de esos de niñatos.

Esa voz. Inconfundible. Rick.

¿Una quinceañera? ¿En serio? Intenté decirle que se fuera a la mierda, pero de mi boca no salió ni un suspiro.

—Deberíamos haberle hecho una foto —esa era la voz de mi hermano, burlona.

Me entraron ganas de levantarme solo para partirle la cara.

—Con unas sales aromáticas bajo la nariz. Para el recuerdo. El día que "el Ángel de la Muerte" se convirtió en "La Princesita".

Vais a flipar con La Princesita en cuanto pueda moverme, pensé, o al menos creo que lo pensé. Todo era un lío en mi cabeza.

—Dejadlo en paz, par de capullos.

Ah. Esa voz. La de ella. Madison. Una oleada de alivio me recorrió, aunque mi cuerpo seguía sin responder. Ella los pondría en su sitio.

—No sé de qué te quejas, Madi —siguió Adam, ignorándola por completo—. Te ha ahorrado el tener que arrastrarlo hasta la cama. Ya te lo han traído dormidito. Todo ventajas.

Sentí una presión suave y cálida en mi mano. Era ella, entrelazando sus dedos con los míos. El contacto fue un faro en mi oscuridad personal.

—El médico ha dicho que es agotamiento extremo. Que ha llevado su cuerpo al límite absoluto —dijo Madison, su voz sonaba cansada, pero firme. Una leona defendiendo a su cachorro…

A su cachorro desmayado.

—Agotamiento, dice —bufó Rick—. Yo a eso lo llamo falta de aguante. En mis tiempos, después de un combate así, nos íbamos de fiesta. Este, en cambio, se va de spa a la planta de urgencias. Vencer a "El Martillo" para acabar martillado contra una camilla. Poético. Se nos está ablandando, Adam. Este ya no es mi "Ángel de la Muerte". Es, más bien, "el Ángel de la Siesta".

—Es el amor, Rick. El amor lo ha convertido en una nenaza —sentenció mi hermano—. Antes se alimentaba de rabia y whisky del caro. Ahora come brócoli al vapor y recibe besitos de buenas noches. Es normal que el sistema le colapse.

Brócoli al vapor decía el gilipollas.

Quería gritar que la noche anterior había cenado una pizza, pero mi cuerpo seguía en huelga.

—Sois increíbles —dijo Madison, y pude imaginarla poniendo los ojos en blanco—. El hombre acaba de ganar el combate de su vida

después de una lesión que casi lo retira, ¿y vosotros os reís de él?

—No nos reímos de él —aclaró Rick—. Nos reímos con él. Solo que él, ahora mismo, no está en condiciones de devolvernos la gracia. Es una ventaja táctica.

—Además, es por su bien —añadió Adam—. Esto le bajará un poco los humos. Se creerá el puto rey de Roma por ganar a Vargas. Pues no, majestad. Los reyes no se desmayan en horario de máxima audiencia.

Un silencio. Sentí el pulgar de Madison acariciando mis nudillos.

—¿Y si no se despierta? —susurró, y en su voz, por primera vez, noté una grieta. Un temblor de miedo real.

Joder, su voz. Estaba rota. Era puro miedo.

La pobre debió de pasarlo de pena, imaginándose lo peor. Y todo por mi culpa.

Sabía lo que vendría después. En cuanto abriera los ojos, me lo soltaría: *Se acabó el boxeo, Jude*. Y con razón.

Y yo, joder, claro que aceptaría.

Colgaría los guantes sin pensarlo. A la mierda el título, a la mierda todo. Si tenía que elegir entre el ring y ella...

Es que ni siquiera había elección.

Porque el ring ya no era mi mundo. Ella lo era.

Y haría cualquier cosa por ella.

Nena, tranquila. Estoy bien. Creo.

—Se despertará —dijo Rick, sin burla en su voz, solo la certeza tranquila de un hombre que me conocía mejor que yo mismo—. Es demasiado cabezota para no hacerlo. Probablemente nos está escuchando y está planeando cómo matarnos a los dos cuando pueda mover un dedo.

Bingo, viejo zorro.

—Además, tiene que despertarse —continuó Adam—. Aún no hemos decidido el nombre del crío. Yo voto por Adam II. O Adama,

si es niña.

¿Críо? ¿Había dicho críо?

Debía de haber oído mal. Estaba medio muerto, era normal que no entendiera bien las cosas.

—Ni de coña —resopló Madison—. Antes lo llamo Rick.

Un gemido de sufrimiento. Esta vez, de Rick.

—Por favor, no. Bastante tiene el pobre críо con que su padre sea "el Ángel de la Muerte" como para encima cargar con mi nombre. Llamadlo Angelito, y acabamos antes.

Pobre críо. Su padre. "El Ángel de la Muerte".

Mierda.

La conversación siguió, pero yo ya no la oía. Se convirtió en un zumbido lejano. El pitido de la máquina del hospital pareció acelerarse, o quizás era mi propio corazón intentando salírseme del pecho.

¿Un hijo?

¿Iba a ser padre?

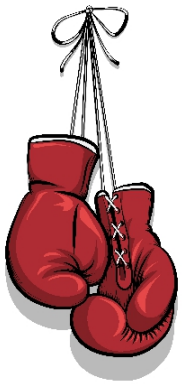
La idea era tan jodidamente enorme que amenazaba con cortocircuitar lo poco que me funcionaba del cerebro.

—Y tendrá que aprender a boxear, obviamente. Rick, ya tienes un nuevo pupilo o pupila en pañales.

Con un esfuerzo que me pareció sobrehumano, concentré toda esa nueva energía en un solo punto: mi garganta.

—¡¿EMBARAZADA?!

—Se acabó la fiesta —dijo Adam—. "La Princesita" ha despertado.



Epílogo
JUDE

Tres de la mañana. El enemigo atacó sin previo aviso.

Un grito agudo, penetrante y cargado con la furia de mil demonios, atravesó el silencio de la noche. Abrí un ojo. En la cuna, al otro lado de nuestra habitación, la pequeña silueta se agitaba bajo la luz de la luna.

Ronda uno.

—Te toca —murmuró Madison, con la cara hundida en la almohada. Su voz era un gruñido somnoliento.

—Me tocó las dos últimas veces —protesté en un susurro.

—Mentira. La de la una y media la atendí yo. Estabas roncando como un oso en hibernación. Ahora te toca defender el título, campeón.

Suspiré.

Me levanté de la cama, tropezando con algo en el suelo que esperaba que no fuera un pañal usado, y me acerqué a la zona de guerra.

Ahí estaba él. Leo. Mi hijo. El oponente más jodido al que me había enfrentado en mi vida. Estaba rojo como un tomate, con los puños apretados y la boca abierta en un grito que desafiaba las leyes de la física.

¿Cómo podía salir tanto ruido de algo tan pequeño?

—A ver, colega, ¿qué pasa? —le dije, cogiéndolo en brazos. Su cuerpo era un pequeño bulto tenso y caliente contra mi pecho desnudo—. Vamos a negociar.

Le ofrecí el biberón.

Lo escupió, salpicándome la cara con leche.

Comprobé el pañal.

Limpio, un movimiento defensivo brillante por su parte.

Lo acuné.

Solo aumentó el volumen de sus sirenas.

Lo puse contra mi hombro y le di palmaditas en la espalda, caminando por la habitación a oscuras.

Nada.

En el ring hay reglas. Hay una estrategia. Estudias a tu oponente, buscas sus debilidades, explotas una apertura.

Con este pequeño tirano no había nada. Pura anarquía. No tenía puntos débiles. Su única arma, el llanto, era un ataque sónico que te destrozaba los nervios y te dejaba al borde del KO.

"El Ángel de la Muerte" noqueado por un tirano de cinco kilos. Patético.

—¿Problemas en el paraíso, campeón?

La voz de Rick, grave y cargada de burla, vino desde la puerta. Me giré y lo vi allí, apoyado en el marco, con una cerveza en la mano. A su lado, mi hermano, con una sonrisa de gilipollas que me dieron ganas de estamparle en la cara. Se habían quedado a ver un combate en la tele pero, por lo visto, el espectáculo de mi paternidad era mucho más entretenido.

—¿No tenéis una casa a la que ir? —gruñí.

—¿Y perdernos esto? Ni de coña —dijo Adam—. Veo que tu estrategia de intimidación no funciona con este. Prueba a ofrecerle

un porcentaje de la bolsa —se refería al dinero que se repartía tras una pelea.

—Falta de técnica —sentenció Rick, dando un sorbo a su cerveza —. Te precipitas. Tienes que leer a tu oponente, Jude. Claramente quiere algo.

—Sí —dijo una voz suave a mi espalda—. Quiere a su madre, porque su padre es un inútil.

Madison se levantó y se acercó, quitándome a Leo de los brazos. En cuanto él se acurrucó contra ella, el llanto se detuvo. Así, de golpe. El pequeño cabrón soltó un suspiro satisfecho y cerró los ojos, completamente en paz.

Miré a Madison, incrédulo. Ella me dedicó una sonrisa de suficiencia.

—Magia —dijo.

—Brujería, querrás decir —masculló Adam desde la puerta.

Madison se sentó en el borde de la cama con Leo en brazos. Yo me acerqué y me senté a su lado, derrotado, pero fascinado.

El pequeño abrió los ojos un segundo, me miró, y su diminuta mano se cerró alrededor de mi dedo índice. Sus dedos eran tan pequeños que apenas lo rodeaban, pero su agarre era sorprendentemente fuerte.

Y en ese momento, todo el cansancio, toda la frustración, se desvaneció.

Miré la escena.

Mi mujer, agotada y preciosa. Mi hijo, perfecto. Y en la puerta, el viejo zorro y el capullo de mi hermano. Estaban apoyados en el marco, hombro con hombro, una estampa que meses atrás habría sido impensable.

Adam había cambiado. Supongo que ver de cerca el caos que casi provoca con Susana, y luego vernos a Madison y a mí encontrar nuestro camino, le dio una hostia de realidad. Y con Leo... con Leo había madurado de golpe. Aparecía con una bolsa de pañales sin

que nadie se lo pidiera, se quedaba con el crío para que Madison y yo pudiéramos dormir una hora seguida.

Y Rick, el viejo zorro, por fin lo vio. Ya no veía al chaval irresponsable. Veía a un hombre. Un hombre en el que se podía confiar.

Creo que, en el fondo, era lo único que siempre le había pedido en silencio. Que fuera fiable. Y ahora, por fin, lo era.

Y aunque lo expresara con esa extraña forma de gruñir y poner los ojos en blanco, sabía que Rick estaba más orgulloso de él que nunca.

Sí, estaban unidos. Se habían convertido en una especie de extraña pareja; uña y carne en su misión compartida de joderme la paciencia y, a la vez, de querer a este crío con una ferocidad que a veces me desarmaba.

Había ganado el título mundial hacía tres meses. Había vuelto a la cima. Tenía el respeto, el dinero, la gloria.

Pero todo eso era ruido de fondo.

Esto, mi familia, era la verdadera victoria.

Este era el único combate que me importaba ganar cada día.

—Te quiero, nena —dije completamente enamorado.

Porque lo estaba. Enamorado hasta las trancas.

—¡Oh, por Dios!

La exclamación vino de la puerta. Adam se llevó una mano al pecho, como si acabara de recibir un disparo.

—Vámonos, Rick. No puedo más. Demasiado azúcar. Me va a salir una caries solo de escucharlos.

Rick soltó un suspiro largo y sufrido.

—Qué fatiga —masculló, dándose la vuelta—. Antes en esta casa se hablaba de partirle la cara a alguien. Ahora de… esto. Nos hacemos viejos.

—Viejos y blandos —confirmó Adam, siguiéndolo por el pasillo—. Buenas noches, tortolitos. Intentad no ser demasiado empalagosos, que el crío tiene que dormir.

Escuchamos sus risas apagarse mientras bajaban las escaleras.

Y entonces, el silencio. Un silencio perfecto.

Madison levantó su mano libre y la puso en mi mejilla, su pulgar acariciando mi barba de un día. Sus ojos brillaban.

—Y yo a ti, campeón —susurró.

Y ese era el único título que me importaría defender el resto de mi vida.



NOVELAS

Vega Manhattan

01 — Emmanuel

02 — Huyendo del príncipe azul

03 — Ódiame… Pero quédate conmigo

04 — Una propuesta arriesgada (Propuesta 1)

05 — Una propuesta peligrosa. La historia de David (Propuesta 2)

06 — En las manos del Duque

07 — Siempre fuiste tú (FBI 1)

08 — Nunca imaginé que fueras tú. La historia de Noah (FBI 2)

09 — Siempre serás tú. La historia de Alan (FBI 3)

10 — La seducción del Highlander

11 — ¡No lo hagas! La organizadora de bodas

12 — Para mi desgracia, mi jefe

13 — Todo por sentir

14 — Toda una vida

15 — Un lugar para refugiarse

16 — No callaré para siempre

17 — Cambiaste mi vida

18 — Sin mirar atrás

19 — Te protegeré siempre (FBI 4)

20 — Mi lugar eres tú (Relato navideño)

21 — Prometo no amarte hasta que el pacto nos separe

22 — Cupido. ¡La madre que te parió!

23 — Lo que provocas en mí

24 — Un hermanastro por Navidad (Relato navideño)

25 — Tengo ganas de ti

26 — Jefe, ¡que te den!

27 — Un regalo de NAVIDAD para ti (Relato navideño)

28 — ¡Por qué no te callas!

29 — Raven. Serie La Mansión 1

30 — Rain. Serie La Mansión 2

31 — Romeo. Serie La Mansión 3

32 — Un jefe por Navidad (Relato navideño)

33 — Raider. Serie La Mansión 4

34 — Vengo a hablar de mi jefe

35 — Improbesemos

36 — A la mierda el amor

37 — Vuelve a casa por Navidad (Relato navideño)

38 — Cupido, ¡por qué mi Jefe!

39 — Una Lady en jeans

40 — Cupido. ¡Por qué mi hermanastro!

41 — El amor es ciego

Recopilaciones

—Serie Propuesta

—Serie FBI

—Serie La Mansión

Explora todas mis novelas escaneando este código.

